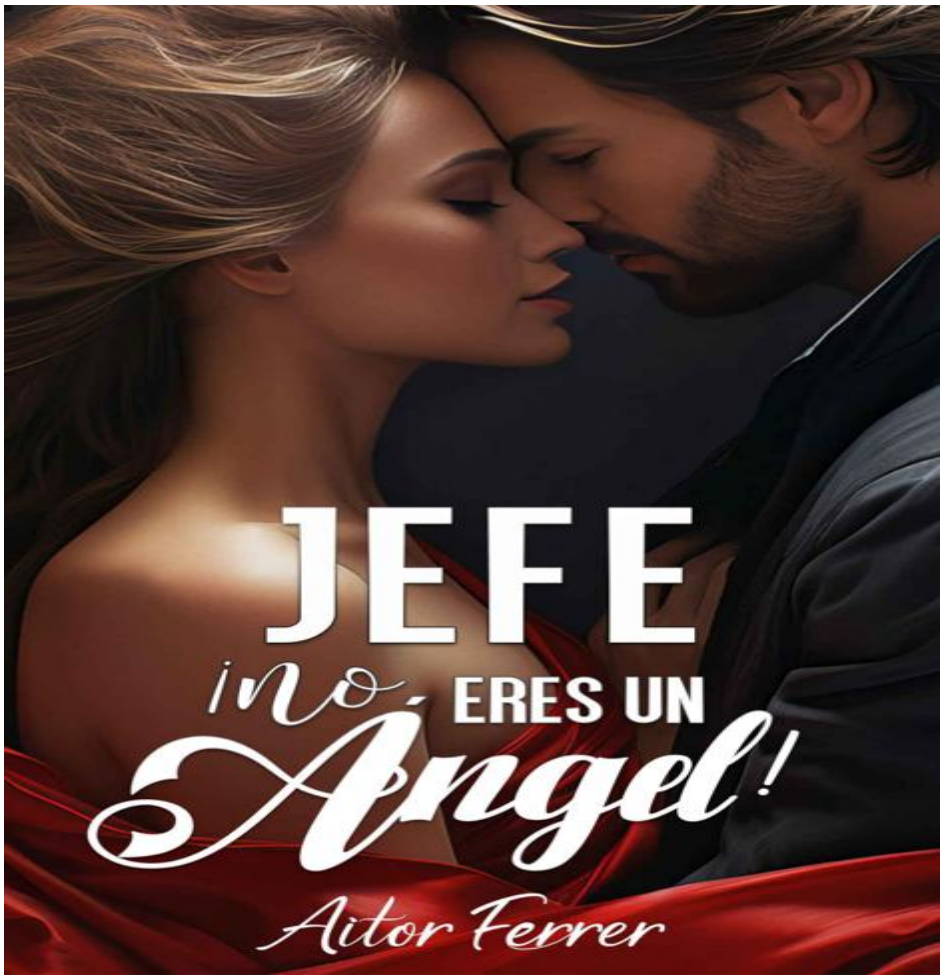

JEFE
¡no ERES UN
Ángel!
Aitor Ferrer


JEFE
¡no, ERES UN
Angel!
Aitor Ferrer

JEFE

¡no, ERES UN Ángel!

Aitor Ferrer

Primera edición.

Jefe ¡No eres un ángel!

©Aitor Ferrer

©octubre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Capítulo 1



—¡¡¡No puede ser!!! —exclamé pensando que el corazón se me saldría por la boca mientras contemplaba en la App del banco que mi cuenta se había quedado más pelada que una bombilla.

—¿Qué pasa, Claudia? No me asustes, que ya con lo del brazo tengo bastante—murmuró mi amiga y compañera de piso Alejandra, sin tener la menor idea de lo que estaba ocurriendo.

—¡Que me han embargado! ¿Puedes creerlo? Me han embargado a mí por culpa de Tony.

—¿Por culpa de Tony? ¡¡Si ese ya no tiene nada que ver contigo!!

—Él no, pero el crédito de su coche sí, ¡en qué mala hora me dio coba para que lo pidiera a mi nombre!

—Yo no quiero hacer sangre, así que no te voy a recordar que te lo dije…

—Ya, pero me lo recuerdas. Y dado que yo tampoco quiero hacerla, no te voy a recordar que también te dije que ibas como loca con el patinete y que cualquier día te partirías la cabeza.

—Ya, bueno… Reconoce que no acertase de pleno, porque la cabeza no me la he roto, que ha sido el brazo.

—Peor todavía, igual con la cabeza rota podrías haber seguido reponiendo en el supermercado. Ahora, con el brazo escayolado hasta el hombro, poco vas a reponer…

—Menos mal que no querías hacer sangre…

—Ya, ¿y qué te digo? Si es que no puedo con mi vida… Me han embargado justo a primeros de mes y han arramblado con todo. Mira mi pobre cuenta, que está tiritando.

—Claro, como que ese cafre debía ya varias letras del coche. Y que no te venga ahora con la milonga de que no estaba al tanto, que tú sabes muy bien que no es cierto.

—Y tanto que lo sé, ese se lo está gastando todo con su Jessica, que encima es que la llama así, como si fuera de su propiedad.

—Qué fuerte le ha dado, ya verás cuando ella se percate de lo poco que le va a durar. Ahí será cuando tú puedas reírte hasta que se te vea la campanilla.

—Sí, sí, me voy a reír yo bastante… Me voy a reír a carcajadas con la papeleta que tenemos por delante.

—Ya, lo dices por lo de Mauricio, que ese es una rata de alcantarilla que no nos va a perdonar la mensualidad del piso.

—¿A perdonarnos? Te recuerdo que en el contrato ese que nos hizo no hay una cláusula que no sea leonina. El primer mes que no le paguemos estamos fuera…

—Lo recuerdo, lo recuerdo. Nos dejó el piso algo más barato con tal de que pasásemos por el aro de todas sus exigencias…

—Y encima nos lo entregó que dio pena.

—Y asco, y asco… Que yo he visto vertederos con mejor pinta, será cacho guarro el tío. Dos semanas estuvimos a tope para acondicionarlo y hacer de él un hogar.

—Oye, ¿y tú cuánto vas a cobrar de paro?

—Yo, poco más que calderilla, ¿no ves que Matías solo me tenía asegurada dos horas en el supermercado? Echaba diez, pero aseguradas…

—Y encima tienes el accidente con el patinete y aprovecha para ponerte de patitas en la calle, el muy sinvergüenza.

—Sí, me he quedado con una mano delante y otra detrás.

—Pues la de delante es un poema. Para mí que has dejado al hospital sin reservas de escayola por una temporadita. Te han hecho una obra faraónica en ese brazo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? No veas si pica la jodida escayola y si es incómoda. Y encima el brazo derecho y yo diestra, no voy a contarte cómo me las tengo que apañar para ciertas cositas…

—Detalles escatológicos no me des ni uno, que bastante calentita tengo yo la cabeza con esto, vaya plan… Con lo poco que cojas tú tendremos que comer durante el mes, pero pagarle a Mauricio le va a pagar mi prima la del pueblo.

—Ya, ya… Supongo que el truco estará en tratar de dorarle la píldora, ¿no?

—Pues dórasela tú, que tienes más tiempo. Yo, con ir a trabajar a la oficina, ya tengo bastante, que el nuevo jefe es para echarle de comer aparte.

—¿No decías que estabais todas loquitas por el tal Remy? El primer día que llegó parecía que os habían abierto las puertas del cielo. Casi igual que a mí con mi jefe Matías, que lo mejor del accidente ha sido que me echase para no tener que verle más su jeta de asqueroso explotador. El tío es peor que Antonio Recio…

—Remy es un monumento andante y sí, reconozco que me gusta más que comer con las manos. Sin embargo, desde hace unas semanas está como revenido…

—A ver si es que le han puesto los cuernos o algo…

—¿Ponerle los cuernos a ese macizo? ¿Quién tendría una idea tan necia? Además, si Leticia está a tope con los preparativos de la boda… Ya ni aparece por la oficina, enfrascada en todo lo que tenga que ver con ese enlace.

—Pues entonces igual es que le tiene loco perdido… A muchos hombres les estresa todo lo referente a la ceremonia, al convite… Yo, cuando me vaya a casar, no pienso meter a mi novio en nada de eso. Me encargaré yo solita…

—Entre otras cosas porque tú eres capaz de prepararlo todo y de buscar al novio al final.

—¡¡Esa no es mala idea!! Buscar contra quien casarme lo puedo dejar hasta el último momento.

Tenía que reírme con sus cosas. Alejandra era así, un amor de niña… Un amor loquillo que me había metido en un buen lío al quedarse en paro, puesto que toda la responsabilidad económica me cayó de golpe encima y, para golpe, el que recibí esa mañana a consecuencia del embargo.

Yo a Tony le mataba. Él había sido mi novio durante años, hasta que seis meses atrás me enteré por Alejandra, que casualmente los vio al pasar en su patinete, de que estaba liado con Jessica, su compañera en el laboratorio de prótesis dental donde ambos trabajaban. Pues nada, que curraba en el sitio idóneo, ya que yo iría a buscarlo allí y, si no entraba en razón, igual volaba algún que otro piño.

Capítulo 2



Llegué a la oficina en la que curraba, una compuesta por un total de entre veinte personas y encabezada por Remy, mi crujiente jefe: 1,90 de puro músculo enmarcado en unas atractivas y morenas facciones en las que destacaban dos fascinantes ojos verdes capaces de alumbrar de por sí todo el edificio.

Yo ejercía mi labor en la recepción compartiendo puesto con Raquel, una compañera pizpireta y avispada que siempre estaba al tanto de cuantos chismes corrieran por la oficina y que, en aquella ocasión, se encontraba un tanto desconcertada.

—No tengo ni idea de lo que se está cociendo aquí, pero Remy ha llegado embistiendo como un Miura—resopló porque de pronto el ambiente se enrareció mucho en la oficina y nadie conocía el motivo.

—Pues con vaya careto va a llegar a la boda, ¿tú crees que es por el proyecto ese del spot publicitario? Igual se le ha caído…

—Ya, igual se le ha caído como se te cae a ti la baba cada vez que le ves pasar, que lo próximo que te regale será un babero, Claudia.

—Ya, ya, que solo lo miro yo. Tú pasas…

—Yo lo miro, vale, ¿y qué? Es totalmente distinto, yo lo miro por el valor que tiene como monumento con dos piernas, lo cual no indica interés.

—¿Y yo tengo interés en el jefe? Cállate, que todavía aparecerá Leticia y me cogerá por el pelo.

Leticia era la prometida de Remy, con quien se casaría en pocas semanas, y jefa de publicistas. Una especie de Barbie rubia, con ingentes cantidades de silicona estratégicamente colocadas en ese cuerpo de pija que Dios le había dado, y que, al más puro estilo de algunas divas de Hollywood, no solía sonreír, decían las malas lenguas que por no arrugarse, aunque yo más bien pensaba que la sonrisa y ella no se llevaban demasiado bien. Vaya, que era lo que puede llamarse una auténtica siesa que trataba a la gente a golpe de látigo.

Remy, por el contrario, nunca había sido así. Él, aunque también algo distante, hizo gala desde su llegada a la empresa de una gran educación y elegancia.

Dicha empresa, de marketing y todo tipo de proyectos publicitarios, la había fundado Nicolás, su padre, y la dirigió su hermano Darío hasta meses atrás,

cuando una enfermedad le impidió seguir al mando. Entonces fue cuando Remy, que antes trabajó en otra empresa propiedad igualmente de su familia, le dio el relevo y se trajo con él a esa joyita que era su novia.

Comencé a hacer mis cosas y entonces le vi venir hacia mí, un tanto cabizbajo, sí, y también con cara de pocos amigos, ¿qué le había avinagrado el carácter en tan pocos meses?

Hay personas que no sirven para mandar y a las que eso les agobia sobremanera. Sin embargo, no debía ser su caso, puesto que él ya procedía de otros cargos de responsabilidad, ¿y entonces? Pues entonces, a esa preciosidad, que rondaba los cuarenta, le debía haber picado algún bicho que le dejó el aguijón dentro.

A mis veintiocho vueltecitas al Sol igual todavía me costaba disimular la cara de boba que se me quedaba cuando él pasaba. En eso tenía Raquel toda la razón. Y no era la única, puesto que la mayoría del personal femenino de la oficina bebía los vientos por el nuevo jefe.

—Claudia, te necesito en mi despacho urgentemente—me anunció por todo saludo.

Estuve a punto de soltarle un "a la orden" que me habría quedado súper salado. No obstante, igual a él le habría hecho menos gracia el chistecito, porque su cara reflejaba una ingesta continuada de huevos en mal estado o algo parecido.

—Claro que sí, Remy, enseguida voy.

Yo, al igual que el resto de mis compañeros, le llamaba por su nombre de pila y le tuteaba, como así nos pidió el primer día, ese en el que llegó con una sonrisa de oreja a oreja y siempre con Leticia a su lado.

Ella no le pegaba nada de nada y cabía la posibilidad de que el hecho de que se hubiese tomado varias semanas de vacaciones para ultimar los detalles de la boda le descolocara, puesto que nadie cubría su puesto en esos días. Su novia era bastante irresponsable y luego, encima, se las daba de mandamás.

En fin, que más corre el galgo que el mastín, y para carrera la que yo di detrás de él, pues aceleró el paso y con su enorme zancada me costaba seguirle con mis zapatos de tacón de aguja.

Yo no tendría ni donde caerme muerta, lo cual no significaba nada, porque acudía a mi puesto de trabajo como un pincelito, siempre con mis faldas de tubo, mis camisas ajustadas y esos altísimos zapatos que para otras mujeres pueden suponer un suplicio pero que, para mí, a mis pocos años, me suponían esa bendición que me otorgaba un aire tan elegante como el de Meghan Markle y sus compañeras en la serie Suits. Ahí es nada.

Llegamos a su despacho e hice ademán de cerrar la puerta.

—No es necesario, Claudia—me indicó con un tono de voz más áspero que un papel de lija.

—Como quieras, Remy, ¿qué puedo hacer por ti?

—Imprime todos estos documentos y encárgate de que estén sobre mi mesa, debidamente divididos por categorías, antes del mediodía, ¿estamos?

—Estamos, estamos, ¿cómo no vamos a estar? —le respondí con la sonrisilla en los labios mientras me quedé mirándole.

—¿Te vas? —me preguntó como molesto, pues igual tardaba yo un poquillo más de la cuenta en darme la vuelta y marcharme.

—Me voy, me voy, claro que me voy—le respondí dirigiéndole una última sonrisa y pensando en que era una pena que tuviese que irme porque por mí me habría quedado allí, contemplándole.

Salí y me puse a hacer fotocopias como si estuviese poseída. Me había entregado un pen y no era moco de pavo, allí había más documentos que en la Biblioteca Nacional. Cielos, me iba a desriñonar cogiendo las fotocopias de la cesta.

Capítulo 3



—Raquel, tengo que hacer unas gestiones. Si me entretengo un poco más de lo normal me cubres, ¿vale? —le pedí a media mañana, en mi media hora libre para el cafelito.

—Pero no tardes, ¿eh? Remy parece estar muy interesado en que ese trabajo esté a tiempo y no quiero que salga de su despacho dando bocados.

—Oye, si va a repartir bocados, llámame, que vengo volando, vaya…

—¿No vas tú un poco salida?

—Igual un poco, llevo una temporadita de sequía que no veas.

—Sequía se titula una serie de Netflix que está sensacional, ¿no la has visto?

—No, a mí no me da la vida para más, no soy como tú, que te distribuyes el tiempo genial… Te da para ver series, para ligar a tutiplén y para venir siempre perfecta al trabajo.

—Pues anda que tú no vienes genial también. Entre las dos aportamos glamur a la recepción, ¿es o no es?

Las dos, las dos íbamos siempre divinas de la muerte y éramos la envidia de mi Alejandra, que no quiso estudiar y optó por ponerse a trabajar como reponedora, cajera y demás, dependiendo del momento.

Mientras que Alejandra era rubia con ojos claros, Raquel era pelirroja también con ojos en el mismo tono que contrastaban con los míos, color café y enmarcados en mi pelo oscuro. Cuando las tres salíamos de marcha, puesto que nos llevábamos sensacional, lo nuestro era un popurrí de colores de pelo que llamaba la atención de los chicos, algo que le encantaba a Raquel, que siempre estaba a la caza de alguno.

Alejandra y yo éramos algo más tranquilas en ese sentido, aunque mi amiga decía que ya iba siendo hora de que espabiláramos y que le estaban entrando ganas de tener novio. Eso sí, igual le era más rentable esperar a que le quitasen la escayola.

En cuanto a mí, la huida sin mirar atrás de Tony, que se quedó cogido a las faldas de su compañera Jessica, me supuso un varapalo del que todavía me costaba hablar. Y encima me dejó tirada con lo de las letras del coche, para colgarle de los pulgares.

Explico un poco el tema e igual pensaréis que a quien habría que colgar es a mí, que todo puede pasar… Un par de años atrás, Tony aún no tenía trabajo fijo e iba de laboratorio en laboratorio, ofreciendo sus servicios como protésico.

Una se enamora de una persona y, a menudo, carga con sus mochilas. Desde el principio vi que Tony era un chico caprichoso, por eso me sorprendió que, pese a su inestabilidad profesional de por aquel entonces, se encaprichase de aquel Audi de Kilómetro 0 que estaba como recién salido de fábrica.

—Es que hasta me daría más caché, ¿no te das cuenta? Si voy a los laboratorios subido en este carro seguro que me terminan contratando enseguida, porque les parecerá que me va de fábula—argumentó mirándolo con ojitos de deseo, puesto que semejante letra afectaba también a mi bolsillo.

Tony y yo convivíamos y una letra así nos dejaría demasiado justos, cosa que me preocupó y, aun así, acepté. No sería ese el único problema, ya que enseguida llegó con “el problemón”, como él lo calificó.

—Me han denegado el crédito, Claudia, y todo por no tener trabajo fijo—me informó con ojos vidriosos, algo que me dio mucha pena, puesto que yo estaba muy enamorada de él.

—¿Y si le pides a tu padre que te avale? Igual así no habría problema—le sugerí.

—¿Para un coche? No, mi padre es muy conservador y lo sabes. Me la tiene jurada desde que no quise hacerme funcionario como él, así que ahora me dirá que para comprarme un coche, apechugue. Todavía si fuera para un piso…

—¿Y si nos lo compráramos? Me refiero a un piso… Igual es hasta mejor idea que la del coche, y nos olvidamos para siempre del alquiler.

—Claudia, no corras tanto. Primero, el coche y luego, cuando ya esté trabajando fijo en un laboratorio, nos compramos el piso que tú quieras—me engatusó.

—¿Y cómo te vas a comprar el coche si te deniegan el crédito?

—Habría una solución, lo que pasa es que me da un poquillo de cosa pedírtelo.

—¿Quieres que te avale yo? Podría hacerlo, si es eso—le ofrecí.

—Es que no quiero que nos pongan más trabas, que me da el bajón, ¿y si directamente pides el crédito a tu nombre? Tú sí estás fija y te lo concederán del tirón.

Me quedé un poco a cuadros porque yo también soy conservadora en ese sentido, si bien en pocos minutos ya me había ganado. Me da algo de apuro reconocerlo, aunque ya supongo que es lo mismo… Tony me dio un revolcón de los suyos, volviéndome los ojos hacia atrás, como siempre decía entre risas, y yo terminé admitiendo que firmaría lo que hubiera que firmar.

Craso error porque entonces ya no faltaba tanto para que me asestase el hachazo de marcharse con Jessica. Mientras estuvimos juntos, él pagó religiosamente las letras. La cosa se torció cuando salió por la puerta de nuestra casa y empezó a pagar poco, mal y nunca. Ya eran varias las letras que debía y consiguió que me embargasen.

En mi mente solo había una idea: que Tony, si no pensaba pagar, entregase el coche. No me podía dejar con semejante marrón, no cuando yo le hice el favor de su vida y él me lo pagaba tratándome de ese modo.

Me dirigí hacia su laboratorio, hacia ese en el que terminaron por darle trabajo fijo, el mismo en el que trabajaba Jessica. Yo no había vuelto a ver a Tony en persona desde el día que rompimos. A partir de entonces, le llamé por teléfono en aquellas ocasiones en las que necesitaba recordarle que el teléfono me ardía por culpa de la financiera del coche, que me estaba asfixiando a llamadas.

Capítulo 4



Llegué y justo también era su hora del descanso. Le vi salir con Jessica de la cintura, de lo más acaramelados, y fue en ese instante, en el que mi mirada les roció con fuego, cuando ambos se percataron de mi presencia.

Caminando lentos, como pisando huevos, se acercaron a mí. Me sorprendió que ni siquiera tuviera la decencia de hablar él, sino que dejó que tomase ella la iniciativa.

Yo no la había visto nunca en persona, por lo que constaté que era justo como me la describió en primera instancia Alejandra, y como luego vi en la foto del perfil del WhatsApp de Tony, ya que le faltó el tiempo para pregonar su amor.

—¿Se puede saber qué mierda estás haciendo tú aquí? —me preguntó ella, quien era toda elegancia… Qué bajito había caído Tony con una pécora así, claro que él no demostró ser mejor. Obvio que ella había cotilleado también mi foto y por eso no tuvo problema en reconocerme.

—Mira, ¿te llamas Jessica? —le pregunté como si no lo tuviese claro, como si ese nombre no me hubiera dolido demasiado durante tiempo.

—Sí, Jessica, y tú eres Claudia. Muy bien, ya hemos hecho las bonitas presentaciones y ahora, ¿a qué puñetas has venido?

—Lo primero, a decirte que a mí no te vuelvas a dirigir así en tu vida. Y lo segundo para ponerle la cara colorada a este—le señalé a Tony.

—¿La cara colorada a mi novio? No tendrás tú valor. Mira, tú, Claudia, si te jode que esté conmigo, lo puedo entender, pero es lo que hay, así que ¡aire!

—No, tranquila, si visto lo visto, yo tendría que regalarte un ramo de flores en agradecimiento cada año en la que fecha en la que te lo llevaste—le dije provocando su desconcierto—. Yo no estoy aquí por eso, yo he venido porque me han embargado por culpa de que es un gusano que ya no atiende mis llamadas de socorro por lo de las letras del coche que no paga, por eso he venido…

—Vaya, pues si nos las paga, será porque no pueda, ¿no se te ha pasado eso por la cabeza? —me preguntó con todo el descaro del mundo.

Era una verdadera pécora, sí, no podría definirla de otro modo. Y el sinvergüenza de mi ex, que la miraba babeando, no abría el pico.

—Tony, ¿es que tú no vas a decir nada? A mí qué me cuentas si no puedes pagar, aparte de que eso es mentira, que todos los amigos me cuentan que no paráis de viajar…

—Pues por eso, no nos da para todo—se dirigió ella de nuevo a mí con una sonrisita socarrona.

No pude más. Yo no soy de entrar en conflictos y menos con una tiparraca como aquella, que capaz era de cogerme por los pelos. Me sentía muy por encima de alguien así, pero me tocó mucho lo que viene siendo el moño, por no decir otra cosa.

—Jessica, vuelve a meterte en esto y mueres. En cuanto a ti, Tony, he venido a decirte que entregues el coche de inmediato, ¡¡¿te enteras?!! —le chillé.

—Me entero porque no estoy sordo…

—Me alegra saberlo, porque creí que al menos mudo sí que estabas.

—Es que no puedo pagarlo ahora. Lo siento, Claudia, pero no va a poder ser…

—Pues lo dicho, que lo entregues, ¿no me has oído? ¿Te chillo otra vez?

Ya la otra estaba más calladita, pues se me debieron poner unos ojos de loca impresionantes. No obstante, volvió a hablar, aunque con tono algo menos prepotente.

—Verás, lo que Tony quiere decirte es que ahora no podemos ni pagarlo ni devolverlo. Si hasta hemos medido el maletero para ver qué carrito de bebé compramos—me anunció triunfante en lo que debió ser su gran momento.

—¿Carrito de bebé? —murmuré porque por alguna extraña razón no pensé yo que aquella pareja pensara en reproducirse.

No, no era extraña la razón que me conducía a pensar eso… para nada lo era, si lo pensaba con más calma. Tony nunca tuvo prisa en ser padre conmigo, pese a que me llevaba algunos añitos. Y con ella le había faltado el tiempo. Me dolió, no voy a negar que me dolió, aunque lo que de veras dolía era el ver la desfachatez de ambos.

—Sí, carrito de bebé, ¿no sabes lo que es? Pues tienen ruedas y sirven para portar bebés, ¿un bebé sabes lo que es? ¿O te lo tengo que explicar también?

—Te prometo que, como te dirijas a mí otra vez, lo vas a lamentar, Jessica.

—Amorcito, por favor—le rogó él con un gesto que no interviniese más.

Lo que hay que escuchar. A mí no se dirigió nunca de un modo así, y eso que yo soy tontona y me gustan los gestos y los apelativos amorosos. No

hubo suerte, los reservó todos para ella.

—Escúchame, Tony, si no entregas el coche, te voy a denunciar.

—¿Y con qué argumentos? El coche está a mi nombre, pero el crédito lo pediste tú porque quisiste. Yo no te presioné. Lo siento mucho, Jessica y yo estamos en un momento de nuestra vida en el que debemos mirar por nuestro hijo, así lo hemos decidido, de manera que te las tendrás que apañar tú solita—me aclaró.

—Eres un sinvergüenza integral, una culebra ponzoñosa, eres lo peor, Tony, ¡y te prometo que esto no se va a quedar así!

—Le jode vernos juntos, vámonos—tiró ella de su mano—. Chao, Claudia —se despidió Jessica de mí en el tono más burlón en el que jamás nadie lo hizo nunca.

Me quedé destrozada y no por nada de lo que había escuchado porque, pese a todo, yo ya pasé página de Tony, sino por el problemón que me dejaban.

Consultaría a un abogado y, aun así, lo veía más negro que la rodilla de un grillo porque nadie me puso un puñal en el pecho para que firmase ese crédito. En eso aquel miserable llevaba razón.

Capítulo 5



Volví muerta en vida a la oficina, con un problemón impresionante. La letra del coche ascendía a casi medio sueldo mío, ¿cómo iba a hacer frente a esa barbaridad? Y encima con Alejandra en paro, a la que no podía dejar tirada en ese momento.

—Menos mal que has llegado, te dije que no te retrasaras. Ha pasado Remy por aquí y ha preguntado por ti. Oye, me voy, que hoy tengo la prueba de la alergia y me van a poner el brazo como un colador—me recordó Raquel.

—Es verdad, vete tranquila que yo me ocupo de todo.

Me senté en la recepción y comencé a expulsar el aire lentamente de mis pulmones. No podía con mi vida y traté de dejar la mente en blanco.

Llegaron varios clientes, algunos de ellos con ganas de cháchara, que me entretuvieron y me quitaron de pensar en el marrón que tenía encima.

En mi trabajo, eso siempre es de agradecer. Algunas personas, cuando están mal, prefieren meterse hacia dentro y no hablar con nadie. Ese no es mi caso, yo soy de las que opto por darle a la lengua, tratando de olvidarme de mis problemas.

Raquel llegó justo a la hora del almuerzo. En concreto, diez minutos antes de ese par de horas libres que teníamos para almorzar. Nuestro trabajo era a turno partido y por las tardes currábamos de 4 a 7. Los fines de semana, todo hay que decirlo, los librábamos completos y esa constituía una verdadera bendición.

—Hola, guapa, ¿has terminado ya con las fotocopias? —me preguntó y, en ese momento, el bonito techo de la moderna recepción se me cayó encima.

—Calla, que no me he vuelto a acordar…

—¿Qué dices? Remy las quería encima de su mesa a las dos en punto. Ponte en la fotocopiadora, que yo te ayudo, ¡rápido!

—¿Estás loca? Todavía faltan muchísimas por hacer, no estarán ni de coña.

—Pues hacemos las que sean y luego buscamos una excusa para el resto, ¡que corras!

Lo que yo quise correr fue un tupido velo. No sabía cómo hacerle gestos para que se callase, porque lo gordo fue que Remy vino a buscarnos y lo escuchó todo.

A Raquel, que me dio la idea, la miró mal… Y a mí, que fui la culpable de la negligencia, me miró peor…

—¿Me puedes acompañar a mi despacho? —me pidió con tal tensión que pensé que su estirado cutis podría llegar a romperse.

—Claro, cómo no, Remy, por supuesto.

Le seguí muy de cerca y entonces supe, al cerrar la puerta con la fuerza que lo hizo, que nada bueno ocurriría allí dentro. Y desde luego nada de lo que en mi calenturienta mente se hubiera fraguado en ciertos momentos.

—¡¡¡¡Creí dejarte bien claro que necesitaba esos documentos para el mediodía!!!! —vociferó de un modo que creí que los cuadros se caerían de las paredes de su despacho.

—Remy, lo siento mucho, de veras que lo siento. Discúlpame, por supuesto que no me iré a almorzar… Hoy me quedo haciendo las fotocopias.

—Eso por descontado, las quiero aquí en máximo una hora, y ya pensaré en la forma de depurar responsabilidades—me dijo en un tono enigmático que me mató, porque yo no podía permitirme perder el trabajo, eso nunca…

—Por favor, Remy, déjalo estar… Sé que ha sido una necedad por mi parte. Yo te prometo que no volverá a ocurrir…

—Eso te lo prometo yo a ti. Entre otras cosas porque cabe la posibilidad de que no estés aquí para que ocurra.

—Remy, no me digas que me vas a echar. No puedo permitírmelo en este momento, no puedo… Si me echas, me dará algo malo—le dije llevándome la mano al corazón.

—No es la primera vez que escucho algo así. Nadie quiere ser despedido y a todo el mundo le dará un patatús… Me conozco muy bien el cuento.

—No es ningún cuento, Remy. Yo no te quiero aburrir con mis problemas personales…

—Ni lo intentes—me advirtió. Qué poco tenía que ver ese Remy con aquel otro que nos trataba con tanta gentileza meses atrás.

—Y aun así, te digo que mi exnovio me ha dejado un marrón muy grande por pagar y que, si me despides, me veré en la calle. No puedo más—caí sobre un pequeño sofá que tenía, de tacto aterciopelado. Cuánta pasta había invertida en esa oficina y qué poca tenía yo.

—Te he dicho que no me cuentes tus problemas—repitió.

—Lo siento. Quédate con que necesito el trabajo, te lo ruego. Echaré más horas si son necesarias, yo no he estado más apurada en mi vida.

—Pues poco se nota. Si quieres seguir trabajando aquí, sal por esa puerta y que no vuelva a pasar, ¿me oyes? Yo no voy a tolerar ni un error más por parte de mis empleados, ¡y diles a todos que también va por ellos!

—Claro, claro—asentí mientras cerraba la puerta con el corazón que se me salía del pecho y pensando en que me había salvado por la campana.

En cualquier caso, tenía un problema y no pequeño. La cabeza no la levantaba porque yo había pensado como único modo de tratar de aliviar un poco mi situación en pedirle a Remy un aumento de sueldo. Y el cariz se había puesto un tanto oscuro para eso. Ya podía darme con un canto en los dientes si mantenía mi puesto. Y del aludido aumento, tendría que olvidarme.

Raquel me dio un abrazo cuando llegué a la recepción.

—Tranquila, que ya se le pasará. Y ahora venga, que hoy no almorzamos ninguna de las dos, vamos a hacer esas fotocopias—me guiñó el ojo—. ¡Venga, Claudia, espabila!

Era una gran compañera y su ayuda fue lo más bonito en un día de mierda en el que mejor que no me hubiese levantado. Y aún debía solucionar el problemón de mi deuda…

Capítulo 6



Un par de semanas después, las cosas, lejos de mejorar, empeoraron.

—¡¡Te cogí!! —me dio un susto de muerte Mauricio, nuestro casero.

Yo llevaba días y días esquivándole. De todo había hecho, hasta descolgarme por la escalera exterior de incendios del edificio para salir a trabajar, dejándole aporrear la puerta con Alejandra dentro mientras que él juraba en arameo y amenazaba con echarnos a la puñetera calle.

—Hombre, Mauricio, qué sorpresa—le dije entre dientes, atemorizada por no poder darle esquinazo.

—Sí, una increíble sorpresa, estás loquita de alegría, ya lo veo, ¿cuándo me vais a pagar?

—En eso estamos, en eso estamos—le contesté y apreté tantos los dientes al acabar de decirlo que me dolieron hasta los cachetes.

—Mira, si te has creído que te vas a reír de mí, has pinchado en hueso duro. Yo vivo de estos alquileres, ¿te enteras? Y de mí no se ha reído nadie en la vida, ¡y menos dos niñatas como vosotras!

—¿Y quién quiere reírse de ti? Nosotras hemos pagado hasta el último euro siempre. Este mes es que nos ha surgido un problemilla que ya está en vías de solución…

—Sí, sí que está en vías de solución… o me pagáis u os vais, ¿ha quedado claro?

—Es que no nos podemos ir…

—Pues a pagar, fíjate en lo sencillo que es. Por algo dicen que hablando se entiende la gente.

—Mauricio, por favor, si te vamos a pagar.

—De eso estoy seguro. Os doy lo que os queda de semana, ¿queda claro? Y si no me habéis pagado, lo negociamos.

—¿Entonces lo podemos negociar? —le pregunté entusiasmada porque esa posibilidad no entraba en mi cabeza.

—Claro que lo podemos negociar, mujer, ¿me he cerrado yo alguna vez al diálogo?

—No sabría qué decirte. Nunca has sido hombre de demasiadas palabras.

—Ni lo soy, así que te lo voy a resumir… Si no me pagáis en el plazo marcado, os echo a la puñetera calle, bien por vuestro propio pie o bien a través de un par de sicarios que seguro que utilizan métodos contundentes —me aclaró mientras yo tragaba saliva y pensaba que todo menos eso. Solo nos habría faltado que nos partieran las piernas y más a Alejandra, que ya tenía también el brazo roto. En ese caso igual le hacían el favor de partirle también el otro para que el cuadro ya estuviera completo.

—¿Y no habría alguna otra posibilidad? Tiene que haberla, hombre—le pregunté por si sonaba la flauta.

—Bueno, a unas malas, podría reconsiderar condonaros el pago de este mes si me hicierais un trabajito…

—¿Quieres que te pintemos tu casa o algo? Lo malo es que Alejandra está como para pintar, que no sé si sabes que tiene una escayola en el brazo.

—Pobre, pero ¿la boca la tiene bien?

—Sí, sí, se dio una buena leche con el patinete, pero los piños los conserva. Y suerte, ¿eh? Porque antes teníamos un chollo con Tony, que era mi novio

y que es protésico, pero ahora nos toca apoquinar por los dientes como a todo hijo de vecino.

—Suerte, sí, porque si la boca la tiene intacta me puede hacer un servicio casi completo. Y tú completo del todo, os quiero a dúo, ¿me comprendes? —me preguntó con una mirada libidinosa que me hizo pedir a gritos un cubo para potar.

—¡Largo de aquí o llamo ahora mismo a la policía, degenerado! —le chillé.

—Ten cuidado, no sea que la llame yo… Te recuerdo que tu padre firmó como avalista del alquiler y, si os da por quedaros de ocupas, tiro de su pensión de inmediato.

Eso era lo peor, que aquello podría terminar por afectarle a mi pobre padre, que era viudo y que tenía una pensión muy cortita con la que no dudó en avalarnos a Alejandra y a mí para poder coger aquel pisito de alquiler cuando yo rompí con Tony. Y ahora el malnacido aquel que quería meterle mano a mi padre. Vaya, a él en un sentido, y a nosotras en otro…

Subí a casa y cogí un vaso de agua a lo justo. Hasta la garganta seca, súper seca, llevaba a consecuencia del disgusto y de lo mucho que relaté mientras subía las escaleras.

—Como si lo viera, te has encontrado con el miserable de Mauricio, ¿no? —me preguntó Alejandra.

—Más bien dirás que me ha asaltado. Y no me ha violado de milagro…

—Sí, hombre, con los años que tiene ese tío está como para un meneo—se mofó Alejandra que, con su brazo izquierdo y como buenamente podía, estaba preparando una sopita para ambos.

—No creas, no creas, que me ha ofrecido que le demos un meneo a dúo—le informé mientras le hacía el gesto de que me provocaba náuseas.

—No, venga ya… No puede ser, trolera, que eres una trolera.

—¿Trolera yo? Que va en serio, que o le pagamos o nos ha dado diversas alternativas, que van desde enviarnos a un par de sicarios hasta que le hagamos un trabajito fino a él.

—Pues puestas a elegir, se los hacemos a los sicarios, que serán más jóvenes y con pinta de malotes. Eso hasta me pone.

—Ya, el problema será que los que te pongan, pero las piernas a la virulé serán ellos, que esos vienen a darnos y no precisamente un meneo.

—¿A darnos leña? ¿Se han creído que somos monos de goma? Vamos a denunciar a ese delincuente ahora mismo.

—Y tirará de la pensión de mi padre, ya me lo ha advertido. En menudo lío le metí al pobre.

—Sí, anda que su pensión es como tirar de ella. Oye, ¿y si nos vamos a vivir con él?

—¿Con mi padre? ¡Tú no sabes lo que dices! Muy bueno y muy santo, pero a cascarrabias no le gana nadie.

—Pues tú me dirás qué hacemos, porque a mí me saldrá curro pronto, estoy segura, pero al menos necesito que me quiten la escayola. Y Mauricio tiene una prisa que parece que se está quemando.

—Ardiendo sí está, no me hagas hablar…

Capítulo 7



Llegué a la mañana siguiente a la oficina y Raquel estaba deseando contarme.

—Menos mal que ya estás aquí, te tengo un cotilleo que te caerás de espaldas.

—Sí, para eso está la cosa ahora mismo, para que le pida la baja a Remy. A ver si se casa ya y la Barbie esa lo relaja de luna de miel, porque no veas el calor que está dando este hombre.

—¿Casarse? Pues como no vaya a Las Vegas, se pille una buena cogorza y le pida matrimonio a otra turista, mal lo veo.

—¿Qué dices? Oye, cariño, ¿de verdad es té lo que llevas en el termito ese? Porque parece que has pimplado…

—Es té, es té, que yo sé muy bien lo que me digo. Leticia ha entrado esta mañana de la mano de su novio—me comentó muerta de la risa.

—Pues vaya novedad, ya era hora de que se dejara caer por aquí, que trabaja menos que los Reyes Magos…

—¡¡Con su nuevo novio!! —especificó en ese momento.

—¿Qué dices? Tú lo niegas y es normal. A mí también me costaría reconocerlo, Raquel. Pero si tienes un problema con la bebida, yo puedo ayudarte. Llamamos a Alcohólicos Anónimos y te acompaño, tonta.

—Tonta eres tú, que no te enteras… Por fin puedes tener tu oportunidad con Remy, ¿no ves que Leticia le ha dejado por Álex?

—¿Leticia le ha dejado por Álex? ¿Por su primero Álex?

—Sí, por el primo de Remy, ¿no es para flipar?

—¿No es una broma? Que a ti te gusta mucho quedarte con la gente, Raquelita, que más cachonda no ha nacido.

—Sí, pero yo soy muy de boquilla… Hablo y no actúo, no como otras que, a la chita callando, se lían con los primos de sus prometidos.

Era la bomba, la noticia era la bomba. Si lo pensaba bien, durante aquellos días en los que Leticia no vino por la oficina tampoco lo hizo Álex, quien parecía estar de vacaciones. Y el caso es que debían estar bien ocupados ambos.

Álex era primo de Remy y la cosa no quedaba así, sino que él siempre lo consideró como un hermano. Trabajaba como encargado de Recursos Humanos en la oficina y, pese a ser su sobrino, siempre fue el ojito derecho del padre de Remy, quien lo cuidó como un hijo cuando murieron sus padres, dejando al adolescente huérfano.

Sin embargo, Remy no parecía llevarse demasiado bien con su padre, entre otras porque se decía que era el único que se atrevía a contradecirle. Por esa razón, no fue el director hasta que su hermano Darío enfermó y decían las malas lenguas que, porque Álex no quiso asumir tal responsabilidad, ya que Nicolás se lo habría ofrecido antes a su sobrino que a su hijo pequeño.

Me tuve hasta que sentar. Entre mis propios disgustos personales y aquello de lo que me acababa de enterar me sentía devastada, ¿cómo era posible?

Aún me frotaba los ojos cuando vi venir a los nuevos tortolitos, dedicándose gestos cómplices y cariñosos, como si los que se hubieran casado fueran ellos.

Al pasar por nuestro lado, Leticia nos miró por encima del hombro, para no variar, y nos dedicó una despedida con su mano de esas que indican que unas se quedan trabajando mientras otras estrenan amor por la calle,

yéndose a desayunar tranquila mientras lucía palmito a la par que estrenaba amor.

El rompecabezas ya no lo era tanto. Esa era la razón del mal humor repentino de Remy, que estaba que no había quien le mirase al hocico, todo el día chillando a diestro y siniestro.

No podía entenderlo. Desde mi punto de vista era inconcebible que Leticia dejara a Remy por Álex. No había color entre ambos. Si Remy estaba así, motivos tenía, por mucho que los pagara con nosotros. No iba a juzgarle, a mí tampoco había quien me tosiera cuando me enteré de lo de Tony y Jessica, pero su primo Álex no me gustó nunca. Ese era un engreído y un jeta que no daba palo al agua y que quería que todos le rindiéramos pleitesía. En realidad, Leticia y él estaban cortados por la misma tijera, no era tan de extrañar que estuviesen juntos.

—¿Has visto cómo nos ha despedido la fulana esta? ¿Qué se habrá creído? —se quejó Raquel porque no era para menos. Allí nos estaban tratando con la punta del pie.

—Y eso que está feliz, imagínate si no lo estuviera…

—El jefe es quien no lo está, y encima es que se los va a tener que comer aquí con patatas, qué fuerte… Se habrán tomado unos días y ahora hacen su entrada triunfal juntos, como símbolo de unión de fuerzas.

—Pobre Remy. Al menos, yo no tuve que volver a ver a Tony y a Jessica más, porque no sé qué hubiera hecho de tener que estar todos juntitos en un lugar de trabajo.

—Imagino. Es que ya sabes que Álex es el niño bonito de su tío Nicolas…

—O sea, que, por esa regla de tres simple, es como el pequeño Nicolás—le dije en referencia a ese esperpéntico personaje que salió a la palestra hace unos años, siendo su trayectoria seguida por los medios.

—Más o menos, casi igual de repelente—rio ella a carcajadas.

Sí que lo era. Menudos dos que habían ido a juntarse. El ambiente en la oficina, de buenas a primeras, se enrarecería mucho más porque, si amargado estaba Remy sufriéndolo en silencio, ya sería la bomba tener que lidiar con ellos todos los días.

Jesús, la que se había liado. Y mientras yo pensando en que cada palo aguanta su vela, y que yo tenía un problemita bueno al que meterle mano: el del pago del alquiler que ya iba con retraso y que Mauricio estaba dispuesto a cobrarse a toda costa.

Capítulo 8



Volvía a casa con la cabeza a pájaros por lo sucedido en la oficina aquella mañana. Realmente era como un chiste, ¿en qué estaba pensando Leticia para dejar a Remy? ¿Qué ventajas encontraba en Álex?

Igual era simple morbo como me dijo a mí Tony en su día cuando le pregunté, mientras metía su ropa en las maletas, qué le daba Jessica que no le diera yo. Pues nada, ella había movido ficha. Y la otra jodida de Raquel pinchándome con que podría tener mi oportunidad. No, de eso nada. Los hombres como Remy se fijaban en otro tipo de mujeres, pertenecientes a su misma clase social, de esas que hablaran su mismo idioma.

En fin, que yo ya tenía bastante en lo que calentarme la cabeza. Cómo demonios iba a conseguir el dinero del alquiler en los pocos días que me quedaban… No le encontraba respuesta a esa simple pregunta… A una pregunta que me asaltaba una y otra vez porque, de no encontrarle respuesta, mi amiga Alejandra y yo nos veríamos en la calle con las maletas.

Dolía, dolía mucho. Y encima estaban por pasarme una serie de recibos en el banco, por lo que me paré a ingresar algo de dinero para que no nos cortaran la luz, por ejemplo, y Alejandra y yo nos viésemos cenando a la luz de las velas, pero sin un ápice de romanticismo.

Esperé en la fila y justo delante de mí había un par de chicas que parloteaban sin parar, de lo más animadas.

—¿Y todo eso has sacado en un par de noches? Sarita, dame el teléfono, que voy de cabeza—le decía la una a la otra.

—Claro que sí, tú dile eso a tu recién estrenado maridito y ya verás, tu matrimonio será visto y no visto. Esto no es para ti, Daniela.

—Tienes razón. Y con lo celosillo que es mi Manuel, que le puede dar algo de pensar que un montón de tíos babosos me vean ahí, desnuda y meneándome para ellos…

—Guapa, lo estás poniendo de un modo que parece que trabajo en un antro de perdición. Es un local de todo lujo y ellos lo único que ven es mi silueta reflejada detrás de una mampara. Y luego salgo por detrás del escenario, directa al camerino, a vestirme y a la calle, donde me espera el dueño para pagarme. Incluso es una salida por la calle de al lado, por lo que las chicas tenemos más que garantizada la intimidad.

—Pues sí que lo tenéis bien montado. Visto así, que ni les ves la cara ni nada, no está mal. Y encima pagan genial, tú has encontrado un chollo— reían.

A mí bailar siempre se me dio de vicio. A Tony me lo llevé de calle bailando en un pub en el que nos conocimos. Siempre me dijo que le dejé hipnotizado con mis caderas, tan sensuales como eran. Hasta que llegaron las de Jessica, que debieron parecérselo más.

No me quiero ir por los cerros de Úbeda. Lo importante era que yo, por una temporadita, también podría complementar mi sueldo con bailar por las noches y así pagar todas las facturas, incluida la del alquiler.

—Oye, me vais a perdonar. Es que os estoy escuchando hablar y justo busco algo de curro. No se me da mal bailar, creo que tú lo haces, ¿no? — me dirigí a la tal Sara, que había escuchado su nombre.

—Sí, mujer, y no preguntes como si fuésemos a comer un delito, que si lo has escuchado es porque somos un par de bocachanclas…

—Vale, oye ¿tú crees que me podrías dar la dirección del sitio donde bailas? Igual buscan a una chica más…

—Pues mira, vas a tener suerte porque Fidel necesita una, sí.

—¿Fidel es tu jefe?

—Sí, un buen tío y paga fenomenal. Es que justo se le va Olga, que es una cubanita monísima que se ha quedado embarazada. Yo bailo esta noche, ¿te vienes conmigo y hablamos con él?

—¿No te importaría? —le pregunté asombrada, porque aquella chica parecía haberme caído del cielo. No podía mostrarse más dispuesta.

—Si me importase no te lo ofrecería, aparte de que voy a decirte una cosa: a ti te veo buena gente y el ambiente de trabajo es guay, así que mejor tú que otra cualquiera que pudiera venir a querer ponerse por lo alto de las demás. A ti no se te ve así…

—Desde luego que no, aparte de que lo mío será algo puntual, para unos meses… Y ya luego lo dejaré.

—Yo pensaba lo mismo y ahora no… Este es dinero fácil, yo no vuelvo a limpiar escaleras, que es súper digno, pero muy cansado.

—Ya, yo es que tengo otro trabajo y me lleva casi todo el día, por eso te lo digo.

—¿Y vas a poder con todo? Mira que este curro es de noche, yo es que luego me levanto a la hora que me da la gana.

—No te preocupes por eso, de verdad. Tú habla por mí, que no te defraudaré.

—Ya, lo que sucede es que hasta que Fidel no te vea bailar, no habrá nada que hacer.

—Oye, ¿pero Fidel querrá verme bailar desnuda o algo? Es que eso ya me da más palo.

—No, no es un salido ni nada eso. Él es empresario, lo que va a mirar es que seas una mina, no otra cosa.

—Ah, pues mejor…

—Te hará bailar detrás de la mampara, igual que te verá el público. El truco está en pensar que bailas para poner taquicárdico a tu novio o al tipo que te gusta, y así sale solo…

—Vale, vale. A mí eso se me da bien.

—Entonces, casi seguro que ya tienes curro, porque tu cuerpo es espectacular…

—Pues anda que el tuyo…

Además, que la chica era un amor y que parecía más que dispuesta a ayudarme. Como un ángel que me había caído del cielo, así era Sara, un ángel seductor que me llevaría volando a uno de esos lugares en los que nunca habría pensado en trabajar. Cosas de la vida.

Capítulo 9



—No, no y rotundamente no—me decía Alejandra por la noche—. Claudia, por esa puerta no sales…

—Manda narices, nena, ¿de verdad me lo estás prohibiendo tú? ¿Hace falta que te recuerde que no eres mi madre, que mi madre murió?

—Pues justo por eso, porque no tienes a nadie que te diga que se trata de una locura…

—Y dale con la locura, ¿acaso te crees que me voy a prostituir? Voy a bailar unos meses con una mampara por delante y no me va a reconocer nadie, ¿es que no me oyes?

—Te oigo y me horrorizo. Los tíos en esos sitios son todos unos babosos y unos salidos…

—Pues digo yo que habrá de todo, porque no hablamos de una caverna de depravados, sino de un local súper elegante al que acuden clientes de todo tipo, aunque mayoritariamente de alto poder adquisitivo. Por eso pagan lo que pagan.

—Ya, ¿y la gente con pasta no es depravada? Porque te recuerdo que muchas veces son los peores. Los tíos que se creen que lo pueden comprar todo con dinero no aceptan un no por respuesta.

—Y dale la burra al trigo, ¿es que hablo en chino, Alejandra? Que no tienen acceso a las chicas, que no nos ven ni de lejos, ¿vale? Puedes estar bailando hoy delante de un tipo y tenerle mañana abriéndote una cuenta en el banco y no tener ni idea.

—A mí, qué quieres que te diga, porque vas a hacer lo que te dé la gana… De todos modos, te tengo que decir que no me huele bien.

—Pues es una pena, porque me acabo de echar unas gotas de tu mejor perfume, que a mí apenas me queda—le dije antes de salir corriendo.

—Corre, corre, ¿y esa pinta que me llevas?

—¿Qué pinta?

—La falda esa tan cortita, menuda pinta de lolita, guapa…

—No, si te parece le pido a tu tía la monja el hábito y me lo pongo para ir a pedir el trabajo. Hasta luego, Alejandrita…

Sara vino a recogerme en su coche, un Seat Ibiza con más años que la polca y que avanzaba a trompicones. Para mí que se lo podía haber ahorrado, ya que caminando habríamos tardado menos.

—Este tiene los días contados. Yo me voy a comprar un Mini rosa, lo que he metido en el banco es para eso, para ir ahorrando, que soy una manirrota y si lo llevo encima me lo gasto.

Llegamos y el aspecto del local por fuera no me defraudó en absoluto. Ya apuntaba maneras de sitio elegante y los dos gorilas de la puerta también indicaban que el derecho de admisión estaba reservado, allí no entraba cualquiera. Todo eso junto con la absoluta confidencialidad de la que me habló Sara me animó porque si algo tenía claro es que en la oficina nadie podría saber que yo actuaba de bailarina erótica por la noche.

Era temprano y todavía el público no ocupaba la amplia sala, cuidadosamente decorada, en la que no faltaba un detalle.

—Fidel, ella es Claudia, la chica de la que te hablé—me presentó Sara y el atractivo maduro reparó en que estaba atacada de los nervios.

—Este no es uno de esos sitios donde te podrían pasar cosas feas, por eso no te preocupes—me comentó mientras echaba una visual a mi cuerpo, el

cual debió parecerle perfecto para el puesto a juzgar por su mirada de aprobación.

—Gracias, eso es genial.

—¿Te vas con Sara y me haces una demostración? Incluso podéis hacerla juntas, si así te sientes más cómoda.

Me metí con ella en el camerino y todavía me temblaba todo.

—Verás, vaya bailecito que me va a salir, más bien parecerá que me ha dado un ataque de epilepsia—me quejé mientras resoplaba.

—Solo tienes que hacer como si bailaras para tu chico, te lo recuerdo… Y, además, que lo haremos juntas.

Se dice pronto porque, aunque el camino desde el camerino hasta el escenario lo hicimos con una toalla por encima, tocó quitársela al llegar a él, si bien tras esa mampara nadie podría reconocerme.

Varios eran los focos que conseguían el efecto deseado… Quien nos contemplara solo vería la sensual figura de una mujer bailando y la elegancia de un bonito cuerpo desnudo sobre el que únicamente podrían adivinar sus curvas nada más. Pese a ello, me costó un poquito meterme en situación inicialmente, y eso que contaba con la ayuda de Sara.

—Déjate llevar más. Piensa que tu chico te mira deseoso y que tú le deseas igualmente.

—Es que yo no tengo chico—le contesté mientras trataba de imitarla.

—Pues entonces, piensa en el que te guste, pero ponle cara ya, antes de que Fidel se desespere. No tiene todo el día, es un hombre muy atareado.

Le hice caso. Era eso o tener que aguantar asquerosas insinuaciones como las que me hizo Mauricio para seguir viviendo en su piso, así que cerré los ojos y comencé a moverme de un modo tan sexy que, si en vez de una mampara hubiese tenido delante un bloque de hielo, lo habría derretido.

Lo conseguiría, el puesto sería mío porque le estaba poniendo todo el empeño del mundo mientras mi cuerpo se movía sobre ese escenario y mi mente… mi mente volaba pensando en que era Remy quien me contemplaba en la intimidad de un dormitorio.

No era la primera vez que pensaba en mi jefe en esos términos. Remy me ponía tanto que en más de una ocasión me había despertado empapada en sudor, tras tener un sueño erótico con él.

Fidel quedó encantado y el pacto económico al que llegamos me sacaba de apuros con tal de bailar algunas noches por semana, así de sencillo. Empezaba al día siguiente y de camino a casa sonreía pensando en la ironía de que fuese la imagen de mi jefe la que me hubiese ayudado a lograr un segundo trabajo, un trabajo que me venía como anillo al dedo.

Capítulo 10



El toro, dicen, hay que cogerlo por los cuernos y cuanto antes. Metafóricamente hablando, claro, que ni yo soy torera ni me tira la tauromaquia. Yo más bien soy animalista y adoro los bichitos, razón por la cual debí estar más tiempo de la cuenta ciega con el animal de bellota de Tony.

A lo que me quiero referir, tratando de no dar más rodeos, es a que actuaría por primera vez la siguiente noche. Y ya tendría que hacerlo sola, no como en la prueba ante Fidel, que conté con la inestimable ayuda de Sara.

Llegué al local con menos nervios que el día anterior ya que, aunque el trabajo no encajaba del todo con mi manera de ser, había comprobado que se me daba bien, y eso me serenó, en cierta medida.

Además, había otro punto más a mi favor, y era que yo parecía ser del agrado de Fidel. Muy de su agrado, diría yo, de hecho. Por su forma de saludarme al llegar, comprendí que no había pensado de más y que estaba

en lo cierto, por lo que su trato hacia mí era especialmente condescendiente, y eso se notaba.

—Solo tienes que bailar como anoche, Claudia, y te los meterás a todos en el bolsillo—me comentó para tranquilizarme en relación con los nervios que todavía me pudiesen quedar.

—Si me lo permites, Fidel, yo en el bolsillo solo quiero meterme los billetitos. Oye, y escucha bien, en el bolsillo… Te lo digo porque, si en lugar de tener una mampara de por medio, este fuera uno de esos lugares donde se baila en tanga y te los van dejando ahí, conmigo no podrías contar. Antes prefiero que el casero me ponga en la calle.

—¿En la calle? ¿El casero? ¿Estás haciendo este trabajo porque corres ese riesgo? —me preguntó.

—Sí, en realidad sí. Verás, yo trabajo tengo, pero se me ha dado una mierda de circunstancia que no veas. En realidad, más bien han sido un cúmulo de ellas y aquí me tienes—le confesé con los brazos abiertos.

—O sea, que cuando esas circunstancias se modifiquen, te perderemos de vista, ¿no? Quiero decir que volarás como un pajarito.

—¿Ese es un problema? Que vuele como un pajarito no me convierte en una pájara. Imagínate, si me lo podía estar callando y lo estoy largando todo, porque yo soy así… Muy de largarlo todo, no me gustan las mentiras.

—Está bien, pero, de todos modos, si alguna vez necesitas un dinero urgente, y por dinero me estoy refiriendo a una cantidad mayor de una tacada, dímelo.

—Espero que no, la verdad, porque yo de sustos estoy ya hasta la punta del gorro, seguro que me entiendes. Y ya es hora de ir a vestirme, que charlo tela. Mi compañera de piso, Alejandra, dice que demasiado, que me abro enseguida en canal con la gente y que, por eso, luego me pasa lo que me pasa…

—¿Y qué es lo que te pasa exactamente?

—Pues que la gente sabe demasiado de mi vida—le sonreí.

—Tranquila, a mí no me has contado ningún secreto, salvo que andas justa de pelas. De todos modos, eso es algo que podía imaginar. Y otra cosa, si algún día me quieres contar alguno, soy una tumba, ¿vale? —me guiñó el ojo.

Me fui hacia el camerino y Sara me sonrió. Daba la impresión, realmente, de ser muy buena chica.

—A Fidel le gustas—me dejó caer.

—Supongo, si no fuera de su agrado no me habría contratado. En este negocio hay que ser muy clarito, me figuro.

—No me refiero a eso, Claudia, sino a que le has gustado de verdad, a que le has caído en gracia.

—Pues mira que yo la gracia últimamente no me la encuentro por ninguna parte, que estoy de unas malas pulgas…

—Nada de eso, las sentirás por dentro solo, porque das la sensación de ser una chica muy salada y fresca. En cierta manera, creo que le recuerdas a Olga.

—¿A la cubanita que estoy sustituyendo?

—Sí, todas sabíamos que estaba enamorado de ella. Pero Olga tenía novio y lo quería, por lo que no entró al trapo. Y después, para más inri, se quedó embarazada y ahora se ha ido, en cuanto cabía la posibilidad de que la curvita se le marcase.

—Ajá, y entonces Fidel se habrá quedado como revenido, ¿no?

—¿Revenido? Me parto. Sí, algo así, como mustio, pero hoy ha sido entrar tú por las puertas y sacarle la sonrisa.

—Nena, pues yo lo siento, pero a Fidel solo quiero sacarle la pasta.

—Mala suerte para él, aunque yo de ti me lo pensaría. Parece buen tío, yo no tengo una queja sobre él, y es generoso. Podrías vivir genial, con Olga le pasó lo mismo, que se le metió por el ojo desde el primer momento. Y llegó a ofrecerle una vida impresionante, algo que no aceptó.

—Yo es que no quiero vivir a costilla de nadie, Sarita y, además que…

—Te lo veo, no hace falta ni que lo digas…

—¿Tanto se me nota? —le pregunté un tanto preocupada.

—Bastante, sí…

—Es que creo que estoy enamorada. En realidad, no sabría si decir enamorada es pasarme.

—Para mí, por los ojitos que se te ponen, es quedarte corta, ¿quién es el afortunado? ¿Alguien de tu trabajo en la oficina? —Ya ella sabía por mí cuál era mi otro trabajo, estábamos cogiendo mucha confianza.

—Sí, ¡el jefe!

—Todo un clásico, ¿y ese jefe no te hace caso? Esto es el mundo al revés, porque Fidel, tu otro jefe, sí que te lo hace—rio.

—Fidel es solo mi jefe por un tiempo, mi verdadero jefe es Remy—le conté.

—Ya, y Remy es el ladrón de corazones que te hace suspirar.

—No sabes cuánto…

—Pero me lo imagino. Y ahora, ¡al lío!

Capítulo 11



Sali al escenario con paso firme. No era una niña, era una mujer hecha y derecha, y nadie me había obligado a escoger ese trabajo. Quizás las circunstancias sí, pero ese era otro cantar…

Por lo que podía intuir a través de la mampara, la sala estaba a rebosar de hombres, todos ellos con ansia contenida por ver a quien se había anunciado como la novedad, algo que parecía volverles locos.

Sara estaba sobre el mismo escenario, solo que en la esquina, donde nadie la viera, infundiéndome ánimos. Había llegado la hora de la verdad, la hora de dar la talla y, entre sus gestos de “tú puedes” y que me dio por pensar que sí, que yo podía, me vine tremendamente arriba.

Comencé a mecerme al ritmo de la música, sintiéndola desde dentro, y sacándola hacia fuera. Me imaginaba envuelta en olas húmedas que tuviese que surcar y mis brazos se acompasaron con mis piernas.

Yo gozaba de una impresionante elasticidad. Para no ser una persona especialmente deportista, siempre destaqué por ese rasgo, por lo que escuché el clamor general de la sala cuando levanté tanto una de mis piernas que pareció que esta tuviese intención de alcanzar el cielo.

Luego seguí contoneando mis caderas, controlando el sexy movimiento de mis senos, respirando hondo para acariciarme de un modo tan sugerente que yo misma llegué a ponerme solita. Normal, el truco estaba en que pensaba en Remy y en que eran sus manos, y no las mías, las que me acariciaban.

Chasqueé mis dedos, los cuales pasé por delante de mis senos, y me sentí la jodida ama del escenario. Aun sin ver a aquellos hombres y sin que ellos pudieran apreciar nada más aparte de mi sexy silueta y de mis provocativos movimientos, podía escuchar lo acelerado del latido de sus corazones.

Comencé a dar pasos, moviéndome voluptuosa al ritmo de la música, mientras mi melena ondeaba a consecuencia de los movimientos de mi cabeza, sincronizados con los de mi cuerpo. Subida en mis altísimos tacones, mis piernas debían parecer kilométricas y eran las que me permitían moverme con pura sugerencia por encima de un escenario que estaba a punto de resultar calcinado.

La ovación fue total cuando acabé el primer pase de los dos que haría a lo largo de la noche. A través de la mampara, la agradecí y me retiré al camerino.

—Lo has bordado, niña, no debí darte tantos consejos o nos dejarás sin trabajo a todas—me abrazó Sara.

—No digas bobadas, yo soy la novata, tengo mucho que aprender todavía.

—Deja, deja, ¿tú no sabes eso de que “los últimos serán los primeros”? Porque eso es lo que te sucederá a ti, que te vas a poner por delante de todas. Esto es justo lo que le faltaba a Fidel para babear.

—Venga ya, que me vas a dejar cortada, Sara. No ha sido para tanto.

—No te estoy regalando el oído. Y las demás chicas piensan lo mismo, me lo acaban de decir, que vaya telita contigo.

—Yo no quiero caerles mal, no pretendo quitarle el trabajo a nadie.

—No, tranquila, si aquí cada cual se las apaña, además de que cada una tiene su público en función de hasta dónde quiera llegar, tú ya me entiendes.

—¿Hay algunas que hacen más cosas aparte de bailar>?

—¿Tú qué crees? Los tipos que están ahí fuera tienen pasta a montones, la pasta les sobra por las orejas a muchos de ellos. Y sí, hay quien aprovecha.

—Pero tú no, ¿no?

—No, claro que no, yo por ahí no paso. Soy bailarina erótica, no prostituta. Pero que, si quisiera serlo, no tendría más que chasquear los dedos.

Era un mundo distinto, un mundo que no sentía como el mío y en el que, sin embargo, me movía como pez en el agua.

Pude intuir la expectación que generaba mi segundo pase y cómo la sala se deshizo en aplausos y vítores cuando terminé de bailar. Para ese momento, ya mis nervios habían desaparecido gracias a que me sentí segura porque aquello no parecía tener secretos para mí.

—Deslumbrante, hipnotizante, hechizante—murmuró Fidel mientras me esperaba en la salida para pagarme. No podría coincidir a veces con Sara a la hora de hacerlo, pues cada una llevaba su ritmo, y me marché sola.

—Gracias, Fidel, muchas gracias.

—Muchas gracias a ti—me dijo cogiendo mi mano y besándola, como si fuera un caballero de esos antiguos que tenían ese tipo de gestos. Lo último que yo esperaba, aparte de que su atractivo era también evidente.

—Bueno, que yo ya me voy. Pasado mañana vuelvo.

—¿No te interesa bailar todas las noches? No habría problema por mi parte, todo lo contrario. Incluso podríamos renegociar la cuestión económica, has puesto a toda la sala en pie, y eso se paga.

—No, gracias, Fidel. Te lo agradezco mucho, pero no.

—De acuerdo, pasado mañana entonces. Te estaremos esperando, todos estaremos esperando a Selena.

Selena era mi nombre artístico. Sara me ayudó a escogerlo porque opinaba que transmitía fuerza y garra, la misma que, en opinión de todos, transmitía yo misma en el escenario.

Quién me lo iba a decir… Yo haciendo de bailarina erótica para sacarme las castañas del fuego a consecuencia de la mierda pinchada en un palo que estaba siendo Tony, ¿cómo pude amarle tanto? Obvio que fue en otra vida porque en esa, en la que estaba viviendo en esos momentos, mi pensamiento se centraba en Remy. Es más, desde el palo que le dio Leticia, como que me identificaba mucho más con él, y como que hubiese hecho cualquier cosa por quitarle la pena y la rabia que aparecía en sus ojos, ¿indicaba eso que estaba realmente enamorada como decía mi nueva amiga Sara? Pues seguramente.

Capítulo 12



El ambiente en la oficina cada vez estaba más calentito. Y me refiero a ese calor que no hay aire acondicionado que pueda rebajar.

A Remy le estaba tocando aguantar carros y carretas con aquellos dos impresentables de Leticia y Álex, que parecían hasta dispuestos a pedir que les pusiéramos una alfombra roja bajo los pies para pasear su amor, siempre de la manita o él llevándola cogida por la cintura.

Una cosa es que te enamores de otra persona, y otra muy distinta que hagas ostentación de ese enamoramiento delante de quien todavía siente por ti, delante del hombre con el que te ibas a casar en pocas semanas, en el caso de Leticia. O delante de tu primo que, por si fuera poco, en el caso de Álex, era más como un hermano, así se comportó siempre Remy con él.

Los nervios, en tales condiciones, no le respondían a mi jefe demasiado bien, y era normal. Yo no sabría indicar cuál de los dos llegaba por la

mañana con más sueño, si él por no poder pegar un ojo por la situación o yo por acostarme varias noches a la semana a las tantas a cuenta del bailecito.

Cada loco con su tema, como se suele decir… Y hablando de locos, esa mañana se formó allí una trifulca de padre y muy señor mío a consecuencia de un tema de unas modelos que estaban por contratar, algo que yo le había escuchado a Remy encargar a Álex en su día, y que su primo no reconocía ni hecho pedazos.

—Te lo dije bien claro, Álex, que de eso te encargaras tú, ¿o quién lleva el tema de Recursos Humanos aquí?

—Lo llevo yo, pero aun así tú te has encargado muchas veces del tema de las modelos y demás, no vayas a decir que no.

—Pues claro que sí, Álex, si lo dice por joder, ¿no te das cuenta? Se iba a encargar él, pero como no está centrado, pues ahora ni contratos ni nada. Ahora hay que sacarse unas cuantas modelos de la manga a última hora, pero vamos que para eso Remy solo tiene que tirar de agenda y ya, las modelos son su especialidad—le tiró ella una chinita que más que una chilla era un canto rodado.

—Leticia, te lo pido por favor, no vayas a empezar con tus insinuaciones.

—¿Insinuaciones dices? Que te jodan, Remy, pero vaya, que a mí ya me da igual. Yo me he encargado de desvincularme por completo de ti, así es que eso es lo que hay.

Raquel, que lo estaba oyendo todo desde la recepción, conmigo al lado, tenía los ojos que se le iban a salir.

—¿De qué le está acusando esa pécora? O sea, que es ella la que se va con el primo de él y encima le pone de vuelta y media. Esta tía podría llegar a ser un ídolo de masas, según está el mundo.

—Pues ni puta gracia que tiene el tema. Hay que ser caradura.

—Sí, sí, la mejor defensa es un buen ataque. Eso o que la silicona afecta al cerebro, porque hace falta tener valor.

Lo comentábamos cuando llegó un mensajero con un paquete para Remy.

—Me han dicho en la oficina que es de entrega urgente, ¿vale? —nos advirtió el chico, que venía a toda leche.

—Vale, vale—le dije mientras lo cogía entre mis manos.

—Pues ya sabes, a entregárselo al jefe y cuidadito cuando entres en terreno de fuego cruzado—me advirtió Raquel.

—Ya te digo que sí, aquí van a caer granadas cualquier día, como esto siga así.

—Y no de las que penden de los árboles, ¿a que no?

—No, no de esas. Pues nada, que allá voy.

—Venga, que en terrenos más complicados te ves tú por las noches y te va genial, mi niña.

—Cállate, por favor, que se enteran en la oficina y me da algo, y no bueno.

—Que tampoco te dedicas a atracar bancos, ¿eh? Es un trabajo tan digno como cualquier otro, bonita.

—Sí, un trabajo que quiero mantener en el más estricto de los secretos, así que me haces el favor—le recordé mientras salía andando.

Llegué y estaban a puros gritos. Ese no era el estilo de Remy y, aun así, aquellos dos hacían piña en su contra provocando que perdiera los estribos.

—¡¡Ya está bien!! Sé muy bien cuáles son mis responsabilidades y yo las he cumplido, la contratación de esas modelos no corría de mi mano, yo no estoy loco, o al menos no lo estoy todavía, ¡joder! —chilló él.

—Jodido estás, de eso no me cabe duda. Y todo porque no soportas lo que te está pasando, todo por eso—le recriminaba su ex.

Leticia tenía fama de ser celosa, bastante celosa, aunque en aquella ocasión se estaba pasando tres pueblos. De hecho, cada una de nosotras tuvo mucho

cuidado de que no nos pillase mirando a Remy ni nada parecido mientras fueron novios, porque esa era capaz de sacar sus uñas de gata y ponernos como un cristo. Pero acusarle a él de su ruptura y encima pasarle a su primo todo el día por delante de las narices, los dos juntitos como si fueran siameses, tenía miga.

—Leticia, ya. Yo sé separar lo personal de lo profesional. Deja de una vez de atacarme, ha sido Álex quien se ha olvidado de lo que era su responsabilidad, a mí qué me estáis contando.

—Tranquilo, Álex, que tú ahora tendrás la culpa hasta del cambio climático, ¿sabes? Y todo porque él no puede vernos juntos. Pues te lo digo clarito, Remy, si no quieres caldo, vas a tener dos tazas y a todas las horas. Es eso o te largas tú de esta oficina—le desafió.

Cara, pero cara tenía ella. De manera que estaba en su puesto porque la puso él y de pronto se permitía el lujo de tratar de echarle de una empresa que era mucho más suya que de nadie.

—Leticia tiene toda la razón, Remy. No puedes dejarte afectar porque ella te haya dejado y ahora esté conmigo. Tendrás que centrarte, tienes que ser más profesional—le reprochó su primo.

Me tocaron las narices entre los dos por la sencilla razón de que el día que Remy le hizo el encargo yo estaba, casualmente, delante. De modo que, pese a que pensé que nadie me había dado vela en ese entierro fui incapaz de morderme la lengua.

—Lo siento mucho, pero si no lo digo reviento—les comenté al llegar hasta ellos con el paquete en la mano.

—¿Tú? ¿Y qué se supone que tiene que decir alguien tan insignificante como tú? —me preguntó ella entre extrañada y asqueada, como si yo oliera mal o algo. Y eso desde luego que no, que yo olía a gloria, aunque todavía fuese con el perfume de Alejandra, pero a gloria.

—Yo solo digo que lo escuché todo y que Remy le hizo a Álex el encargo. Y lo escuché con mis propias orejas—añadí.

—Vaya por Dios, ¿y se puede saber quién te manda a decir eso? —prosiguió ella.

—Evidentemente nadie, pero como tú comprenderás aquí no hemos hecho voto de silencio ninguno de los empleados, por mucho que creas que puedes prohibirnos todo lo que se te antoje, Leticia.

Yo hasta hacía poco no me habría atrevido a hablarle así por si me mandaba directa a la cola del paro, al ser la novia del jefe. Alguna ventaja debía tener que ya no lo fuese, como poder decirle lo que tuviera en la punta de la lengua, listo para ser soltado.

—Pues entonces te callas—me ordenó.

—Tú no eres quién para darle órdenes, Leticia—me defendió Remy.

—¿También estás liado con ella? —le preguntó aquella terrorista de los celos, porque eso era ella.

—Mucho cuidado con lo que dices, porque no voy a permitir que insultes a mis empleadas con tus ridículos celos—le paró él los pies—, ¿me oyes?

—Yo insulto a quien me da la gana, ¿me oyes tú? Si te has creído que seguirás mangoneándolo todo ahora que no tenemos nada que ver, la llevas clara.

—Yo nunca he mangoneado nada, no digas idioteces.

—Y tú no me hagas decir por dónde me paso lo que pienses de lo que yo digo.

—Yo ya me he perdido, pero vamos, que venía a traerte este paquete, Remy, por lo visto es urgente.

—¿Es un juguetito sexual? Porque ahora que te has quedado compuesto y sin novia lo mismo tienes que echar mano de uno de esos, ¡que te jodan, Remy! —le soltó ella antes de coger a su novio de la mano, que a ese sí que le trataba como si fuese un juguete. Eran tal para cual.

Capítulo 13



Salía de la oficina al mediodía cuando coincidí con Remy. Por Dios bendito, si parecía que las discusiones le sentaban bien. Tenía un aire… No sé cómo definirlo, como si se hubiese venido arriba tras aquella bronca tan absurda.

Él estaba dándole al mando de su coche, un Audi de alta gama que me quedé mirando porque me recordó a ese otro que yo estaba pagándole al desgraciado de Tony, por mucho que el suyo fuese más barato.

—Se le está desprendiendo el logo—le dije porque lo observé.

—¿Qué? —me preguntó mientras avanzaba hacia mí.

—El logo de Audi, que se le va a caer—le señalé.

—Ah, a mi coche…

—Sí, claro, tú no llevas logos encima, tú solo llevas marcas—le sonreí.

—Las marcas no significan nada, tampoco los logos.

—Según se mire, a veces significa que unos viven mejor que otros. Yo es que a los coches marca Audi parece que me los he tragado a todos.

—¿No te gustan?

—Sí, sí que me gustan, si son muy elegantes, lo que pasa es que estoy pagándole uno a mi exnovio, todo porque soy más tonta que una caída de espaldas, y me veo en más de un apuro por ello.

—¿Por eso me decías el otro día que no podías perder tu empleo? —me preguntó en un tono mucho más condescendiente.

—Por eso mismo—suspiré.

—Lamento si te di la sensación de ser un insensible. Nunca me había ocurrido—se excusó.

—No pasa nada. Yo puedo entender que cada uno tenemos nuestros problemas, de verdad.

—Y, sin embargo, tú no te la has cobrado. Has defendido mi verdad delante de Leticia y de Álex, cuando sabes que así te ganas su enemistad. Eso es

muy loable.

—Yo no sé si será loable o no, pero justo seguro que sí. Al César lo que es del César, se ha dicho siempre en mi casa.

—Muchas gracias, gracias de corazón. Es verdad que ellos estaban haciendo piña con el tema y has logrado descolocarles por completo.

—Pues que les zurzan, estaban mintiendo como bellacos, algo que no es de extrañar, sobre todo en ella, que parece que miente más que habla—me permití añadir porque él se mostró de lo más amable, igual que como le conocí.

—Está bien y gracias igualmente, Claudia.

Me gustaba cómo sonaba mi nombre en sus labios. Además, Remy contaba con una voz varonil y vocalizaba que era una pasada, a lo que había que añadir que tenía un extenso y culto vocabulario que le hacía resultar aún más interesante. En resumidas cuentas, que a mí de él me gustaban hasta los andares y que me quedé mirando su coche mientras arrancaba y yo reanudaba el paso.

Me sorprendió ver que paraba a mi lado y bajaba la ventanilla.

—Claudia, ¿quieres que te acerque a tu casa? —me preguntó.

—No, gracias, no está tan lejos. Iré dando un paseo.

—Está bien, como quieras—me respondió y entonces noté que me miró de un modo… De un modo en el que yo prefería no pensar si quería llegar a mi casa sin derretirme, pues sentí gran calor en mi interior.

Cuando por fin entré en ella y se lo conté a Alejandra, ella lo flipó en colores.

—Cacho sosa, ¿y por qué no has dejado que te trajese?

—Ay, no me lo reproches, que bastante es con que yo piense que soy tonta, no hace falta que también lo pienses tú.

—Ni tonta ni lista, simplemente es que tu jefe te pone al rojo vivo y para una vez que tiene un detalle así tú le dices que no… Yo no te entiendo.

—Niña, que me ha cogido de sopetón y que yo tampoco quiero que se vea en el compromiso de traerme solo porque diera la cara por él un rato antes.

—¿Y eso cómo ha sido? No me lo has contado.

—Leticia y Álex, que le estaban acorralando con una cosa que no era verdad y que yo presencié, así que lo he soltado y punto.

—Puntos te tendrán que echar como te coja ella. Con lo propia que es, habrás desatado a la fiera.

—Me da lo mismo, yo no puedo con las injusticias y lo sabes, ¿pues no le estaba la tía acusando de mujeriego? Hace falta tener…

—Las ideas atravesadas, eso es lo que tiene esa tipa, pero que a mí no me coge de sorpresa, ¿tú qué esperabas?

—Yo nada, de ella nada, aunque al menos podría cortarse y no echarle mierda a los demás. La tía no tiene desperdicio.

—Menuda bruja está hecha esa. Tú fíjate cómo hay que gastárselas para dejar tirado a un novio a pie de altar, irse con su primo y verle todos los días, ¿tú te imaginas?

—Yo no me lo quiero ni imaginar. Demasiado bien lo está llevando Remy. Oye, no veo el dinero por aquí, ¿ha venido ya Mauricio a cobrar?

—Sí, guapi, ya ha venido. Y no ha cobrado más de milagro, ¿sabes? Porque por mí le hubiera dado una buena tunda. Tú tenías que ver cómo me ha mirado. Qué ganas de partirle la escayola en la cabeza.

—No me extraña, ¿y qué te ha dicho?

—Que era una lástima que hubiésemos reunido el dinero, que él ya se había hecho a la idea de cobrarnos en carne. Pegarle no le he pegado, pero me he liado a chillidos y han salido todos los vecinos. La señora mayor de ahí enfrente me ha preguntado y le he contado. Y ha entrado corriendo a por su escoba para partirle el palo en la cabeza, según le ha dicho. No tenía Mauricio escaleras para correr, rojo como un tomate que iba.

—Qué diversión, y yo que me lo he perdido.

—Sí, porque no creo que venga a por otra. Se ha ido con el rabo entre las piernas.

—Normal, supongo que el rabo no se lo habéis cortado—reí.

—No, y no será por falta de ganas, la verdad.

—Ya te digo yo que sí… Me alegro de que nos hayamos quitado el marrón…

—Dirás el de este mes, ¿qué vamos a hacer?

—Pues yo pienso seguir bailando hasta que tú estés bien y encuentres trabajo.

—Ay, nena, qué presión…

—Presión ninguna, si hasta me gusta.

—Trolera, eso me lo dices para que no me sienta mal.

—Que no, que bailar en el Dreams tiene su punto, de verdad.

—El Dreams, que significa sueños, ¿no?

—Sí, como el de Sara de comprarse su Mini rosa, que está en ello.

—Por lo menos… no como tú, para pagar el cochino alquiler.

—De cochino nada, que eso nos permite vivir y hacer lo que nos viene en gana y cuando nos viene en gana, que nosotras no dependemos de nadie.

—Depender no, pero no me niegues que tú tienes ganas de echarte novio otra vez. Y si es tu jefe, mejor.

—¿Cuál de ellos? —reí—. Porque Fidel estaría encantado, pero Remy ya es otra cosa.

—No, no, tu jefe de verdad, Remy, el otro es un jefe de unos meses. El original y el genuino es Remy.

—Ya, y el inigualable también—reí.

—No seas exagerada, ¿eh? Que ningún tío vale tanto y que todos encierran lo suyo.

—Remy no, él no es así—suspiré.

Capítulo 14



Cuando una persona no está bien, y Remy no lo estaba en aquel entonces, da un pasito para delante y otro para atrás, como en la canción “María” de Ricky Martin. Y eso era lo que le pasaba a mi jefe.

Unos días después de que yo diera la cara por él, la tomó con Raquel.

—Te dije que esas llamadas debían estar hechas para hoy, te lo dije. Y necesito que movilices a toda esa gente en una hora—le echó en cara mientras ella se mimetizaba con el blanco de la pared.

—No, Remy, me dijiste que no corrían ninguna prisa, que se podían quedar para la siguiente semana, ¿de veras que no lo recuerdas? Es que yo así no puedo trabajar, me estoy volviendo loca.

—Pues si no puedes trabajar así igual te debías replantear si vales para el puesto. Sin duda, muchas otras personas estarían encantadas de ocuparlo, ¿me explico?

La justicia es para todos. Y ese día el equivocado era él, por lo que no se iría de rositas.

—Remy, un momento. Raquel tiene razón, ¿recuerdas que yo estuve presente en la conversación? Incluso le dije que la ayudaría con las llamadas.

—Sí, lo recuerdo, ¿y qué? —afirmó poniéndose nervioso.

—Que yo escuché claramente que eran para la semana siguiente…

—Eso no puede ser.

—Pues te digo yo que sí—le repliqué—. Hoy no te puedo dar la razón porque la lleva ella.

—Qué casualidad eso de que tú siempre te enteres de todo, ¿no? —me preguntó un tanto iracundo.

—Cuando va en tu favor no te quejas—le respondí con ese dardo de inmediato, algo que le encendió la cara.

Raquel me dio un pisotón en ese momento que sentí fundir mis dedos con la suela del zapato.

Remy estuvo a punto de contestarme, si bien finalmente optó por guardar silencio y quitarse de en medio, dándose media vuelta y sin decir ni media palabra más.

—¿Estás loca? ¿Cómo le vas a decir eso al jefe?

—¿Loca yo? Ni que fuera el Papa de Roma y, además, que es la verdad, tú no vas a pagar ahora porque el otro día me equivocase yo. A mí me tocó mi bronca y apechugué, pero tú siempre lo haces todo perfecto y no vas a sufrir sus malos humores. Por cierto, que yo creí que ya estaba mejor…

—Es que Leticia le estuvo dando caña hace un rato, mientras tomabas café.

—Madre del amor hermoso, ¿es que esa tipa no para? ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Para mí que volver a ser la novia del jefe…

—¿Qué dices? ¿Ya se le ha pasado la ventolera de Álex? Pues la ha cagado bien. Yo creo que Remy no va a estar dispuesto a perdonarla.

—No, si no me estás entendiendo.

—Desde luego que no, ¿es que quieres volverme loca tú a mí? Que luego te quejas de que hago locuras…

—Lo que digo es que, por ella, Álex sería el jefe de la oficina.

—¿Ese parásito el jefe? Si todos sabemos que entró a dedo, por su tío, que si no…

—Pues ella es que dice lo mismo de Remy…

—Con la diferencia de que Remy, vale que es hijo de Nicolás, pero también es un jefe como la copa de un pino y ellos dos no valen ni para estar escondidos.

—Ya, eso es verdad. Yo, qué quieres que te diga. Esta oficina se ha convertido en la guerra, porque ella le ha chillado que el inútil era él, que necesitaba esas llamadas hechas y que tal y que pascual, por eso ya no sabía ni dónde estaba de pie y he terminado pagando yo. Lo único que digo es que, como no se pongan de acuerdo, se va a liar pardísima.

—Hay que tener poca vergüenza, después de todo lo que le ha soportado, de venir a formar gresca. Yo no lo entiendo.

—Es que, visto desde fuera, cualquiera diría que la ofendida es ella. Vaya morro que le echa.

—Se lo ha echado siempre. Esta oficina no es la misma desde que Leticia puso un pie aquí. Pues nada, que nos va a tocar aguantarla como no sea que a Remy les dé por echarlos a los dos…

—No puede. Su padre ha estado aquí antes y les ha hecho la rosca a ambos; a su sobrino y a la Barbie pécora.

—¿Es que ese hombre no tiene ojos en la cara? ¿No los tiene?

—Lo que tiene es verdadero apego por el zángano de Álex, de no verse no creerse. Y la Barbie es su novia, así que entra en el lote.

—Pero una novia que ha dejado tirado a su hijo.

—¿Y qué le importa a ese su hijo? ¿Todavía no te has dado cuenta de que para Nicolás es un cero a la izquierda? Para él, Remy pinta menos que una mona.

—Pobre Remy, no hay derecho…

—No, no lo hay, pero el pobre me ha montado la monumental, qué harta estoy. Yo lo que necesito es salir de marcha contigo y con Raquel.

—Raquel es que está para poca marcha con la escayola y en cuanto a mí… No veas si estoy cansada de noche con lo del Dreams.

—Ya me lo imagino, menuda etapita esta, qué rollo de todo—resopló.

—Venga, nena, que seguro que pasa…

—Pues claro, y cuanto antes esté contento el jefe mejor, ¿le vas a entrar ya a degüello o qué?

—¿Me estás vacilando? Que no, que yo no soy mujer para Remy.

—¿Tú estás tonta o qué te pasa? ¿Todavía no has caído en el potencial que tienes?

—Qué dices de potencial, déjalo ya…

—Vamos a ver… No he querido contártelo hasta ahora para no ponerte nerviosa, pero voy a tener que darle a la lengua.

—¿Qué dices? Más nerviosa me estás poniendo, suéltalo yo.

—Los chicos, bueno algunos de ellos, o sea…

—¿Qué les pasa a los chicos? ¿Te refieres a nuestros compis?

—Pues sí, a Pablo, a Raúl y a Kiliam, que fueron anoche al Dreams y estaban cotilleando sobre que vieron bailar a una auténtica diosa, y que si para arriba y para abajo. Raúl decía que se había enamorado a través de la mampara, fíjate…

—Pero ¿me reconoció? No me jodas que me reconoció porque me da un soponcio aquí mismo y tienen que venir a recogerme en camilla…

—Claro que no. Él solo decía que por una diosa así perdería la cabeza, que sería capaz de dejar hasta a su novia, y eso que es otro que está en capilla.

—¿Qué tienen los hombres en la cabeza? ¿Serrín? Raúl nunca se ha fijado aquí en mí, y me ve bailando a través de una mampara y ya resulta que soy una diosa. Le falta un hervor a cada uno, o unos pocos.

—Oye, que no son ellos solos, que dicen que todos los hombres de la sala estaban taquicárdicos. Nena, yo de ti le iría pidiendo a tu jefe que te aumente el sueldo, y digo a Fidel, que Remy no tiene nada que ver con esto —rio.

—Ni Dios lo quisiera, hasta entonces no pido la cuenta y no me ve más el pelo en la vida.

—Nena, pues tú tampoco estás haciendo nada malo, ¿me oyes? Que con tu cuerpo puedes hacer lo que te dé la gana y encima eso es puro arte. Le estás alegrando la vista a todo el personal y hasta estoy segura de que alguno se lo estará ahorrando en Viagra.

—No me digas eso, que me pongo la mar de mala…

—Malos se están poniendo ellos, ¿me oyes?

—¡Que te calles ya, jodida!

—Pues eso, que alguien que consigue poner en pie a una sala entera podría tener al hombre que le dé la gana comiendo de la palma de su mano, por muy jefe suyo que sea.

—Ya está, ya está. Vamos a liarnos con esas llamadas y no me taladres más.

Capítulo 15



Entré un rato después en su despacho con el resultado de las llamadas en la mano y le encontré bastante más tranquilo.

—Gracias, Claudia, ¿por qué no me lo ha traído Raquel? ¿Le resultaba demasiado violento?

—No le des más vueltas, Remy, las cosas están como están y hay muchas tiranteces, ya están hechas todas, y aquí tienes la selección.

Al dársela, su mano se rozó con la mía. Y tuve la sensación de que él sintió el mismo escalofrío que yo, aunque igual en su caso era más bien un cortocircuito, pues se pasaba el día con la mecha encendida.

—Debes pensar que soy un patán, ¿no? Siéntate, por favor—me indicó.

—No es necesario, tú estás muy nervioso y no me debes ninguna explicación—Yo temblaba también todavía por lo que me contó Raquel de

que mis compis frecuentaban el Dreams y eso me daba vueltas por la cabeza.

—Dime, ¿lo piensas o no lo piensas?

—¿Y qué más te da lo que yo piense, Remy? —le pregunté.

—Me da, me da… En serio, me da. Por favor, dime.

—Yo lo que pienso es que demasiado bien estás actuando, la verdad. A mí también me pusieron los cuernos—con perdón de la expresión— y te reconozco que no habría podido seguir viéndolos juntitos todos los días.

—Ya, tu exnovio, el que te dejó con el marrón del Audi, ¿no?

—Sí, que no ha vuelto a pagar una letra. Y por esa razón me han embargado…

—Joder, ¿embargado?

—Sí, lo puedes ver reflejado en la nómina de este mes. Ha sido la financiera, él me convenció para poner el préstamo a mi nombre…

—Qué condenado…

—No, no, la condenada soy yo… Condenada a pagar un pastizal durante no sé cuánto tiempo. Estoy medio arruinada, prefiero no pensarlo, porque encima es que el muy imbécil ahora la ha dejado embarazada, me refiero a su novia y… No puedo seguir, se me hace un nudo en la garganta.

—¿Todavía le quieres? ¿Es por eso?

—No, no es por eso. Palabrita del Niño Jesús que no. Es porque le estrangularía, de buena gana lo haría.

—¿Por haberla dejado embarazada? ¿Te importa?

—Que no, que tampoco. Es porque dice que ahora no puede entregar el coche, que lo necesitan para el bebé, que a su vez les traerá más gastos, y le impedirá pagar las letras…

—Ya, cuando tampoco las pagaba antes.

—Eso es, un sinvergüenza de libro. Y el marrón para mí…

—Y encima yo casi te dejo en el paro, ¿no? —me sonrió.

—Eso, encima—le dije tratando de no llorar, porque me sentía un tanto agobiada con todo aquello.

—¿Y tu ex no trabaja?

—Sí, es protésico, igual que ella. Trabajan en la clínica esa que está a pocas calles de aquí, Denti no sé qué…

—Ya, trabajan los dos, disfrutan el coche y que pagues tú, muy bonito.

—Sí, y encima es que no puedo decir ni mu porque estoy atada de pies y manos…

—Porque el préstamo está a tu nombre. Oye, pero ¿no tendrás por casualidad alguna prueba de que él te pinchó para que lo pidieras? Si fuera así, si pudiéramos demostrar que fue un acto de buena fe por tu parte y que él te está jodiendo la vida, en el buen sentido de la palabra…

—En el bueno y en el malo, lo puedes decir tranquilamente, porque imagínate el plan que tengo, pero no, yo soy tonta de remate, tonta de capirote o tonta de nacimiento, como lo quieras decir, porque no tengo ninguna prueba, todo fue de boquilla. Te garantizo que si lo pudiera demostrar lo demostraría, pero no hay constancia.

—Espera, eso es relativo. Tú dices que no hay constancia, pero ¿sabes lo que es en Derecho la prueba indiciaria?

—No ni en revés tampoco—le contesté en broma.

—Que, a veces, no hay pruebas fehacientes de una determinada conducta, pero sí los indicios suficientes.

—Vale, que un juez ve algo y como que dice que si es blanco y en vasija…

—Es leche fija, eso.

—¿Y qué puede ver en este caso?

—¿Te parece poco? Verá que el crédito está a tu nombre y que el coche está al suyo.

—Pero eso podría ser porque yo se lo hubiese regalado, que no es el caso.

—Salvo por una cosita, piensa.

—Vale, salvo porque yo le esté reclamando el pago de las letras todos los meses…

—¡Bingo! Habrías servido para abogada.

—Deja, deja, tú sí que servirías.

—En realidad medio lo soy, porque estudié el doble grado de Derecho y Administración y Dirección de Empresas—me contó.

—Vale, vale, ahora ya me cuadra más todo.

—¿Y tienes algo en tu móvil que avale que se lo reclamas?

—En realidad, sí, porque la mayoría de las veces el teléfono ni me lo ha cogido en estos meses, pero le he dejado cantidad de audios poniéndole fino, filipino.

—¡Ahí lo tenemos! Es un caso interesante, te digo yo que un juez medianamente sensible le pondrá contra las cuerdas.

—Pero para eso tengo que contratar un abogado y es mucha pasta. Yo, en este momento…

—También podría corresponderte uno de oficio, aunque a veces se implican menos. Déjalo de mi mano.

—¿Te vas a encargar tú? —le pregunté súper sorprendida.

—Personalmente no, porque yo no ejerzo. Sin embargo, ya sabes que tenemos muy buenos abogados en esta empresa. Tú solo encárgate de darme todo lo que tengas en el móvil, y yo moveré ficha con ellos.

—¿Todo lo que tenga en el móvil? Hombre, tú sabes…

—Todo lo que tenga que ver relacionado con el tema del coche, Claudia.

—Ah, vale, esto ya está mejor.

Es que de pronto sentí un calor súbito pensando, por ejemplo, en que tenía conversaciones con Fidel sobre mi trabajo en el Dreams y me habría quedado muerta en la piedra si llegan a manos de Remy.

—Venga, pues cuanto antes, mejor.

—Oye, Remy, ¿tú por qué haces esto? Bastantes cosas tienes ahora en las que pensar.

—Porque quiero ayudarte y porque no me voy a olvidar de que el otro día sacaste la cara por mí.

Capítulo 16



Unos días después me dijo que pasara por su despacho. Pese a que él seguía teniendo malos momentos, con nosotras comenzó a comportarse como el Remy de antaño. Quiero decir que no hubo ni una salida de tono por su parte en esos días.

Raquel me dio un empujoncito para que le siguiera al despacho y lo hice, con mis tacones resonando con fuerza, como sabiendo que una buena noticia estaba por llegar. Y no me equivoqué.

—Mis abogados han llegado a un acuerdo con el de tu ex y él entregará el coche a la financiera—me indicó.

—¿Cómo? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Con ciertas cuestiones no bromearía nunca, que no te quepa duda—me indicó.

—Es que me parece prácticamente imposible, ¡estoy por ponerme a dar saltos!

—¿Y qué te lo impide? —arqueó una ceja y me preguntó con gracia.

—¿A lo mejor que estoy en el despacho de mi jefe? Pero que yo no sé lo que te hago, Remy, ¿cómo lo has conseguido? —me atreví a decirlo porque no podía estar más emocionada.

—No he sido yo, han sido mis abogados, el mérito es suyo—carraspeó.

—Ya, no has sido tú, aunque en el fondo sí que has sido porque has movido los hilos. Y otra cosa, primera noticia que tengo de que Tony cuenta con un abogado.

—No contaba con él, lo contrató cuando vio la legión de los míos que se le echaba encima.

—¡¡Toma ya!! ¡¡Así se hace!! Mola—reí.

—Se las ha visto venir y, antes de llegar a juicio y que fuera un juez quien le pusiera la cara colorada, ha preferido dar su brazo a torcer y perder el coche.

—De verdad que no me lo puedo creer, Tony no es de los que se amilana. Y la fiera que tiene al lado ni te digo.

—Sí, algo ha llegado a mis oídos sobre ella. Me han comentado que quiso intervenir en la negociación, pero la ignoraron por completo.

—Madre mía, vas a hacer que me corra de gusto—se me escapó en ese momento, en el que casi me pego en la boca yo solita al escuchar la barbaridad que había soltado—. Lo siento, lo siento, dime que no lo has escuchado—le pedí.

—Igual algo sí que he escuchado, pero poca cosa—me dijo riéndose hasta que se le vio la campanilla.

Nunca le había visto así y me encantó, aunque lo que ya me gustó menos fue el motivo de su risa, ¿podía ser más bocazas? Me había perdido la emoción, en fin…

—Oye, que me he dejado la fotocopiadora en marcha, me voy—disimulé.

—¿Y qué pasa?

—Que tengo que apagarla, Remy—le expliqué.

—¿Es que acaso saldrá ardiendo si no?

—Ella igual no, pero yo sí—le señalé mis mejillas, que estaban coloradísimas. De perdidos al río, como suele decirse. Después de la

barbaridad que solté, mucho mejor actuar con naturalidad.

—No corras tanto, por favor.

—Vale, vale. Oye, en cualquier caso, no sé cómo podré devolverte este favor (aunque se me ocurrían varias maneras, todas ellas bastante cochinas). Solo te digo que, cualquier cosita que pueda hacer por ti…

—Pues mira, ahora que lo dices, sí que voy a necesitar un favor este finde.

—Pues tú me dirás—le di pie a que hablase, apretando los dientes.

—Tengo que hacer un viaje de trabajo y necesito una acompañante…

—Ya, y quieres que te busque una azafata, una modelo o algo, ¿no? Me pongo ahora mismo con ello, llamaré a las agencias.

—No, no, quiero que vengas tú conmigo—me soltó de sopetón y me dio una tos de lo más tonta.

—¿Yo contigo? Venga ya, ¿eso cómo va a ser?

—Muy fácil, subiéndote en un avión y ya. Se trata de asistir a unos desfiles que se celebrarán en Milán, poca cosa. Lo pasarás bien—me guiñó un ojo.

Él no lo sabía, o igual sí, que nunca se sabe, pero yo me lo habría pasado bien con tal de que nos hubiésemos sentado a comer un paquete de pipas en un parque.

—¿A Milán contigo? Eso no puede ser—negué con la cabeza.

—¿Tienes otro novio? ¿Uno celoso que se enfadaría? —me preguntó.

—No, no, yo de novios he quedado servida por el momento—le solté sin pensar mucho—. Bueno, que es un decir, que eso nunca se sabe, pero que mi corazón no tiene el candado echado, que no está ocupado, vaya…

—Y entonces, ¿me quieres decir cuál es el problema? No hace falta que te diga que vas a gastos pagados, ¿no?

—Eso ya lo supongo, porque como tuviese que volar por mis propios medios, más bien tendría que atarme con una cuerda al ala del avión. Y aun así…

—Aun así, ¿cuál es el problema?

—No, si en realidad no es ninguno…

—Genial, pues entonces mucho mejor. El viernes no trabajas, te recojo por la mañana en tu casa y nos vamos para el aeropuerto. Estaremos de vuelta el domingo por la tarde, es un visto y no visto, ¿conoces Milán?

—No, no lo conozco.

—Pues te va a encantar, estoy seguro.

Estaba seguro de eso y también de todo, porque él seguro era un rato largo. Quien se había quedado como la que se tragó el cazo con su ofrecimiento fui yo, que volví a la recepción con las rodillas como si fueran un flan.

Raquel levantó los ojos y me vio venir con los míos salidos de sus órbitas.

—¿Otra vez ha formado una zapatiesta? Jesús, si parecía que ya estaba más tranquilo y mira la cara que me traes, ¿qué te ha dicho ahora ese hombre? Porque estoy por entrar en su despacho y decirle que no hay derecho.

—No, si me ha pedido que me vaya con él a Milán—le conté sin todavía dar crédito.

—¡¡¡¿Qué dices?!!! —chilló ella comenzando a dar saltos.

—Lo que oyes—suspiré pensando en que aquello no podía estar pasando.

Capítulo 17



La semana me la pasé con los preparativos, además de que tuve el gusto de ver a Jessica y a Tony el día que fueron a entregar el coche a la financiera. A mí también me citaron por eso de que el préstamo estaba a mi nombre.

Sobra decir que a ella la cara le llegaba hasta los pies y que la de él era como la de un cadáver de tres días, a consecuencia de la paliza mental que debía estar sufriendo a manos de su nueva pareja.

Jessica daba la sensación de ser de esas personas que no se dan por vencidas y que siempre han de salirse con la suya, por lo que no pudo evitar abrir el pico.

—Estarás contenta, ¿no? —me espetó como si no tuviera derecho a estarlo.

—Pues claro que lo estoy, por fin se ha hecho justicia…

—Ya, ya, justicia—soltó con un retintín que no me gustó nada de nada.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Me lo puedes contar?

—Que hace falta caer muy bajo para hacer ciertas cosas que todos sabemos muy bien que has hecho.

Por un momento, creí que me daba algo al corazón, pensando que ella estuviera al tanto de mi trabajito en el Dreams. Y no por nada, sino porque yo era muy celosa de mi intimidad y que aquella indeseable contase con esa información podría joderme bastante la vida.

—¿A qué te refieres? —le pregunté temerosa por cuál pudiera ser su respuesta, pero entendiendo que tendría que lidiar con ella.

—A que hace falta ser lo peor para liarte con tu jefe solo para que nos soltara a los perros de sus abogados, a eso.

Me entró la risa. Me entró porque ella estaba tratando de dar palos de ciego y como que no, como que no acertaba.

—Mira, Jessica, algunas personas nos ganamos las cosas por méritos propios, no tenemos que ir haciéndole favorcitos sexuales a nadie. Si tú alguna vez lo has hecho, ahí no entro ni salgo. Supongo que esa será la razón de que pienses que yo he entrado en el mismo juego.

—¿Yo? De eso nada, yo solo me arrimo a los hombres por amor, no como otras…

—Claro que sí, y las demás lo hacemos por interés, no te jode… Por ahí no sigas que no paras de cagarla, ¿te enteras?

—¿De cagarla yo? Quien la ha cagado, y bien, has sido tú, porque hace falta tener valor para quitarle el coche, el medio de transporte, a unos padres de familia.

Tú tendrías que haber estudiado interpretación, porque pareces una actriz de las de Hollywood, vaya. Ni vosotros sois padres de familia todavía ni ese coche es el típico utilitario que necesita alguien que tiene un niño. Ese es un Audi del que se encaprichó tu novio y que pretendía que le pagara yo, y solo te digo una cosa: que se lo pague Rita la Cantaora, o si quieres, se lo pagas tú, porque eso será lo que te quede con este—le señalé—, dejar que se aproveche de ti.

—¿Aprovecharse de mí? De eso nada, se habrá aprovechado de ti, que eres una tonta del bote—me soltó.

—¿Una tonta del bote yo? Mira, te voy a decir una cosa para que no se te olvide. Tú te crees muy lista porque te llevaste el gato al agua, pero el gato, te lo digo desde ahora, te va a salir rana a no tardar mucho. Vamos, que lo que te estoy queriendo decir es que te vas a cagar, de manera que ve cerrando la boquita y reserva los chillidos para cuando se los tengas que dar al playboy de tu novio, que con él te lloverán los problemas. Yo antes tenía

un marrón, no te lo voy a negar, porque me había dejado colgado un coche, pero a ti lo que te va a dejar colgado es un niño porque este no se hace responsable ni de un cactus, así que ya te enterarás de lo que vale un peine.

—¿Tú qué es lo que estás diciendo? —me preguntó con la cara desencajada.

—Lo que en el fondo ya sabes, eso es lo que te estoy diciendo y, si no lo sabes, todavía, ya te enterarás. Pero bien que te enterarás. Yo hoy rompo mi último vínculo con él, pero tú… Tú has abierto la caja de Pandora quedándote embarazada de semejante holgazán, que este va de trabajo en trabajo porque es incapaz de poner el huevo en ninguna parte. Y si no, al tiempo. Y ahora, las llaves del coche, por favor, que estoy preparando un viaje a Milán y no tengo tiempo que perder.

—¿Te vas a Milán? —me preguntó Tony súper intrigado mientras que Jessica lo miraba con cara de Rottweiler, como si no le hiciera la menor gracia la pregunta.

—Sí, sí, a Milán, como lo oyes. Una que va prosperando en la vida, y mucho más que voy a prosperar ahora que me he quitado semejante losa de encima.

Y tanto que me la había quitado, porque el asunto de ese coche era una pesada losa que me aprisionaba los pulmones, no dejándome respirar. Por fin volvería a disfrutar de mi sueldo al completo, de manera que ya podría hablar con Fidel y decirle que dejaba el trabajo de noche.

No voy a decir que le diese igual porque mentiría.

—¿De veras que no te interesa ni siquiera un día en semana? Es una buena manera de ganarte un sobresueldo y podrías vivir mejor—me propuso.

—No, Fidel, pero que te lo agradezco que no veas. Me echaste una mano en el momento en el que más lo necesitaba. Tú confiaste en mí y eso no lo voy a olvidar.

—Ven aquí, preciosa—me dijo mientras trataba de darme un fuerte abrazo, un fuerte abrazo al que correspondí igualmente porque le había cogido cariño.

Capítulo 18



El jueves por la noche estaba hecha un manojito de nervios, hasta el punto de que la botella de cristal del agua se me resbaló de las manos y fue a caer justo en mis pies, dando un salto como un gato.

—Madre mía, ¿qué ha sido eso? Si ha sonado como un bombazo, pensé que ya nos había puesto una bomba la tal Jessica—rio Alejandra, que venía con su brazo tieso.

—Qué va, qué va, esa se ha terminado quedando más suave que un guante. Para mí que va a dormir peor a partir de ahora con lo que le he dicho. Se las prometía muy felices con Tony, pero ese no está hecho para las responsabilidades.

—De eso se ha enterado ya todo el mundo menos ella, aunque ella es la que se va a enterar de verdad—rio mi amiga.

—Ay, Alejandrita, que me voy con mi jefe a Milán, ¿cómo lo ves?

—Pues cómo lo voy a ver, como la oportunidad perfecta para que te líes con él.

—Para el carro, que esas cosas no se pueden hacer así a la ligera.

—No me vayas a decir que no le hincarías el diente, porque se lo hincarías. Y crudo, sin hacer vuelta y vuelta ni nada—rio.

—No puede ser, no sería el ligue de una noche al que no vuelves a ver… Yo no puedo servirle de paño de lágrimas por lo que le ha pasado con Leticia, que me eche tres polvos y que luego se me quede una cara de tonta que no veas.

—Mejor de tonta que de desesperada, y estás a un paso de que se te ponga.

—De eso nada, que yo no estoy tan desesperada.

—Pues yo sí, que con el brazo así no me apaño ni con el Satisfyer, estoy que me subo por las paredes…

—Me parto contigo, es que me parto.

—La que tiene partido el brazo soy yo. Y vaya coraje, pero que me alegro mucho de que te vayas con tu jefe a Milán y allí surja todo lo que tenga que surgir. Tú lo único que tienes es que dejar que fluya.

—Que no, animal, que nosotros no vamos en plan parejita. Vamos en plan profesional, sin más tonterías, que no somos niños.

—Ya, ya, eso me lo cuentas a la vuelta. Y te voy a decir algo: hay cosas que no se pueden dejar dentro porque son malas para la salud. Tú deja que el chaval te haga un apañito.

—Otra burra como Jessica…

—No me vayas a comparar, no me vayas a comparar… Que todavía te doy con la escayola.

—Ya lo sé, ya lo sé, perdona. Es que no sé lo que digo, estoy tan nerviosa…

—¿No me digas? Si no me había dado cuenta, ¿por qué me la iba a dar? ¿Solo porque no puedas dejar los pies quietos? Madre mía, me estás poniendo histérica hasta a mí…

—Es que no sé si llevo bastantes cosas para Milán.

—Depende, ¿te envían una furgoneta?

—No te entiendo, ¿qué dices de una furgoneta?

—Remy, que si te la envía para recogerte el equipaje—me aclaró con guasa.

—Claro que no, me recoge en su coche.

—Ah, vale, pues entonces está bien. Con todo y con eso ya veremos si le cabe en el maletero el maletón ese que me llevas.

—¿Tú crees que me he pasado?

—No sé, ¿cuántas toneladas admiten que pese la maleta?

—Ya vale, ¿no? Que me estás poniendo nerviosa.

—Claro, ahora los nervios te los estoy provocando yo, y no que me has dado ya sopotocientos pisotones y no sé cuántas patadas por debajo de la mesa. Me estás dejando la espinilla hecha un cristo.

—Ay, mi niña… Estoy pensando que es la primera vez que nos separamos desde que vivimos juntas, ¿te apañarás bien?

—Ya te digo que sí, esto de estar temporalmente fuera de servicio es un chollo. Me has dejado la nevera llena, has contratado otra vez Netflix, ¿qué más puedo pedir?

—Pide que te traiga un regalito de Milán, tonta. Será por pedir…

—Vale, pero ten cuidado, no sea que quien se traiga un regalito de Milán seas tú—me dijo mientras se burlaba dibujando en el aire una curvita de

embarazada.

—Estás boba, te prometo que estás boba…

—Ya, ya. Si no digo nada, solo que mucho cuidadito, que ese tío está de vicio y encima deseando darle en toda la cara a su ex, y eso tiene mucho peligro. Ahora mismo, igual es capaz de tirarse a una fregona con falda. Cuanto y más a ti, que te tiene fichada, eso seguro.

—No, Remy no es así…

—Remy es un tío y se acaba de llevar un palo muy gordo. Tú prepárate para cualquier cosa por si acaso, que todo puede pasar.

—¡Que te calles ya!

—Vale, vale, oído cocina.

No paraba de mirar el reloj. Me resultaba increíble pensar que pasaría tres días a solas con Remy en Milán, ¿cuándo podría haber imaginado algo así? Y había llegado como si nada, como si fuera lo más natural del mundo.

Varias veces, en aquellos meses, le vi salir los viernes de la oficina camino del aeropuerto con Leticia, para una pequeña escapada de fin de semana, y pensaba que ella no podía tener más suerte. Y de pronto sería yo su acompañante, no su novia, pero sí su acompañante.

Me acosté y supe que me costaría la misma vida enganchar al suelo. Normal, para mí era toda una aventura y más compartida con Remy. Con Tony no viajé demasiado, él prefería gastarse la pasta en salir de juerga los findes y poco más, sus expectativas no iban mucho más allá del postureo con los amigos y subir mogollón de fotos a las redes quemando la noche. No sé en qué estaba pensando cuando me enamoré ciegamente de él, lo cierto es que todavía no acierto a saberlo.

Capítulo 19



Ya estaba en la puerta de mi bloque a la hora convenida. Él miraba por aquí y por allá, como si mi barrio le hiciera gracia, supongo que el suyo tendría poco que ver con ese.

De repente me vio aparecer y fijó la vista en mí… En mí y en mi enorme maletón que, todo hay que decirlo, me costaba hasta tirar de él.

Se bajó del coche de inmediato con la idea de ayudarme con él y corriendo vino hacia mí.

—Buenos días, Claudia, permíteme.

—Yo te permito todo lo que quieras, no veas si pesa el condenado. Buenos días a todo esto también, Remy.

—Oye, ¿yo te he dicho que en Milán estaremos solo tres días?

—Sí, tres días, ¿por?

—Por nada, por nada… Tú sabes, por el tamaño de tu maleta.

—Ah, ya, que igual me he pasado un poco. A ti, de todas formas, no te cogerá de sorpresa, que yo he visto el equipaje que se llevaba Leticia muchas veces y haría falta fletar otro avión solo para sus maletas.

—Sí, eso es verdad. Bueno, ¿preparada para Milán?

—Preparadísima, claro, ¿cómo no voy a estarlo? Si a mí estos viajes se me dan muy bien, yo controlo…

—Creí que no habías hecho muchos, por lo que me dijiste.

—Más bien ninguno. Correcto, pero que yo controlo. Vámonos…

Me subí en el coche con él y pensé en que eso era vida, en un cochazo con mi jefe camino del aeropuerto para visitar la capital de la moda a gastos pagados. Nunca he ido por el interés, lo cual no significa que me amargue un dulce, como al resto de los mortales, por lo que la ilusión era tremenda. Y más con semejante compañía, que no pudo venir más guapo con sus jeans, sus zapatos acordonados, su camisa y su americana… Estaba para comérselo por los pies, por los pies o por donde terciara, que yo no le habría hecho ascos…

En cuanto a mí, opté por un estiloso y moderno vestido camisero con cinturón que combiné con altas botas y chaqueta, además de las gafas de sol de marca que me costaron un huevo de pato y que me regalé yo misma por los últimos Reyes, unas Carolina Herrera que eran de lo más estilosas.

Llegamos al aeropuerto y él se fue enseguida a mirar el panel en el que anunciaban la puerta de embarque mientras yo me quedaba contemplando lo monísimas que me habían quedado las uñas, pues fui al chino de mi barrio el día anterior y escogí de, entre las de su catálogo, la manicura más elegante de todas.

Estaba fijándome en que el jodido chino, aunque parecía no entenderme ni una palabra de lo que le conté sobre mi viaje, me había dejado las manos que eran un primor cuando vi algo que me provocó un revuelo en el estómago sin precedentes. No en vano, Leticia avanzaba en dirección al mismo panel que observaba Remy, tirando de una maleta que le decía "échate para allá" a la mía, y encima Álex, que estaba a su lado, portaba un pequeña para él y otra gigante de ella. Así que la tiparraca iba con dos.

Al verme allí, ella hizo como que se frotaba los ojos, como si no entendiera, cuando lo cierto es que lo único que debía entender eran las ganas de darle un puñetazo que yo sentí ante semejante gesto.

—No me mires así que soy yo—le dije en cuanto pudo escucharme—, y que también me he asustado, no te esperaba. Así que, aprovechando que no está el jefe, coges a este y te lo llevas de escapadita romántica a tomar

viento por ahí. Pues nada, qué quieres que te diga, que eres muy cuca. Si yo tuviese la posibilidad de escaquearme así, igual también lo haría, no te digo que no.

—¿Álex? ¿Tú la entiendes? Porque yo debo llevar un inhibidor de barriobajeras o algo, es que no tengo ni idea de qué me está hablando.

—Te hablo de que te escabulles, de que te piras, de que te vas para no dar palo al agua, como es tu especialidad—le aclaré.

—Me voy a Milán con Álex y Remy por asunto de la empresa, imbécil, ¿y tú qué haces aquí? Los autobuses para Villa Rebuzno de Arriba se cogen en la estación, esto es un aeropuerto, ¿sabes lo que es o te dibujo un plano?

—Mejor dibújalo de cómo quieres los dientes nuevos, porque como te vuelvas a cachondear de mí te los tendrán que poner, con eso te lo digo todo.

Lo discutíamos cuando se nos acercó Remy, pidiendo un poco de silencio.

—¿De silencio? ¿Se puede saber qué hace esta aquí? —le preguntó ella con una cara de cabreo que le llegaba al suelo.

—Viene conmigo, ¿algún problema? —le contestó él y yo estuve a punto, pero a puntito de sentir un orgasmo allí mismo.

—Si eso ya lo veo, pero que en el hotel hay servicio, no te la tienes que llevar para nada…

—¿Me estás llamando chacha? Oye, que es el oficio más digno del mundo, pero que yo soy recepcionista.

—Ya, o igual es que le limpias a este otra cosa, como el sable—me soltó en toda mi cara y Remy tuvo que aguantarme el brazo para que yo no le soltase allí mismo un buen guantazo.

—No te lo voy a permitir, Leticia, no te voy a permitir que insultes a Claudia, ¿me has oído? —le dijo en el más serio de los tonos.

—Oye, Remy, que tampoco le ha dicho nada que no hayamos pensado todos, ¿es que acaso ella pega aquí o algo? —le preguntó su primo.

—De pegar mejor nos callamos, porque yo sí que te pegaría a ti una buena hostia y estoy con las manitas quietas, así que a ver si hacemos como que no nos conocemos y salimos ganando todos.

—Por fin dices algo coherente y, además, que yo paso de que me vean con esta hortera—lanzó la otra uno de sus dardos envenenados.

—¿Hortera yo? Mide tus palabras, que la elegancia no se mide en kilos de silicona, que tú no estás operada, tú estás tuneada de cabo a rabo. Corrijo, rabo no creo que tengas, pero por lo demás…

Capítulo 20



En el avión, para que no faltase de nada, íbamos en filas contiguas, por lo que teníamos que vernos el careto.

Yo me senté con Remy, como es lógico, y ella con Álex. La cara de él reflejaba cierta tensión, si bien me da la sensación de que a esas alturas no era ya por Leticia.

—Espero que no me lo hayas tomado a mal—murmuró cuando por fin despegamos.

—¿El que me los hayas metido a los dos con un calzador en el viaje? Ha estado muy feo, me lo deberías haber contado antes y yo habría elegido—le contesté mientras le dirigía a ella la más socarrona de las miraditas, como si estuviese encantada con su presencia.

—Habrías elegido quedarte en tierra y sería una pena. El viaje era para los tres desde el principio así que, si lo piensas bien, a quien le hemos metido a

ellos con un calzador ha sido a ti.

—Pues no te voy a negar que eso ya me gusta más. La cara que ha puesto la muy pájara cuando me ha visto, como si yo fuera una mierda pinchada en un palo.

—Pasa por completo de ella. Está jorobadísima y desconcertada.

—Tú también eres muy cuco, a lo que te estás refiriendo es a que ella no sabe si entre tú y yo hay tomate, ¿no?

—La imaginación es libre…

—Normal que ocupes el puesto que ocupas, si es que eres muy listo, jefe. Menos mal que ahora quien está en deuda contigo soy yo, por lo del coche de mi ex, que si no… Si no te diría unas cuantas palabritas bien dichas.

—No estás en deuda conmigo. Es más, yo diría que es ahora cuando estamos en paz.

—Entonces igual me escuchas todavía—reí.

—Me gusta escucharte, si te refieres a eso—me confesó y yo reí, y entonces vi cómo aquella entrometida imitaba mi risa. Ellos no podían escuchar lo que decíamos desde la otra fila, pero sí observarnos. Y, mientras Álex

pasaba bastante y parecía haber puesto una peli en su Tablet, ella no nos quitaba ojo.

—Pues no te preocupes, que en este viaje me vas a escuchar…

—Hombre, no contaba con que te quedases muda, aunque cabe la posibilidad de que la belleza de Milán te deje sin habla.

—Te ha quedado finísimo, pero tanto Raquel como Alejandra, mi compi de piso, te dirían que yo no soy de callarme. Si hasta Sara me lo dice y eso que ella me conoce menos.

—¿Y quién es Sara?

—Sara es una chica que conocí hace poco en… En fin, da igual dónde—me callé al entender que yo solita me estaba metiendo en la boca del lobo.

A Sara también le debía yo una y gorda, porque ella me ayudó a comenzar a bailar como lo hice. Incluso, en los días posteriores a mi despedida, me envió algún que otro WhatsApp diciéndome que la gente parloteaba sobre que el Dreams ya no era el mismo al irme yo. Una información que no pensaba compartir con Remy ni por todo el oro del mundo.

Un rato después estábamos en Milán y en el hotel, uno de los más lujosos de la ciudad y situado en pleno centro, para que los desplazamientos nos resultaran mucho más cómodos.

Fuimos a hacer el *check in*, para lo que Remy me pidió mi documentación, y entonces saltó la liebre.

—¿Cómo? No puede ser. En total reservamos tres habitaciones: una doble para ellos—señaló a su ex y a su primo, que se quedaron haciendo unas fotos en el *hall*— y un par de ellas individuales para nosotros—me señaló a mí y a él mismo.

—Señor, pues le digo que ha debido haber algún tipo de confusión, porque les tenemos reservadas un par de ellas dobles. De todos modos, podríamos colocarle una cama supletoria si así lo desea—le ofreció el amable chaval.

—¿Y no podría arreglar este desaguisado? Puede que le sobren un par de habitaciones individuales, ¿me haría el favor de mirar?

—No hace falta que mire. Estamos completos con lo de los desfiles. No sé lo que decirle, me resulta muy desconcertante.

Se volvió hacia mí y yo le miré con cara de que me daba igual. Si os soy sincera, tenía ganas de alojarme con él y más si con eso le daba en toda la cara a Leticia.

—Lo siento, lo siento de veras—se disculpó.

—No pasa nada. Si ha surgido así, por algo será. Por mí no te preocupes—le comenté.

— Vale, pero voy a pedir que me pongan una cama supletoria y, por supuesto, la ocuparé yo.

—Así que tú sueltas la pasta y te quedas como si fueras de peregrino al Camino de Santiago, yo es que me tiro al suelo.

—No, no, si hace falta tirarse al suelo, ya me tiro yo también—hizo el juego de palabras.

Yo en realidad estaba encantada, porque eso de hacer rabiar a Leticia molaba, por lo que la despedí con la manita y casi que relamiéndome de gusto cuando fuimos a parar todos a la misma planta y vieron cómo compartimos habitación.

Ella, ni corta ni perezosa, no solo no se despidió, sino que entró en la suya dando un portazo que a punto estuvo de descuajaringar la puerta.

—¿Te gusta? —me preguntó él y entonces eché una visual a aquella increíble habitación doble que debía ser de las mejores del hotel, con unas vistas impresionantes a un centro que prometía.

—¡¡Me encanta!! ¿Cómo me lo preguntas? Si es una preciosidad…

—Me gusta ver cómo disfrutas de todo. Es algo nuevo para mí—me confesó mientras colocaba mi maleta al lado del armario para hacérmelo todo más fácil.

—¿Qué es nuevo para ti? ¿Disfrutar de todo esto?

—No, lo nuevo es que mi acompañante disfrute. A Leticia no solía entusiasmarle nada de lo que preparaba para ella en los viajes.

—Pero con ella no vayas a compararme, ¿vale? Que tu ex tiene una cara de estreñida que no veas y yo tengo un tránsito regular—toqué mi vientre—. Eso nos hace ser como de dos especies distintas.

—Yo no sé si es eso, pero que no tenéis nada que ver, te lo firmo ya—rio.

Capítulo 21



El primer desfile se celebraba por la tarde, así que tras disfrutar de un más que agradable almuerzo con él en una terraza, fuimos a vestirnos para la ocasión.

Yo llevaba un conjunto de pantalones y camisa monísimos, muy juvenil y con unos bordados que eran la leche, comprado para la ocasión y que me sentaba mejor que bien, con una chaqueta dejada de caer por los hombros que era una locura de bonita.

Sali del baño, el cual Remy me cedió gentilmente durante largo rato para que pudiera maquillarme y peinarme, y entonces me vio.

—Estás impresionante, Claudia, no sabía que fueras a desfilar—bromeó.

—Hasta entonces no caería muerta Leticia. De veras que es la leche…

—¿Qué es la leche? —me preguntó sin quitarme ojo de encima.

—Que te deje ella y que se permita ciertas licencias. Y perdona por hablar de eso, no pretendo meter el dedo en la llaga.

—No pasa nada, no tiene ninguna importancia. Da igual, vámonos ya, ¿te parece?

Nos los encontramos en el *hall*, pidiendo también un taxi. Ella llevaba un vestido con una vaporosa capa por encima que ni Caperucita Roja, porque encima era rojiza. Y Álex estaba a su lado, iba a decir que con pinta de lobo, aunque en realidad era más bien de zorro.

Nos volvimos a ver en el desfile. Ellos estaban invitados porque el organizador trabajaba con una serie de modelos que también participaron en algunas campañas de la empresa, por lo que era el sitio ideal para seguir haciendo contactos.

A Leticia se le notaban las ganas de acaparar, como si la jefa fuese ella o como si quisiera hacerle creer a Remy que sin ella a su lado no era nadie.

Además, por si faltaba poco, llamó mi atención que durante las copas que nos ofrecieron tras el desfile, se tomó más de una, con lo cual estaba perdiendo bastante los papeles.

—Le sienta fatal el alcohol y ella lo sabe—negó con la cabeza.

—Debe ser así, porque nos está mirando con cara de asesina. A esta tipa no hay quien lo entienda, ¿qué es lo que quiere? ¿Montarse un trío contigo y con tu primo? O que seamos "felices los cuatro" como en la canción. Pues a mí que no me mire. Lo respeto todo, no te voy a decir lo contrario, pero ese rollito no me va.

—Y a ella menos, es una celosa de libro. Pasemos totalmente, por favor.

—Si nosotros pasamos, es ella la que se nos pone delante todo el rato. Mire una donde mire, allí la tiene. Mírala, ya la tenemos otra vez aquí—le dije en cuanto me giré.

Su actitud era cien por cien provocativa. Como que no podía soportar que estuviéramos allí juntos y que Remy se mostrara tan atento a mí, pues de eso no tenía queja. Todo era como un sueño, salvo por el pequeño detalle que él omitió de que también viajaría con nosotros aquella pesadilla de Leticia.

—Viene para acá, espero que no pretenda montar un escándalo—me comentó él.

—Pues yo no te diría que no, porque le faltan cinco minutos para dar tumbos, y esta borracha debe tener mucho peligro.

—Eso ya te lo puedo garantizar yo…

Se acercó a nosotros con Álex tratando de contener su mordaz lengua, algo que no logró.

—A ver, ¿es que os creéis muy chulitos para venir a daros el lote aquí a Milán, al mismo hotel que nosotros? —nos preguntó y yo no pude evitar la risa.

—Mira, no te voy a contestar porque me parece un chiste y prefiero no entrar—le dije—. Yo me voy a asomar al balcón, que tiene unas vistas alucinantes.

—Alucinante es el morro que tú le echas—se quejó ella mientras Álex trataba de contenerla. A ese debía darle lo mismo ocho que ochenta, porque los celos de Leticia seguían siendo evidentes en relación con todo lo que hiciera Remy.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Has bebido demasiado? —le preguntó.

—A lo mejor sí, a lo mejor es hora de que tire el contenido de mi copa—le dijo entre risas de esas borrachinas mientras lanzaba dicho contenido justo sobre mi camisa.

A pesar de que el champán estaba muy fresquito, no ejerció ese efecto sobre mí, a quien puso la mar de calentita.

—¡Esto es intolerable! —exclamó Remy mientras le sujetaba la mano.

—¿Intolerable? Esto es una putada—opiné yo—, no seas tan fino.

—¿Quieres soltarla? —le preguntó su primo con evidentes malas pulgas.

—Si la suelto será porque te encargues de controlarla, ¿te enteras?

—No, no me sueltes, si yo prefiero que me beses—le dijo la otra, a quien no había quien la entendiera.

—¡¡Ya está bien!! —le chilló Álex mientras se la llevaba de allí porque su comportamiento estaba resultando impresentable por completo.

—Pero tú no te vas de rositas—susurré mientras le daba tal pisotón en la vaporosa capa con mi tacón de aguja que no tardé en escuchar cómo se rasgaba.

—¿Qué has hecho, desgraciada? —se volvió ella, como si fuera la ama del mundo.

—Partirte la capa, pero espera, que lo voy a rematar—le dije mientras la agarraba y, tirando de ambos lados, se la dividí en dos.

Remy se hizo el sueco mientras ella comenzó a chillar como una posesa.

—Y da gracias que ha sido la capa, porque, si te atrinco el vestido, enseñas aquí hasta las amígdalas, igual que yo—le decía porque la camisa se me había trasparentado y me sentía allí más Eva que Claudia.

Capítulo 22



Acabamos volviendo al hotel. He de decir en favor de Remy que él antes trató de secar mi camisa con una servilleta, algo que fue absolutamente inútil y que solo sirvió para que los ojos se le fueran hacia esa parte de mi anatomía que quedó prácticamente a la vista de todos.

Una vez en la habitación, y cuando entré a cambiarme en el baño, noté que le resultaba difícil perderme de vista. Enseguida salí con un atuendo mucho más informal, aunque monísima igualmente, y me hizo una propuesta.

—¿Salimos a cenar y a dar un paseo? La noche invita a ello…

—No, no, si salimos mejor invitas tú, no vaya a ser que luego la noche no quiera pagar y me desplumen a mí, que para eso tengo la cuenta corriente…

—Sabes que no lo permitiría. Eres mi invitada…

—Ya, ya, si es que sabes que vuelves a estar en deuda conmigo. Menudo gol por toda la escuadra que me has colado con estos dos… Mi dinero me lo terminaré gastando en aspirinas para poder soportarlos—resoplé.

—Trataré de que los veas lo menos posible.

—Fácil no te será, ¿esa tía qué quiere? Si es que la tenemos hasta en la sopa.

—Pasa de ella, por favor. Leticia quiere amargarte y yo no se lo voy a permitir.

—Es que se parece al mismito perro del hortelano, que ni come ni deja comer… Oye, que tampoco es que yo quiera comerte, no me malinterpretes —le solté de inmediato al caer en que acababa de decirle un buen disparate.

—Venga, ¿nos vamos a esa cena? —ignoró mi comentario mientras me dejaba caer la chaqueta por encima de los hombros, anticipándose a mi movimiento al mismo tiempo que sonreía.

Elegante era como él solo y me encantó ver la absoluta facilidad en la que se desenvolvía en italiano, de eso me percaté desde nuestra llegada, y no podía dejar de mirarle cuando hablaba con un taxista, con un metre o con cualquiera que se acercara a preguntarle algo.

—Iremos a cenar a uno de los restaurantes más famosos de Milán—me ofreció según salíamos junto con su brazo, que también colocó a la altura

del mío para que me cogiese a él.

—No, hoy no—le comenté para su sorpresa—. Si quieres mañana, ahora nos hemos puesto más cómodos, aparte de que se ha hecho un poco tarde. Yo quiero ir a un sitio normal en el que nos pongan algo de pasta y pizza. Ah, y un helado, que me han dicho que los italianos son los mejores. Los mejores helados, digo—maticé.

—¿Eso es lo que quieres? Pues entonces entraremos en el que más te guste, tú eliges.

—Vale, pues yo miro y te digo…

Lo hacía con ojos entusiasmados, lo mismo que los suyos. Para Remy era algo nuevo el improvisar de ese modo, el no optar solo por lo mejor de lo mejor, el dejarnos llevar por nuestro olfato y entrar a probar suerte en alguno de los restaurantes que nos rodeaban.

Terminamos optando por uno cuyo olor nos conquistó y en el que nos atendió el propio dueño. Un restaurante tan pequeñito como acogedor que nos encontramos en una coqueta callejuela.

—He de reconocer que ha sido una elección excelente y que te la agradezco a ti. La pasta está sensacional y la pizza está para…

—La pizza está para chuparse los dedos, aunque tranquilo que yo no soy como piensa tu ex y no voy a hacerlo.

—¿Y cómo eres? —me preguntó acortando la distancia conmigo mientras degustábamos ambos platos en espera del postre.

—Desde luego, no una hortera, como opina ella.

—Eso salta a la vista. Me refiero a que me gustaría saber más cosas sobre ti, sobre tus sueños y sobre tus aspiraciones.

—Tampoco te creas que son para tirar cohetes, Remy. Yo soy una chica sencilla y me conformo con vivir bien, poder llegar a final de mes sin apuros y, ya, si me puedo comprar además un poquito de ropa, genial. También me gustaría poder viajar más, porque no he tenido demasiada ocasión y eso que sí que me ilusiona, ¿y qué más? Ah, pues no tener deudas, que en eso me has ayudado y no veas, ahora duermo a pierna suelta. El sueño me lo robaba el tema del dichoso crédito.

—No sabes lo que me alegro…

—Lo veo, lo veo. Te estás portando muy bien conmigo, Remy, aunque también tengo que decirte que has sido un poco traviesillo al callarte lo de esos dos. De todos modos, te entiendo, ¿eh? Porque si me lo llegas a decir yo preparo la maleta igual, pero para otro sitio—reí.

—Gracias por entenderme. Para mí era importante que vinieses…

—Ya, ya, pues nada, aquí estoy porque he venido, ¿y ahora qué?

—Ahora me gustaría saber qué más le pides a la vida.

—Pues yo no es que le pida mucho. Eso sí, tampoco me amilano cuando vienen mal dadas.

—O sea que si la vida te da limones…

—¡Pues limonada a montones! —exclamé y él me sonrió.

—¿Y del amor? ¿Qué hay del amor?

—¿El amor? ¿Eso qué es? —miré para todos los lados como si tuviera que descubrirlo, cuando lo cierto es que yo estaba enamorada de él desde, más o menos, el día en el que le vi por primera vez y más concretamente en el segundo uno.

—Pues el amor supongo que llegará algún día, yo qué sé… Parece que está reñido conmigo—le dije haciéndome la tonta.

—¿Entonces no harías por esquivarlo?

—No, hombre, que eso está muy feo. Tampoco voy a tener a Cupido por ahí toda la vida, corriendo detrás de mí con su arco, y yo sin hacerle ni caso, al pobrecillo. Si él tiene a bien lanzarme una flecha, pues aquí estoy yo a

pecho descubierto para recibirla. Oye, que es un decir, ¿eh? A pecho descubierto me quedé antes por culpa de la jodida de tu ex, que esa tiene una maldad exquisita…

—Lo siento mucho, de veras…

—Si tú no tienes que sentir nada. Ahora pides otro helado como este—ya lo estábamos probando y me resultó delicioso—, y tan amigos.

Capítulo 23



Dimos un paseo, yo de su brazo, por el centro de Milán, una ciudad glamurosa donde las haya y en la que la gente va vestida con tanta elegancia que abruma.

Estábamos cansados, puesto que el día no solo fue largo, sino también movido, y enseguida nos retiramos al hotel a descansar con la mala suerte de que nos dimos con la parejita de moda en el pasillo antes de entrar en la habitación.

Al contrario que nosotros, que algo bebimos, pero que también comimos, paseamos y nos lo pasamos genial, Álex venía sosteniéndola y ella apenas se tenía en pie, porque debió seguir bebiendo lo más grande.

—Menos mal que no puede echar el paso, porque para mí que esa me cogía por el gaznate—le comenté a Remy mientras la dejaba con el dedo en el aire como queriendo decirme algo.

Desde dentro de la habitación la escuché chillar, y eso que debía estar en lo mejorcito con Álex… Pues se veía que el alcohol estaba soltando una parte de ella que no sacaba a relucir, tan orgullosa como era, cuando estaba sobria.

—¡Te va a joder la vida, ese te va a joder la vida! —me chillaba desde fuera y yo resoplaba.

—La ha cogido mortal y si por ella fuera te dejaba calvo como una bombilla, qué tía. Menos mal que te ha plantado ella que, si no, hace que te encarcelen.

—¿Te molesta mucho? —me preguntó él.

—Qué va, a mí lo que me molesta de verdad son estas botas, que las estoy estrenando y creo que me van un poco justas, a ver quién me las saca ahora —le comenté con el ánimo de que me ayudase.

—Venga, pues yo, ¿quién va a ser? Siéntate en el filo de la cama y yo tiro con todas mis fuerzas, ¿vale?

—Con todas tus fuerzas tampoco, ¿tú has visto el bíceps ese que me llevas? Capaz serías de sacarme la pierna entera, cuidadito—reí.

Lo que sí saqué fue su risa mientras se disponía a tirar primero de una bota y luego de la otra… Estaba con la segunda cuando, efectivamente, no

controló la fuerza y mi pierna se fue tras ella, yendo a car encima de él y encima, para más inri, dándole un botazo en toda la cabeza.

—Esto es un jeficidio, di algo Remy, que ahora me acusarán a mí las autoridades italianas.

—No, tranquila, si yo estoy bien...

—¿Bien? Bien jodido estás, ¿no? Menudo taconazo que te has llevado en la frente, te la he puesto como la bandera de Japón y encima se me ha caído el móvil, porque lo noto por aquí abajo—le dije y, en el momento en el que fui a cogerlo, me di cuenta de que el móvil no era eso que se elevaba entre él y yo. Apurada, di un salto y él no podía parar de reír…

—Tú lo sabías y me has dejado—le acusé.

—Lo siento, lo siento, ha sido la naturaleza la que ha actuado y no me ha dado tiempo ni a avisarte.

—Qué va, pues otra vez a ver si eres más rapidito, que te he atrincado la manivela sin intención ninguna—me disculpé mientras cogía las botas y a él le volvía a dar la risa, la cual terminó por contagiarme.

Sin creer todavía la escena tan surrealista que acabábamos de vivir—así como las dimensiones de la citada manivela, que me provocaron sofocos—me metí en el baño y me desmaquillé, aprovechando para echarme abundante agua fría por mi ardiente rostro.

En realidad, me ardía el rostro y ardía yo enterita, algo que no estaba dispuesta, por nada en el mundo, a mostrarle.

Salí unos minutos después con un pijama que era una monería y que me compré igualmente para la ocasión, y eso sin saber que compartiría habitación con él. Menos mal que una no es de llevar los pijamas llenos de pelotillas ni con un roto, porque de otro modo me habría muerto de la vergüenza.

Me dedicó una miradita antes de entrar igualmente al baño y, para cuando salió, yo ya estaba ocupando la cama doble, que era impresionante. Sin mediar palabra, y haciendo honor a su caballerosidad, se fue directo hacia esa supletoria que le habían colocado y que, pese a ser buena, no valía nada al lado de la otra.

—Buenas noches, Claudia, y gracias por regalarme estos preciosos momentos hoy…

—Y mira que los ha habido de todo tipo. La capa de tu ex no va a servir ya ni para limpiar el polvo, fíjate lo que te digo—me salió una carcajada al acordarme.

—Mira que la he visto indignada muchas veces en mi vida, pero como en ese momento, en ninguno—me confesó contagiándose de mis carcajadas.

—Yo es que, ir para nada no voy. Si voy es para destacar…

—Y destacas, y destacas. Eres muy especial, Claudia.

—Sí, si ya me lo dice Alejandra, que soy especialmente tocapelotas… Oye, aunque no en el sentido estricto de la palabra que, vaya tela con lo de antes…

—Una anécdota más para recordar…

—Sí, de este viaje me voy a llevar un montón de anécdotas y tú… Tú igual te llevas un buen dolor de espaldas, porque no sé yo esa cama.

—Todo está perfecto, de verdad. Y gracias por preocuparte por mí—añadió.

—La verdad es que eres tú quien más se ha preocupado por mí. Eres el jefe y el que está durmiendo de cualquier manera.

—Es que yo no consentiría nunca que fuese al contrario, Claudia.

Por Dios bendito, de nuevo esos sofocos, con mi jefe en la misma habitación y pronunciando mi nombre con tanta intensidad. A mí me sobraba todo, yo no quería ni taparme ni nada. Y el pijama no me lo quitaba porque no era plan, pero en el cuerpo me ardía.

Capítulo 24



A la mañana siguiente, tras tomar un impresionante desayuno en el hotel, nos marchamos para los desfiles, los cuales nos ocuparían buena parte del día.

Una resacosa Leticia hizo acto de presencia con Álex en el salón. Al pasársele la borrachera, ya venía de nuevo tan recta como si le hubiesen metido un palo por el culo y con su habitual cara de ir oliendo mierda.

Pasó por nuestro lado y, salvo por el infantil gesto de darle un golpe a Remy en el hombro, que casi le tira el café encima, no hizo mayor aprecio. Ni los buenos días nos dio.

—Esta tía es imbécil o qué le pasa… Te llega a tirar el café y no sé lo que le hago—me salió de golpe.

—Gracias, pero te aconsejo que no entres al trapo. Haz como si no estuviera y ya—me pidió él mientras rozaba su mano con la mía por encima del

mantel, en un gesto de evidente cercanía.

Supuse que estaba sufriendo las consecuencias de muchos conflictos y no quería más. Remy era un buen hombre y aquella energúmena no paraba de atacarle por todos los flancos.

Sus celos, unos celos endiablados de esos que no dejan prosperar a una pareja, impidiendo que las cosas fluyan con normalidad, debieron ser los que la llevaron a mostrar esa actitud tan ofensiva que presentaba en todo momento. Con alguien así no se puede mantener una relación sana. Yo misma había visto con mis propios ojos cómo la cara se le alargaba un metro cuando él se acercaba a cualquier modelo.

No era mi problema, el mío más bien era salir viva de aquella, porque si por Leticia fuese lo habría hecho en una caja de pino. Debía andarme con siete ojos, que esa todavía era capaz de clavarme un cuchillo por la espalda, y no el de la mantequilla.

Subimos a cambiarnos antes del desfile. Él optó por un traje azul, una verdadera virguería de corte italiana haciendo honor al lugar en el que estábamos, así como un par de preciosos zapatos en marrón, igualmente italianos, a juego con el lujoso cinturón, y todo ello combinado con una camisa blanca que lució sin corbata, dándole ese aire un tanto informal al atuendo que provocó que eso mismo, aire, tuviese yo que echarme en el baño.

Yo opté por una de las prendas más *cool* y favorecedoras de mi armario, un precioso traje de chaqueta *oversize* que me sentaba de lujo, en tono rosa palo, acompañado de unos zapatos altísimos, para no dejar de ser yo misma. Cuánto me gusta un tacón.

En el desfile, las sillas estaban previamente asignadas, por lo que no pudimos evitar volver a tener a Leticia y a Álex al lado. Ella, aunque trataba de aparentar que todo lo referente a nosotros le importaba un rábano, no quitaba ojo a ninguno de nuestros movimientos, esa era la incómoda realidad.

Por mi parte, trataba de hacerle caso a Remy, quien me animaba a disfrutar del glamur del desfile (cuándo me habría visto yo en otra similar) y a no hacerle el más mínimo caso a aquella amargada que no sabía lo que quería.

Al mediodía, volamos de su lado y nos marchamos a almorzar por nuestra cuenta a una preciosa terraza, muy cerquita de la famosa Plaza del Duomo, la cual me resultó verdaderamente fascinante. Me refiero a la terraza, aunque ya ni os digo la majestuosa catedral, *Duomo di Milano*, la cual me dejó estupefacta y en la que le pedí que me hiciera alguna foto que enseguida subí al perfil de WhatsApp.

—Y ahora un selfi. Venga, jefe, sonríe—le pedí y sí que sonrió. De hecho, me mostró su mejor sonrisa, esa blanca y perfecta que provocó que en el selfi sus dientes brillaran como perlas. Habría servido para modelo, Remy habría servido porque todo le acompañaba, incluidos esos impresionantes ojos verdes en los que era imposible no reparar.

—Me gustaría que nos acercásemos ahora a las galerías, antes de volver a los desfiles de la tarde—me las señaló.

—¿Aquellas, las Vittorio Emanuele II? Si son unas de las más lujosas del mundo. Sí, yo quiero verlas.

Situadas en la misma plaza, las galerías, cuyo principal símbolo de identidad es su increíble bóveda acristalada, aparecieron ante nuestros ojos tan impresionantes como ornamentadas. Vaya, que eran de vellitos de punta, para transmitirlo de la forma más sencilla posible.

Cadenas internacionales de lo más exclusivas, restaurantes de postín y tiendas de las mejores marcas del mundo de ropa constituyen un emporio del lujo que me puso los ojos como platos.

—Tienes que elegir algo, que yo te lo regalo—me ofreció él.

—¿Qué dices? Ni en broma, ¿tú has visto estos escaparates? Es que no te has fijado, pero aquí no te piden la tarjeta, aquí directamente te atracan a mano armada—reí.

—Yo vengo a menudo a comprar aquí, créeme que nada me sorprenderá—me comentó.

—¿Tú vienes desde España a comprar aquí? ¡Que me aspen! Pues no será para ahorrar precisamente. No, yo no puedo aceptar eso que me dices, es que no puedo.

—Pues aparece en una de las cláusulas del contrato, tú dirás…

—¿Qué contrato? Si yo no he firmado ningún contrato para venir hasta aquí…

—¿No? Pues me habré equivocado. Espera, que acabo de ver algo que me gusta.

Esa noche íbamos de cena de altos vuelos, ya no podría zafarme más. Y lo cierto era que yo no tenía ningún vestido a la altura, por mucho que viajase hacia Milán con una maleta con la que podría haberme vestido durante un año.

Entre las muchas cualidades de Remy, destacaría que puede llegar a ser muy persuasivo, increíblemente persuasivo, por lo que no tardó en tirar de mi mano y meterme en aquella tienda de Armani en la que todo fueron atenciones desde nuestra entrada.

Capítulo 25



Esa noche, me sentí como una diva entrando en aquel restaurante con él del brazo. Remy llevaba un elegantísimo esmoquin que parecía haber sido diseñado especialmente para él, y en cuanto a mí… Yo no me reconocía, era la viva imagen de la sofisticación con aquel vestido que las empleadas de la tienda entendieron que me sentaría como la seda… Negro y asimétrico, contaba con una manga mientras que el otro brazo quedaba totalmente al descubierto. Largo y ajustado, me hacía una figura espectacular y el toque de distinción se lo procuraba ese cordón de plata que rodeaba el cuello y caía por el lado, rematando el hombro del brazo que quedaba a la vista.

Remy me miraba orgulloso, encantado con mi compañía, y hasta atreviéndose a tomarme por la cintura al bajar del taxi, en un gesto que sacó el rubor de mis mejillas y que, aun así, me fascinó, como también lo hizo el restaurante.

Yo nunca había estado en uno tan *chic* con su decoración salpicada con toques de oro, multitud de espejos, muebles de distintos colores que

rezumaban estilo y sofás *cashmere* de esos en los que no te sentarías para no estropearlos.

Sentí ganas de tomarme otro selfi allí con él, pero no quise quedar como una palurda que tuviera la necesidad de fotografiar todos aquellos lugares en los que estaba para luego mostrarlos. Además, que me di cuenta de que allí no había ningún móvil a la vista, y que todos los comensales conversaban animados y ajenos a la tecnología. En resumidas cuentas, que yo no quise dar la nota y por eso me sorprendió gratamente que Remy, que iba a su bola y a quien no parecía importarle lo que nadie pensara, me ofreciera que nos hiciéramos uno.

—¿Un selfi para el recuerdo? —me preguntó en el tono más animado.

—Lo estaba deseando—le contesté.

—¿Y por qué no me lo has pedido? —me sonrió.

—Porque no quiero desentonar. Es que una mira y aquí todos parecen actuar de un modo muy uniforme, conforme al protocolo y demás. Y yo no quiero parecer una cateta, como diría Leticia.

—Tú no podrías parecer una cateta ni aunque te lo propusieras, ¿me oyes? No hay en este salón ninguna mujer más elegante que tú. Estás realmente sublime, no sé si te lo he dicho ya, pero lo estás… Si te soy sincero, nunca he contado con una compañía tan bella.

—Y no has exagerado ni nada. Tú tienes fama de haberte movido mucho entre modelos antes de Leticia, que yo no tendré pedigrí, pero sí orejas y me entero de todo.

—¿Pedigrí? Me muero con esa expresión, no puedo creerlo "yo no tendré pedigrí".

—Me ha salido así, sabes que soy de soltar las cosas conforme me vienen a la boca.

—Y eso me encanta, es una de tus mayores cualidades. Y, por cierto, si te digo que eres mi acompañante más bella, es porque lo eres. Brindemos por ello—me dijo alzando la copa e invitándome a hacer lo mismo, puesto que ya había pedido una de las mejores botellas de vino de la casa, una que debía costar, euro arriba o euro abajo, así como mi sueldo de un mes.

Durante la cena nos fuimos conociendo. Lo digo porque optamos por dejar a un lado los últimos acontecimientos de nuestras vidas, que esos más o menos los sabíamos, y hablamos de nuestra niñez y adolescencia.

—Mi madre murió cuando yo era muy jovencita y me quedé sola con mi padre, que se llama Gervasio. No fue fácil para ninguno de los dos y hasta le llegó a afectar mucho en el carácter. Nunca perdió su esencia, la de un buen hombre, y me ha ayudado en la vida todo lo que ha podido, pero se convirtió en un cascarrabias de mucho cuidado—le conté.

—¿Y tú? ¿Qué pasó con tu carácter? ¿También cambió en algo? —se interesó.

—Yo tomé conciencia, de pronto, de lo importante que es una familia, por eso quise formar la mía propia unos años después.

—Ya, con Tony, pero no salió.

—Imagínate. Que Dios me conserve el oído, porque lo que toca el ojo lo tengo fatal. Tony no es un hombre para eso y el final de la historia ya lo sabes, ¿y tú? Nicolás no debe ser un padre convencional—le animé a que me contase.

—No lo es y, aparte, es de esas personas que piensan que lo que haga tu mano izquierda no debe saberlo la derecha…

—Ajá, lo que ha sido de toda la vida de Dios un oscurito, ¿no? Tiene pinta. A mí, cuando lo conocí, se me representó a uno de los personajes de la peli El Padrino.

—Bueno, no son esos sus tejemanejes, sino más bien familiares. Tú sabes…

—Yo es que no quiero meterme en camisa de once varas, pero diría que tu padre… Mejor me callo, que igual me cuelo.

—No, por favor. Yo te estoy dando la confianza de que hables…

—Verás, es que, por la forma de mirar de tu padre, a mí me da la sensación de que es un poco golfo.

—Un poco o un mucho. A mí madre siempre le faltó al respeto en ese sentido, y eso es algo que nos distanció mucho.

—¿Es por eso? Dicen que está mucho más unido a tu hermano Darío y a tu primo Álex.

—Ellos siempre le bailaron el agua y yo no. Hay problemas familiares por los que me enfrenté a él y, en especial, nunca soporté los cuernos que le puso a mi madre, a Lina, que es una mujer dulce donde las haya y que siempre estuvo muy enamorada de él. Ella no se lo merece…

—Vaya, imagino que no debe ser fácil, así que los ricos también tenéis vuestros problemas, ¿no? Y yo que creí que todo lo veíais de color de rosa —le sonreí porque la conversación se puso un tanto profunda y creí que sería mejor así.

Volvimos al hotel unas horas después, tras contarnos muchas más cosas y tomar una copa. Justo nos íbamos a dormir, tras la que había sido la velada más emocionante de mi vida, cuando noté un cierto gesto de dolor en su espalda.

—A ti te pasa algo. Acércate, por favor—le pedí que se sentase en el filo de la cama. Yo ya tenía colocado mi pijamita y él una camiseta con unas

bermudas de algodón—, ¿puedo? —le pregunté antes de subirle la camiseta.

—Sí, claro.

Yo estaba sobre el colchón, de rodillas y de espaldas a él. Tan solo fue tocarle en un punto determinado y constatar que le dolía.

—Tienes una contractura, ¿te la quito?

—¿Tú sabes hacer eso? Te hago la ola si me la quitas, llevo todo el día con ella.

—¿Y por qué no me lo has dicho? Te la hubiera tratado de quitar antes, no se me dan mal estas cosas.

—¿Y eso?

—Eso porque yo no tenía muy claro mi futuro y, por si las moscas, también hice un curso de quiromasaje.

—Qué versátil…

—¿Versátil por eso? Si yo te contara la de cosas que he hecho para ganarme la vida—me salió acordándome de mi corta temporadita en el Dreams.

—Me encantaría que me lo contases…

—Deja, deja, vamos a centrarnos en esta contractura. Será mejor que te tumbes. Y aquí, en este colchón, que esta habitación costará una cantidad indecente de dinero, pero el colchón de la cama esa supletoria no vale para nada. Hoy duermes en este.

—Solo si tú también te quedas en él—me propuso.

—Vale, vale, si la cama es como para media docena de personas. Yo no he visto una más grande en mi vida. Y ahora, quietecito.

Me llamaba mucho la atención porque yo no me había caído de un guindo y sus ojos de deseo eran evidentes. Otro habría tratado de sacar tajada de la situación y, además, me hubiera encontrado receptiva. Él no, Remy no, y eso me encantaba de él, aunque también he de reconocer que me costaba estar a su lado, en la intimidad de una habitación de hotel y en una ciudad tan alucinante como Milán, y que no pasara nada.

Tumbado bocabajo, se dejó masajear por mí. Hube de utilizar toda mi fuerza porque, ciertamente, la contractura era muy fuerte, por lo cual lo hice. No salió ni una queja de su boca, sino que parecía estar encantado.

—Ea, ya estás como nuevo, y eso que tenías la espalda de pena—le comenté en cuanto terminé—. Eso sí, las manos me las has dejado baldadas, he tenido que hacer mucha fuerza. Me temo que no podré ponerme en el ordenador durante un tiempecito—bromeé.

—Pues no te pongas, te doy unos días libres—me contestó sin dilación.

—Deja, deja, que era una broma y que no voy a permitir que me malacostumbres, que luego sale el Remy ogro y no sé dónde meterme—reí.

—Procuraré que ese no vuelva a salir, ya lo siento…

—Oye, no te me vayas a acomplejar que lo estoy diciendo en broma, ¿tú me has visto pinta de traumatizada?

—No, lo cierto es que te veo muy feliz.

—Normal, como un regaliz, mira a nuestro alrededor, todo esto es un lujo, ¿acaso no lo ves?

—¿Sabes cuál el problema?

—Vaya por Dios, cuéntamelo—reí de nuevo.

—Que cuando te acostumbras a este lujo ya lo ves como algo normal... Solo le das el valor cuando llega alguien como tú y te lo recuerda.

—¿Alguien como yo? Vale, te refieres a una pobretona, ¿no es eso? En realidad, tu ex me llamaría pordiosera, que ella es más de hacer sangre.

—Leticia no puede apreciar lo que tú vales. Ella tiene una visión sesgada de la vida, no cuenta con capacidad para ver más allá de sus narices.

—De eso ya me he dado cuenta, no hace falta ser muy lista, ¿y tú no lo viste antes? Porque no sé qué os llevaría a romper exactamente, pero casi te casas con ella. Y no te digo nada, ahí sí que te habrías enterado.

—Llevo demasiado tiempo metido en el mismo mundo. En un mundo de apariencias, también llegas a acostumbrarte y crees que eso es lo normal. Y luego, un día, tu mundo se agrieta y entonces recuperas la capacidad de ver a personas como tú.

—¿Y cómo soy yo? Venga, dale a la lengua—me corté tras decirlo, que podía sonar a otra cosa—. Digo que lo sueltes, tú me entiendes…

—Pues eres una persona sin artificios, eso eres.

—Si por artificio se entiende silicona, ya te digo que has acertado. Yo lo tengo todo natural…

—Me refiero a artificios aquí dentro en la cabeza, aunque supongo que eso que dices es una manifestación más.

—Hombre, un poquito cabeza hueca sí que es tu Barbie ensiliconada. Buff, lo siento, se me ha escapado,

—¿Así la llamáis? —rio.

—Un poco, la llamamos así un poco.

—Me haces reír, Claudia, y hacía tiempo que no reía así, que no reía de corazón.

—Arte que tiene una. Oye, ¿y si le ponemos la etiqueta al vestido y lo llevamos mañana a la tienda esa de Armani? Igual no se dan ni cuenta y recuperas el pastizal que te ha costado.

—Ni loco. Ese vestido es un regalo por haber venido hasta Milán conmigo.

—Lo dices como si hubiéramos venido andando. Si ha sido un placer, qué me estás contando.

—Pues por contarte, te contaré que ya se han acabado los desfiles y que podremos pasar la mañana a nuestro aire cuando amanezca, pues no volamos hasta por la tarde.

—Me parece sensacional. Lo de los desfiles tendrá mucho glamur y todo lo que tú quieras, pero que hay *outfits* de la pasarela que no me los pongo yo ni harta de vino, qué cositas más raras…

—Sí, los diseñadores es que hacen gala de su extravagancia en ocasiones así. Yo también prefiero las cosas más naturales.

Al natural me lo habría comido yo. No obstante, no me tocó ni un pelo. Remy se acostó a mi lado y me sonrió. Mala idea porque su boca quedaba a la altura de la mía y esa fue una tentación tremenda para mí, una tentación que hube de apagar la luz para no ver más en una noche en la que su cuerpo permaneció todo el tiempo muy cerca del mío sin en que en ningún momento ninguno de los dos traspasara esa barrera que, conforme demostraba el latido de nuestros corazones, estábamos deseando traspasar.

Capítulo 26



Amaneció un día precioso que era el último que pasaríamos en Milán. Lo mejor de todo fue que él se encontraba genial tras mi masaje nocturno y con unas enormes ganas de enseñarme más lugares de la ciudad.

Aprovechamos para desayunar en la calle, evitando así la posibilidad de encontrarnos con la prepotente de Leticia y con el pavisoso de Álex, que ese parecía tener horchata en las venas en vez de sangre, porque no se alteraba por nada.

Lejos de ellos, disfrutamos de un exquisito desayuno en una acogedora terraza tras lo cual, y vestidos de un modo cómodo e informal, nos dispusimos a recorrer todos los lugares que Milán pudiera ofrecernos en el plazo de unas horas.

Yo miraba el reloj y no deseaba que llegase la tarde. Estar en una ciudad así con el hombre que tanto me hacía sentir me elevaba en una nubecita desde la cual todo parecía mucho más bonito.

Como la Plaza del Duomo y las famosas galerías ya las teníamos vistas, nos dirigimos directamente a La Scala de Milán, que es una plaza que se encuentra al otro lado de las galerías y en la que se puede apreciar el famoso monumento a Leonardo Da Vinci y el templo de la ópera europea.

Por todos los lugares nos íbamos parando para tomar algunas fotos. Tanto él me fotografiaba en solitario, como nos tomábamos algunos selfis o pedíamos a alguna persona que nos hiciera una fotografía. La gente era amable y se mostraba encantada de hacerlo, y yo más de poder contar con todos esos bonitos recuerdos.

Pasamos también por la Plaza de San Fedele y nos deslizamos por la Vía Orefici hasta llegar al conocido Castillo Sforzesco, lo cual nos permitió caminar algunos metros por una de las calles más típicas de Milán y que no es otra que la Vía Dante. Peatonal y plagada de bonitas terrazas e impresionantes escaparates de tiendas, la disfruté muchísimo, y más cuando él me sonreía, demostrándome que estaba encantado de hacer aquel recorrido conmigo. Por si eso fuera poco, cantidad de personas la recorrían en bici, lo que le otorgaba a la calle un aire dinámico y cosmopolita. Yo pensaba en mi Alejandra y en lo mucho que le gustaba a ella una bici o un patinete. Lo que hubiera disfrutado allí.

Por fin llegamos al castillo y me quedé boquiabierta. Imponente y, como sacada de un lienzo, su esbelta silueta se alzó ante nosotros.

—Es un símbolo del poderío que en la Edad Media ostentó la familia Sforza —me comentó él.

—No, si el que tuvo, retuvo y guardó—le dije mientras trataba de cerrar la boca.

Después de recorrer sus jardines y el interior del castillo, sus murallas nos invitaron a buscar el Parque Sempione, considerado como el enorme pulmón verde de Milán.

La zona no podía ser más pintoresca y allí cantidad de milaneses y turistas se fundían en un ambiente bullicioso en el que igual paseaban al perro que bailaban con la música de una carpa que nos encontramos y que congregaba a multitud de personas con ganas de darlo todo.

—¿Bailamos? —me preguntó de un modo retórico, puesto que no esperaba ninguna respuesta, sino que me cogió directamente de la mano y me llevó allí donde había tanta gente disfrutando como lo haríamos nosotros.

Sonaba *Accetto Miracoli* de Tiziano Ferro, esa balada con letra controvertida que ambos bailamos de un modo intenso, sin perdernos la mirada del otro, con nuestros cuerpos juntos…

No sé lo que pensaría él, pero yo tuve la sensación de que, de golpe, no hubiera nadie más a nuestro alrededor y solo nosotros estuviésemos allí, bailado entregados y con la sensación de tener un beso en los labios a punto de ser depositado en los del otro.

Mi corazón comenzó a latir con tanta fuerza que Remy se percató de ello, dado que mi pecho estaba contra su torso. No le extrañó, también el suyo corría veloz, como si quisiera encontrar algo que perdió, algo que le diese vida de nuevo pues, pese a todo, y pese a que volvía a mostrarse extremadamente encantador conmigo, yo notaba cierta tristeza en ese hombre del que me enamoraba más por momento que pasaba.

Tras ese baile, tan pausado como intenso, seguimos avanzando por el parque, donde las parejas y familias comenzaban a degustar sus picnics en lo que parecía ser un plan maravilloso.

Nosotros optamos por volver a tomar pasta y pizza—nunca me cansaría de hacerlo— en un restaurante en las inmediaciones para terminar yendo a por uno de esos inigualables helados, como el de pistacho, que conquistó mi corazón casi como lo hizo Remy.

Tras el helado, que nos tomamos tranquilamente en un banco, pareciendo una pareja de enamorados más de las muchas que poblaban la ciudad, tocó volver a por el equipaje y poner rumbo al aeropuerto.

Nuestra estancia en Milán había llegado a su fin y para mí supuso una verdadera pena, porque hubiese querido echar el freno y esperar allí hasta que Remy diese un paso adelante, hasta que sus labios hubiesen besado los míos. Lo pensaba mientras el avión despegaba con la intención de dejarme de nuevo en casa, en el que era mi mundo… Un mundo que quedaría

trastocado por aquel viaje que quizás para él no significó gran cosa, pero que a mí me dio vida.

Capítulo 27



Remy me dejó en la puerta de casa. Él mismo me sacó la maleta e incluso se ofreció a ayudarme a subirla.

—No es necesario, muchas gracias. Oye, que sepas que lo he pasado genial.

—No sabes lo que me alegro—me contestó mientras se separaba de mí, sonriéndome hasta que se subió en el coche. Incluso sus dedos rozaron los míos durante unos segundos en los que creí que, más que a ellos, los míos tocaban el cielo.

Alejandra me esperaba expectante.

—Dime que has hincado, dímelo por favor—me soltó en cuanto abrí la puerta y se tiró en mis brazos.

—No, no he hincado, aunque me lo he pasado increíblemente bien, ¡¡no te lo puedes imaginar!! —le chillé.

—¿Sin hincar? Pero habréis hecho otras cosas, ¿no? ¿Es que tiene más habilidad con los dedos? ¿Quizás esa lengua suya de ricachón es la que te vuelve los ojos para atrás? ¡Cuéntame ya, que me tienes en ascuas!

—Que no, que no, que no ha habido ni un piquito, tonta…

—¿Tonta yo? Tonta tú, que creí que te estabas dando el lote de tu vida en versión italiana y ahora resulta que llevabas puesto el cinturón de castidad, ¿en qué estabas pensando?

—En nada, es que no ha surgido, punto final.

—¿No ha surgido? ¿Él no te ha propuesto tema? ¿Y tú a él tampoco? Vaya dos pazguatos. Yo creí que te diría que fueras a su habitación por la noche y que allí cantases hasta la Traviata hincando sin fin.

—Mira que eres bruta, cariño, que no… Y otra cosa, si yo estaba en su habitación.

—Espera, espera, que ahora es cuando me da, ¿me estás diciendo que has dormido en su habitación y que no te has comido un rosco?

—Exacto.

—¿Y en la misma cama?

—Una de las noches, sí, ¿has terminado ya con el tercer grado o te saco ya la sudadera que te he traído de regalo?

—Tranquila, que estoy pensando con mi infalible cerebro y ahora caigo: es gay, por eso no te ha metido mano. Y eso fue lo que hizo que su ex se fuera con su primo, pues la tenía a pan y agua, y ella más caliente que el pico de una plancha, ¿qué esperaba ese tío?

—Que no, que no es eso…No conjetures más, jodida.

—Y entonces, ¿qué es?

—Pues que se equivocaron con las habitaciones y le dieron una doble en vez de dos individuales, pero que él no llevaba intenciones de… ya sabes.

—¿Y eso por qué? Si tú eres lo más bonito que ha parido madre y encima bebes los vientos por él. Yo es que no me puedo creer lo que me estás contando.

—Mujer, que no iba con esas intenciones y ya… Remy me ha respetado como un verdadero caballero, y eso también hay que valorarlo.

—Jolines, para un caballero de esos que debe quedar y te lo encuentras tú, manda narices…

—Que no, cállate ya. Mira qué cosa más bonita de sudadera te he traído, con su Vespa con la bandera italiana y todo, ¿es bonita o no es bonita?

—Es preciosa, yo hubiera preferido que me trajeses un italiano envuelto en un lazo, que también voy un poquito corta, pero qué se le va a hacer… Es muy bonita, es una chulada. En cuanto el brazo se me enmiende me la pongo. Bueno, ¿y qué más me cuentas?

—Pues que Millán es una pasada y que los ricos viven sensacional, qué quieres que te diga. Ah, y lo más grande, que se me olvidaba; que la pécora de Leticia también vino con Álex, ¿cómo se te queda el cuerpo?

—¿Qué dices? ¿Y no os habéis matado?

—No, pero casi. Ahora sí que me odia, piensa que tengo algo con su ex.

—¿Es que esa tía cree que a los ex se los sigue acaparando? Si le parece, que los coja a todos con una cadenita y que los pasee, al lado de su novio. Yo no he visto una tía más acaparadora en mi vida.

—Pues imagínate su cara cuando nos quedamos en la misma habitación.

—¿Todos en la misma? ¡¡No jodas!!

—Que no, todos en la misma no… Nosotros dos, Remy y yo. Si hasta le di un masaje la segunda noche y dormimos juntos.

—¿En pelotas? Mi mente calenturienta ya va a toda leche.

—No, en pelotas no, pero sí juntos. Y que le di un masaje, como te estoy contando.

—¿Y qué? ¿Cómo está sin ropa? Tremendo, ¿no? Mejor no me lo cuentes, que yo me he empapado la serie de "El cuerpo en llamas" de Netflix y no veas.

—¿La de "El crimen de la Guardia Urbana"?

—La misma, y no veas el lote que se mete Úrsula Corberó con Quim Gutiérrez, que hace de su amante, del tal Albert, y está… Por lo visto se ha puesto tela de cachas para el papel y a mí… A mí me ha puesto, a secas. Bueno, a secas tampoco es la mejor manera de definirlo, que yo estaba…

—No hace falta que me definas nada más, bonita.

—Ya, y tú durmiendo con otro macizo y nada de nada, cuando eso se ha de aprovechar…

—La madre que te parió, que acabo de llegar y me estás poniendo la cabeza como un bombo.

—Si es que el mundo está muy mal repartido, me veo yo en tu pellejo y arde Milán, tienen que cambiar el colchón, lo calcino…

—Ya, ya, que te va a dar un ataque, ¿por qué no te pruebas la sudadera?

—Porque le pondría el puño doble, déjate. Ya me la pondré cuando vaya a buscar curro, que los míos no son tan finolis como los tuyos.

—Para uno que me sale en condiciones…

—Oye, que lo del baile también tenía su punto.

—Lo del baile ni me lo recuerdes. Selena ya murió, esa no sale a flote más.

—Pues lástima que yo no me veo en eso, que si no…

Capítulo 28



Llegué a la oficina a la mañana siguiente la mar de sobrada. Me sentía encantada de la vida, como si ese viaje hubiera servido para unirme mucho más a Remy. Así lo sentía y algo me decía que eso solo sería el principio.

Raquel me esperaba expectante y me dio un enorme abrazo.

—¿Ha pasado algo entre vosotros? Me lo tienes que contar sí o sí, ¿eh? Que estoy aquí que el corazón que me da brincos.

—No ha pasado nada, pero hemos compartido habitación.

—¿Habéis compartido habitación? —me preguntó con los ojos fuera de las órbitas.

—Sí, como te lo digo y hasta le di un masaje. Todo muy fuerte…

—¿Un masaje a Remy? Con razón dicen que el deshielo va a más, lo estás provocando tú, menudo calor que debiste alcanzar y, ¿cómo es que dormiste con él?

No me dio tiempo a contestarle, puesto que cuando quise percatarme de a qué se debía ese temblor que de pronto mostró en un ojo, y que resultó ser un guiño, ya Leticia se había enterado. Ella venía de la mano de Álex y le faltó el tiempo para poner la oreja.

—Durmió con él porque esta lo que quiere es convertirse en jefa consorte, se lo quiere ligar a toda costa, por eso. Pero no se va a comer nada, Raquel, eso ya te lo digo yo. Remy está acostumbrado a otro tipo de mujeres y a alguien como ella no la tocaría ni con un palo. Están haciendo un paripé, estoy segura. Y si creen que me van a dar celos…

Con lo que no contaba ella era con que Remy estuviera justo a sus espaldas, puesto que llegó detrás.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó.

—Míralo, si es que no puede ser más inoportuno. Digo que tú estás acostumbrado al caviar iraní—se señaló—, y no te vas a quedar con sobrasada, que eso es esta.

Ni corto ni perezoso, el jefe llegó hasta mí y, buscando mi consentimiento con los ojos, el cual encontró, me enganchó por la cintura y me dio un beso de película.

No puedo decir cuánto duró exactamente, solo que se me hizo corto. Obvio que no era plan de estar allí media hora morreándonos y luego irnos a su despacho a rematar la faena sobre su aterciopelado sofá.

No, no fue así, entre otras cosas porque, al fin y al cabo, solo se trató de un beso con el que darle en la cara a su ex y con el que me lo pasé genial, pero no más.

A continuación, él nos anunció que tendría que pasar el resto de la mañana fuera y que le preparábamos unos dosieres que necesitaba. En cuanto a Leticia, esa echaba arena para atrás mientras avanzaba hacia su despacho, hasta soltó a Álex en un momento dado de malas maneras. Para mí que esa caprichosa no sabía ni lo que quería. No como yo, que sí lo sabía, aunque otra cosa muy distinta sería que lo consiguiera.

Cuando Remy se fue, me despidió con una sonrisa y a Raquel solo le faltó aplaudir.

—Le gustas, que te digo yo que le gustas de verdad…

—Yo creo que más bien se trata de un juego. Ella le pone al límite y él le toca las narices, ¿no?

—Ya, y por medio tú te llevas un besazo de tornillo. Que no, mujer, que no es eso. También me pudo llevar a mí a Milán, que tengo más antigüedad en

el puesto, y ni en broma. Te eligió a ti porque le molas y punto, no le des más vueltas.

Yo no quería hacerme ilusiones porque Remy me gustaba demasiado, esa era la realidad, de modo que debería dejar reposar un poco todo aquello que me estaba sucediendo.

Leticia se pasó toda la mañana, aprovechando que Remy no estaba, con el látigo en la mano. Yo solo deseaba que alguien la despidiera, aunque eso solo estaría en manos de Nicolás, y ese hombre no iría contra los intereses de su querido sobrino Álex, al que parecía adorar, y eso que no tenía ni sal ni pimienta.

Faltaba poco para el mediodía cuando me planté delante de ella. Ya estaba hartita de sus gritos y de sus imposiciones.

—Ya está bien, ¿no, Leticia? Hagamos lo que hagamos lo ves mal, nos estás poniendo a todos de los nervios.

—¿Es que te crees que estás haciendo las prácticas de jefa consorte? ¿De verdad te has creído que tienes oportunidades con él? Nadie lo conoce como yo, ¿te enteras? Y si me queda alguna satisfacción es la de saber que solo está jugando contigo.

—¿Y por qué está jugando conmigo, lista?

—Porque tú no le llegas a Remy ni a la suela del zapato, por eso.

No podía gustarle más provocarme. Yo la odiaba, odiaba que me hablase así, no podía soportarlo.

—¿Solo por no tener dinero? No todo se reduce a eso en la vida.

—Tú no tienes dinero ni clase ni posición. Te falta todo para llegar a su altura. Si me quieres creer, me crees y si no… Ya te darás con un muro cuando veas que solo eres un capricho en sus manos.

—Habló la reina del capricho…

—No me creas, me da exactamente igual… Vas a caer y lo mejor de todo será que yo estaré ahí para verlo.

Me dio asco, me dio coraje y me dio de todo. Yo no había visto un caso igual que el de ella. Al menos, eso sí, contaba con la satisfacción de ese beso que me supo increíblemente dulce y que sirvió para que la sonrisa no se me borrase de la cara en todo el día.

Capítulo 29



A Remy el trabajo le salía por la punta de las orejas y el día siguiente también hubo de ausentarse de la oficina. Por lo visto, era un tema referente a unas modelos el que le tenía fuera tan ocupado.

En cuanto a mí, sentía la necesidad de verle, una necesidad imperiosa, puesto que teníamos una conversación pendiente después de ese beso.

—Oye, que estás en babia, ¿sabes dónde está el dosier del último spot publicitario? —me preguntó Raquel, sacándome de mi ensimismamiento.

—Perdona, es que estaba pensando en todo y en nada.

—Y un jamón, tú solo piensas en una cosa: en Remy. Oye, y que no me extraña, porque vaya besazo que te dio. Si todavía sigues pensando que no significas algo para él es que eres boba.

—¿Tú crees? Es que, si te digo la verdad, ando algo desconcertada.

—¿Y eso?

—Porque me plantó ese beso ayer por la mañana y no he vuelto a saber de él.

—Claro, y ya ha pasado un día entero, ¿no? Esto va fatal—se burló.

—No te rías de mí, hazme el favor.

—Vamos a ver, alma de cántaro, ¿tú no ves que ese hombre está más liado que una peonza y que encima comienza a sentir algo por ti? Es normal que se tome su tiempo. Hace solo unas semanas se iba a casar con otra. Lo raro sería que lo tuviese todo muy claro, pero te digo yo, que le conozco, que sentir por ti sí que siente.

—Ojalá, oye, ¿te traigo el dosier de su despacho? Se lo dejé allí.

—Sí, anda. Y de paso, ve quitando esa cara que, si a mí el jefe me da un beso así, me seguirían temblando hasta las pestañas.

Debía tener razón. Él mismo debía estar sorprendido y no era para menos. Menudo cambio en su vida y en tan poco tiempo. Yo también lo había sentido. Yo sentía que le gustaba a Remy y el beso que me dio fue un paso más, uno de esos pasos que yo me moría porque diese.

Entré en su despacho, que era puro gusto y armonía. Él tenía buen gusto, pensé de un modo un tanto divertido mientras abría la cajonera en la que guardaba los dosieres. Los cogí y un papel se me enganchó en el último de ellos. Tiré de él y me llamó la atención que el membrete era del hotel en el que nos alojamos en Milán. Se trataba de una factura que debieron enviarle por e-mail y que él imprimió, con fecha de unos días antes de volar hasta allí, cuando reservó.

Iba a dejarla en su sitio antes de salir del despacho cuando un dato llamó poderosamente mi atención: lo que Remy reservó, y desde el principio, fueron dos habitaciones dobles y no una doble y dos individuales para él y para mí como quiso hacer ver en la recepción.

Salí un tanto tarumba de allí, después de dejar la factura en su sitio, y se lo expliqué todo a Raquel.

—Te lo juro, te juro que esto se pone más interesante por momentos.

—¿Tú crees? Es que yo no sé lo que pensar—resoplé.

—Pues tú me dirás. Vale que te dijo una mentirijilla, haciendo allí la pantomima de que se habían equivocado, pero es para comérselo, te lo juro, ¿no te das cuenta?

—Pues mucho no, la verdad…

—Yo lo veo precioso: quería estar contigo en la misma habitación. Y no para hincar y luego darte la patada, sino por tenerte cerca, ¿se puede ser más romántico?

—¿Tú crees que es eso? —le pregunté emocionada.

—A mí no me cabe en la cabeza que sea otra cosa, te lo digo muy en serio. Es ideal, totalmente ideal.

—Ay, que me lo voy a tener que comer al final. Lo tenía todo pensado desde el principio, ¿y ahora qué?

—Pues ahora, va poco a poco, pero va. De momento te ha dado un beso y espérate, que ya veremos lo que vendrá después. Qué emoción, niña, qué emoción.

Alejandra también lo flipó en colores cuando se lo conté esa noche.

—¿Voy a tener a tu jefe de cuñado? Porque nosotras somos como hermanas, ¿eh?

—Para el carro, que te embalas. Hay indicios de que le gusto, no más.

—¿Y tú crees que un tío así se mantendrá mucho tiempo sin dar pasos después de esto?

—Y yo qué sé, me estáis taladrando entre Raquel y tú.

—Porque huele a himno nupcial en hotel de lujo, a eso huele.

—Tú estás tonta, Alejandra—le tiré con un cojín.

—Oye, no te creas que porque tenga un brazo lisiado no puedo defenderme, que con el otro te doy con el cojín hasta clavarte en el suelo como a una chincheta.

—Ay, calla, boba, ¿y yo ahora qué hago?

—Tú ahora lo único que tienes que hacer es esperar y disfrutar.

—¿Tú crees?

—Pues claro que lo creo. Te van a venir cosas muy bonitas y no a mucho tardar, ¿qué te apuestas?

—Nada, nada. Si yo lo que quiero es que tengas razón.
—Ya, tontona, pero que también te podías apostar algo y así le das más emoción.

—Yo la emoción la siento aquí, en el estómago.

—Esas son las jodidas de las mariposas. O igual gases, que también pueden ser…

—Eres más boba…

—Pues esta boba estás muy contenta por ti. Tú llevas mucho tiempo sufriendo con lo de Tony y ya es hora de que llegue un tío de verdad que te quite todas las penas.

—Y te digo yo que no hay color entre el uno y el otro—le reconocí.

—Y eso que todavía no lo has probado. Es para matarte a escobazos, andando me vengo yo de Milán sin darle un repaso.

—Calla, anda, que me altero y la realidad es que todo debe venir a su debido tiempo.

—Bueno, tú prepara ropita interior bien chula, que el polvo viene ya en camino.

—¿Polvo? ¿Camino? Eso me ha sonado a la Romería del Rocío.

—Sí, sí, que esos polvos tienen fama. Pero vamos, que no son los únicos, el jefe te hará gozar como una perra.

—Alejandra, por Dios, esa lengua…

—Sí, sí, y con la lengua también, ¿a mí qué me cuentas? Eso síselo a él, que es quien está deseando meterte mano de una vez, que ya es hora.

Capítulo 30



No fue hasta el día siguiente cuando me encontré de nuevo cara a cara con él. Pasó por la recepción y nos saludó a ambas, si bien se paró delante de mí y me pidió que le acompañara a su despacho.

Por lo que pudiera pasar yo iba por dentro que era un primor, con un conjunto de ropa interior malva que me sentaba de escándalo y que sería capaz de elevar la temperatura de la oficina al completo varios grados.

—Siéntate, por favor—me pidió en cuanto entramos en su despacho.

Yo miré y señalaba a una silla. Me hubiera gustado más que, para declarárseme, me dijera que me sentara en sus rodillas, aunque eso era bastante osado y lo mismo no iba mucho con él.

—Claro que sí—le contesté sonriente, aunque noté algo en su cara que no sabría cómo calificar. Me miraba con amabilidad, pero no era el mismo

Remy de días atrás, no lo era. Igual podía ser que los nervios se le hubiesen metido en el estómago y le doliera a reventar, algo debía pasarle.

—Verás, Claudia, es que después de lo que pasó el otro día, yo no puedo esperar más para hablar contigo—me soltó con rapidez.

—Si ya te lo noto, tunante, tú tienes la tripa revuelta. A mí también me pasa, no te creas. Yo, cuando me emociono mucho con algo, se me pone fatal y llevo unos así, no te pienses—le sonreí.

—¿También te pasa? —me preguntó.

—Pues claro, ¿qué piensas? Yo me hago la fuerte, pero la procesión va por dentro. Los nervios no la dejan a una vivir. Será mejor que desembuches de una vez y ya nos quedamos más tranquilos, ¿no? —le pregunté porque lo necesitaba… Necesitaba que él soltara por fin lo que tenía dentro, y si era con la idea de un compromiso serio, mucho mejor.

—Ok, pues entonces allá voy. La realidad es que, desde que he vuelto de Milán, no paro de darle vueltas y pienso que es lo mejor, lo que ocurre es que yo vengo de una época muy extraña y no estoy del todo bien, por lo que ahora mismo me cuesta mucho hablar de estas cosas…

—Lo entiendo, también lo entiendo, no creas que no me hago cargo de la situación. Tú tranquilo, si yo ya me imagino lo que me vas a decir.

—¿Te lo imaginas? ¿Te lo imaginas de verdad?

—Sí, sí que me lo imagino y mira, pienso que lo mejor es que te quite un peso de encima y te conteste directamente que sí a todo lo que estás pensando—le dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿A todo lo que estoy pensando? —me preguntó.

—Sí, sí, ¿tú no serás de esos hombres más pesados que un choco que parece que tienen que procesarlo todo antes de decirlo? Que sí, Remy, que estaré encantada de…

—¿De que te traslade a otra de las empresas de mi padre? —intervino antes de que yo terminase de decir mi frase.

Estaba de pie, porque me levanté para decírselo, y el resultado fue que me caí de culo en el asiento de nuevo.

—¿Trasladarme? —le pregunté con cara de funeral, porque era lo último que esperaba que saliera de su boca.

—Sé que igual te sienta hasta mal o lo ves injusto, pero pienso que es lo mejor para ambos—prosiguió con seriedad.

—¿Para ambos? —le pregunté con sorna, con la máxima de las decepciones.

—Sí, va a ser lo mejor, de veras. Antes de que las cosas se líen más, te buscaré un buen puesto, por ejemplo, en la empresa que dirigí hasta hace poco. Allí hay muy buen ambiente y estarás a gusto, les diré que te traten fenomenal y hasta te subiré el sueldo, que supongo que te hará ilusión.

Eché mano de todo mi orgullo en ese momento, porque orgullo tenía en grandes cantidades, y no salió de mi boca una queja. Aquel idiota me había utilizado y no le valdría el argumento de que no trató de aprovecharse de mí en Milán, ¿y qué? Me había usado como a un juguete para no ir solo y tener que tragarse a la parejita allí sin compañía. Y luego me daba un beso delante de todos, en compensación, antes de largarme a la gran puñeta.

No dije ni una sola palabra, solo salí del despacho con las lágrimas en los ojos. Me crucé en ese momento con Leticia, que también era mala pata, y le vi en la mirada ganitas de volver a emprenderla contra mí.

—En este momento no se te ocurra si no quieres salir mal parada—le solté mientras ella me miraba con cara de no entender la situación. Me importaba un pimiento lo que esa entendiera o dejase de entender.

Llegué hasta la recepción y allí me eché en brazos de Raquel, quien no daba abasto a la hora de soltar clínex.

—Se ha reído de mí, cariño, eso es lo que ha hecho.

—¿Te quita de en medio? Qué miserable, yo no puedo entender lo que pasa por su cabeza.

—¿No puedes entenderlo? Está herido y se ha reído de mí. Le he servido de compañía y ahora no es capaz ni de mirarme a la cara, por eso me traslada.

—Tú es que no puedes irte de aquí, ¿cómo vas a irte? Me parece tan injusto…

—Y a mí, también, cariño. Y a mí también, pero él tiene el poder de hacer lo que le dé la gana. Te juro que le diría que se metiera el trabajo por donde le cupiese si no lo necesitase tanto.

—Lo entiendo, corazón, lo entiendo. Qué asco de dinero, porque es verdad lo que dices. Hasta yo me iría contigo si lo tuviera con tal de no verle más su asqueroso careto. Vaya tío cínico y manipulador, es que le voy a poner dos velas negras cada vez que entre por las mañanas. Te lo prometo, mi niña.

Capítulo 31



Me sentía totalmente ninguneada por él e incapaz de seguir viendo su asquerosa jeta. Llegué a casa y se lo conté a Alejandra.

—Le parto las piernas, es que se las parto, vamos—me dijo mi amiga, quien al principio pensaba que le estaba gastando una broma y después, cuando me eché a llorar, comprendió que la única broma me la estaba gastando a mí el destino, al que le había dado por joderme la vida.

—No puedes hacer eso, ¿vale? Solo faltaba que te metieran a ti en la cárcel para tener ya el cuadro completo. No puedo más, ¿por qué a mí? Somos muchas en la empresa, ¿por qué no eligió a otra para reírse de ella?

—Porque ninguna es tan preciosa como tú, por eso, cariño. Tú le has servido para llevarte del brazo por todo Milán, orgulloso, sin tener que comprometerse. Se ha aprovechado de ti. Al final te daré la razón, porque si te llega a poner una mano encima a mí todavía me daría más coraje. Qué cerdo hay que ser…

—Y encima haciéndome regalos, ¿sabes lo que te digo? Que el vestido ese que me regaló lo voy a coger y no servirá ni para trapos, ¿dónde están las tijeras?

—Quieta parada que, si no lo quieres, ese lo vendo yo en el Vinted y nos sacamos un dinerito, cómo vas a partir un Armani, todito te lo consiento menos eso, ¿quieres descargar tu rabia? Imprime una de sus fotos, de las que tienes en el móvil, y yo te compro en el chino unos dardos para que la dejes como un colador.

Mi niña tenía razón en que el vestido no era el problema; el problema era la cara de tonta que a mí se me había quedado. No podía soportarlo y hasta, de repente, se me vinieron a la cabeza las palabras de Leticia en referencia a que me jodería la vida, ¿y si ella tenía razón? Pues todo apuntaba a que sí, la verdad… Igual a ella le sobraban los motivos para dejarle y por eso decidió irse con Álex, por mucho que los demás no pudiéramos entenderlo.

Esa noche yo seguía con infinita rabia dentro y entonces me planteé una idea que igual era un poco disparatada, o igual no, todo depende del prisma con el que se mire.

—Voy a ir a hablar con Fidel—le comenté a Alejandra.

—¿Con Fidel? ¿Es que al final te vas a decidir a tener algo con él? Le darás la alegría de su vida, pero piénsatelo, porque tú por él no sientes nada y solo lo harías por despecho.

—Alejandra, ¿tú venías mal de nacimiento o fue un golpe en la cabeza con la pila bautismal o algo?

—Yo qué sé, nena, me dices que vas a hablar con él a sabiendas de que le gustas más que un bote de Nutella, y a mí es lo que se me pasa por la cabeza.

—No, lo que quiero preguntarle es si podría trabajar con él a tiempo completo.

—¿Vas a dejar tu otro trabajo? Ten cuidado con lo que haces porque ahora eres muy joven, pero un trabajo como ese es "pan para hoy y hambre para mañana". En unos años serás mayor para desempeñarlo, ¿y entonces qué?

—Entonces podré haberme buscado cien trabajos más de por medio, yo lo que no puedo soportar es quedarme trabajando para Remy y su familia. No después del modo en el que se ha reído de mí, que me ha tomado por una carajota.

—Si lo entiendo, cariño, créeme que lo entiendo, de veras… Solo te digo que hables con Fidel, vale, pero que aun así no tomes ninguna decisión precipitada, ¿ok? Tú tranquilita, que las cosas pueden dar muchas vueltas todavía…

—Ya lo veo, y todas para peor.

Fui a hablar con Fidel esa misma noche, quien no cabía en sí de gozo cuando me vio aparecer por las puertas del Dreams.

—¿Qué hace aquí lo más bonito de la ciudad? —me recibió con los brazos abiertos y dándome dos fuertes y sonoros besos mientras me apretaba contra él.

—Darte una alegría, creo—le contesté.

—¿Me ha tocado la lotería y te vienes a trabajar conmigo? —me preguntó arqueando una ceja mientras que su atractiva sonrisa de medio lado salía.

—Igual sí, no lo sé todavía, ¿vale? He venido a hablar de posibilidades…

—Y yo estoy abierto a todo tipo de posibilidades contigo, guapísima, y cuando te digo a todo es a todo—me aclaró.

—Lo sé, muchas gracias, aunque yo no busco nada más que trabajo—me apresuré a decirle porque no quería jugar con él. Yo no era como Remy y no pensaba aprovecharme de lo que Fidel sentía por mí para sacar tajada.

—Igual más adelante o igual en otra vida, ¿sabes? Tú y yo estaremos juntos, estoy seguro.

—¿Quién sabe? Aunque de momento ya te digo que no, mi corazón está cerrado a cal y canto. Yo solo quiero ganar pasta.

—Pues entonces estás en el sitio adecuado. En el Dreams podrás ganar toda la pasta que quieras. Ya te dije que no solo con los pases en el local, sino que puedo concertarte algunos servicios fuera de los que dejan buenos fajos de billetes.

—Eso me suena fenomenal…

—¿Y qué es lo que necesitas entonces para decidirte?

—Que me dejes pensarlo…

—No lo pienses mucho, por favor. Yo también necesito saber con las bailarinas con las que cuento, Claudia.

—Y lo entiendo, Fidel. Solo una semana, te lo prometo.

—Está bien, ojalá que te decidas a venirte conmigo—carraspeó—. Vale, ya me has entendido, a bailar en mi local—levantó las manos como en señal de inocencia.

—Te llamo pronto, ¿ok?

—Por favor, sí—me pidió antes de que me marchase.

Era una posibilidad más. Podría bailar durante un tiempo mientras me replanteaba la vida. Si no le dije un “sí” como un camión de grande en ese momento fue porque Alejandra me pidió que madurara la idea y que le diera una vuelta. Ella, aunque parecía muy loquilla, quería lo mejor para mí y no estaba tan segura de que trabajar como bailarina erótica lo fuese.

Capítulo 32



En los dos siguientes días no miré a Remy a la cara en ningún momento. Yo estaba bastante decidida a dejar el trabajo. Según él, mi traslado se haría efectivo en breve, si bien yo lo que pensaba dedicarle en el momento en el que me lo anunciase era un fuerte corte de manga.

No creáis que no miré más posibilidades intermedias. Sí que lo hice, lo prometo, aunque no me salió nada más. Fidel me escribía cada día, recordándome que con él podría ganar mucho, mucho dinero y la tentación era realmente irresistible. Y no ya por la pasta, puesto que yo amaba mi trabajo como recepcionista, sino por la oportunidad que eso me daba de decirle a Remy que su trabajo se lo metiera por donde buenamente le cupiese.

En cuanto a él, también se mostraba esquivo conmigo. Lo que me tuviera que hacer llegar, solía hacerlo a través de Raquel, quien actuaba como una especie de casco azul de la ONU entre nosotros dos. Le había caído poca…

Para colmo, estábamos hasta arriba de trabajo, como comentábamos en el almuerzo, pues ese día ambas nos quedamos juntas.

—No sé qué se te habrá perdido a ti en otra de las empresas cuando es en esta en la que te necesitamos. Le he cogido un coraje a Remy que no puedo con él, vaya. Y encima, que me deja sola como la una en la recepción.

—No te preocupes, que este seguro que me encuentra sustituta enseguida— le dije con retintín.

—Yo ya no sé ni lo que pensar.

—Pues yo sí lo sé, mira que si al final tiene razón la Barbie de Leticia y él no sirve para nada. Igual le sobran razones para estar más cabreada que una mona con Remy y para no querer casarse con él.

—¿Tú crees? Eso igual es mucho decir. Que sí, que yo soy la primera que sé que lo ha hecho fatal, pero de ahí a plantarle a pie de altar como lo ha hecho…

—Yo al principio también creí que fue por puro capricho, cambiando a un primo por otro, pero luego me ha dado que pensar… Porque ella parece muy despechada y encima, cuando bebe, le sale una especie de monstruo que lleva dentro contra él, como si todavía le quisiera y la mataran los celos.

—Pues estamos apañadas. Esta oficina se ha convertido en un verdadero culebrón, niña. Ay, lo que te voy a echar de menos cuando estés en tu nuevo

puesto.

—Yo creo que no lo voy a ocupar, cariño—le confesé.

—¿Qué dices? ¿Te vas a ir al paro? Yo eso no se lo consentiría, también te lo digo. Tú no tienes que pasarlo mal solo por sus caprichos, porque este está demostrando ser una bala perdida, quién lo hubiera dicho.

—No, no, si yo al paro no me voy. Yo pienso resucitar a Selena—le dije mientras la miraba en plan diva.

—¿Tú te vas a ir a trabajar de nuevo al Dreams? Qué tía más grande, no me lo puede creer.

—Pues ve creyéndotelo, porque estoy muy dolida y no pienso quedarme de brazos cruzados mientras Remy me mangonea. Hoy me manda a otra empresa y el día de mañana, si le viene en gana, ¿qué? ¿Me manda a Guantánamo? No se lo ha creído ni él.

Yo ya lo tenía bastante claro y eso que aún no había visto lo que mis ojos tenían previsto mostrarme al final de aquella tarde. Resultó que había salido a hacer unos recados y, a mi vuelta, pensé que ya estábamos solas en la oficina Raquel y yo, motivo por el que me dispuse a ir apagando las luces de los pasillos antes de echar el cierre.

Para mi sorpresa, no fue así, y entonces vi cómo se abría la puerta del despacho de Remy y una despampanante chica salía de su interior. Debía

ser modelo porque era puro glamur y tenía un cuerpazo de esos que solo se ven en las portadas de las revistas, como si no fuera de este mundo.

Me escondí tras la esquina del pasillo y los observé de lejos. Supongo que en el fondo quería corroborar que él era un cerdo total, algo que enseguida logré.

—Te quiero mucho, Remy—le dijo ella mientras se fundían en un caluroso abrazo. Yo los observaba desde atrás, aunque supuse que se estarían morreando a saco.

—Y yo a ti, Davinia, sabes que el lugar que ocupas en mi corazón no podrá ocuparlo jamás nadie, te adoro—le decía con una cara que no era normal. Se le caían los huevos con ella y se deshacía en halagos y atenciones.

No fue una despedida corta, puesto que el pasteleo parecía ser infinito, como si los dos se hubieran tragado un kilo de azúcar y les estuviese saliendo por las orejas. A mí lo que me salía era el vómito, el cual contuve mientras corrí hacia la recepción.

—¿Qué te pasa, mi niña? —me preguntó Raquel, quien estaba muy pendiente de mí.

—Cierra tú antes de que te pote toda la recepción, se me ha revuelto el estómago. Qué tonta he sido, con razón Leticia está hecha una energúmena con él. Y encima quiso advertirme y yo por poco me la como. Si lo llego a saber, el día que me dio el beso delante de todos, le arreo un bocado y le

arranco la lengua—le dije mientras salía corriendo sin darle más explicaciones. Ya ataría ella cabos cuando los viera salir juntitos y tan acaramelados.

Capítulo 33



Esperé a Leticia a la entrada de la oficina a la mañana siguiente. No podía soportar eso que tenía dentro y quería compartirlo con ella.

Las dos fuimos víctimas de los tejemanejes amorosos de Remy, aunque, en honor a la verdad, ella mucho más porque estaba a punto de casarse con él.

Me vio y casi me hace un cerco. En principio, no teníamos nada de lo que hablar. Esa mañana llegó sola, Álex ya estaba dentro y yo la cogí por el brazo.

—Suéltame, si piensas que voy a entrar en tu juego de choni y nos vamos a tirar de los pelos por Remy estás muy equivocada—me advirtió.

—No, no es eso. Yo no quiero saber nada de él, solo quiero hablar contigo.

Observé extrañeza en su rostro, aunque, por primera vez, no hostilidad.

—¿Ya te ha hecho daño a ti también? —me preguntó.

—Está liado con una modelo, ¿verdad? Los he visto. Ahora entiendo tus palabras y que te liaras con Álex.

—Lo está. Y el problema es que yo ya sabía de su existencia, pero pensé que se le pasaría. Le di un montón de toques y nada, ella siempre seguía en su vida. Hasta que me harté y me dije que me haría una desgraciada, por eso le planté.

—Y yo pensando que todo lo decías por joderle…

—No, yo le he querido muchísimo, quien me ha jodido ha sido él a mí, ¿tú sabes por todo lo que he tenido que pasar? Ha sido un verdadero tormento, y luego la cancelación de la boda.

—No habrá sido fácil, no.

—Pues no, con decirte que el vestido de novia lo cogí y lo hice jirones, pues eso… Y luego los repartí por el jardín de mi casa, tirándolos desde el balcón.

—Eso lo puedes hacer tú que eres una pija, si lo hago yo, escucho al barrendero de mi barrio. Aparte, que yo le hubiera sacado un dinerito. Mi

compañera de piso, Alejandra, va a tratar de vender el Armani que me regaló él en Milán.

—Pues haces bien, es lo único que le sacarás ya, ¿entonces te ha dado la patada? Qué tío, a mí no me la dio, de mí esperaba que fuese su mujercita y que aguantase los cuernos, no sé qué es peor, si te digo la verdad. Y pensar que te tuve unos celos de muerte en Milán. Lo siento, ¿vale? Te traté fatal…

—Leticia, yo no es por nada, pero tú me has tratado fatal en Milán y en todos lados. Y al resto de mis compañeras también…

—Sí, ¿verdad? Yo no te voy a negar que sea celosa, si hasta he pensado en hacer terapia, pero encima es que Remy sacaba lo peor de mí en ese sentido, ¿sabes? Le he aguantado mucho con esa mujer.

—Davinia, se llama Davinia.

—Sí, odio ese nombre. En fin, te ha hecho un favor, créeme. Cuanto más tiempo estuvieras con él, peor sería para ti. Remy es especialista en hacer daño. Y te lo digo yo que he estado mucho tiempo con él. Olvídate, es solo fachada. Un caramelo envenenado, no es más que eso.

Leticia giró sobre sus talones y se fue. Pude ver cómo reprimía las lágrimas y pensé que, debajo de la mucha silicona que había en sus senos, latía un corazoncito.

En muchas ocasiones, las cosas no son como parecen y yo me había enamorado del hombre equivocado. Ojalá pudiera fijarme en alguien como Fidel, en alguien que me quisiera de verdad y que no hiciera esas maniobras de rata traicionera de Remy, quien jugaba con las mujeres a su antojo, según le fuese conviniendo.

Al poco pasó él por la recepción y ni siquiera le saludé, como ya iba siendo mi costumbre.

—Y el caso es que parece que le apene que no lo mires—me decía Raquel.

—Le jode, no te equivoques. Él querría que todas le bailásemos el agua y encima contentas. Que me dice que ahora me traslada a otra empresa, yo le hago la ola, que mañana me quiere enviar a La Antártida a una expedición, yo me pongo un disfraz de pingüino y para allá que me voy—imité uno de ellos y Raquel se moría de la risa.

—Ay, cariño, con lo bonito que habría sido tenerte de jefa consorte y que le hubieran dado morcillas bien dadas a Leticia.

—No creas, ella no es tan mala como parece—le confesé—, solo que Remy la tenía amargada y todos pagamos el pato.

—¿Tú crees?

—Sí, él está enamorado de siempre de una modelo y ha debido sufrir mucho.

—Ya, la chica con la que salió ayer tarde, me percaté de que entre ellos había algo.

—Tú también lo viste, pues no hace falta que te diga nada más.

—No, los ojos le brillaban cuando la miraba, no te lo puedo negar.

—Pues con su pan se la coma y, en cuanto a ella, ahí lo tiene enterito, que menuda joya se lleva.

—¿Y qué te hace pensar que si no han estado juntos hasta ahora vayan a estarlo en el futuro? Igual ella no quiere compromiso y prefiere vivir su vida de modelo con libertad. Hoy en Roma, mañana en París y la semana que viene en Nueva York.

—Pues ojalá, y que él rabie como hemos rabiado las demás. Ya lo tengo totalmente decidido, no me quedo en ninguna de las empresas familiares.

—Selena ha vuelto entonces, ¿no?

—Selena ha vuelto, sí.

—Tú sabes que te deseo lo mejor, mi niña. Gana toda la pasta que puedas, a ver si el día de mañana nos podemos montar un negocio de algo entre tú,

Alejandra y yo, ¿te imaginas? Y así yo tampoco le veo más el careto a Remy.

—Sí, uno de vestidos de novia, por ejemplo. Pero yo no seré quien se ponga uno, te lo garantizo.

—¿Y tú qué sabes? Igual Fidel te termina conquistando. Y quien dice él, dice cualquier otro, que tú vales mucho y este idiota del jefe no te va a dejar el corazón tocado de por vida, ¿me oyes?

—Ya veremos, cielo, ya veremos. Yo ahora no quiero saber nada de hombres.

Capítulo 34



Me pasé por el Dreams para confirmarle a Fidel que volvería a trabajar con él.

—Te prometo que la gente estará encantada, te pienso pagar mucho más. Esta vez no dejaré que te vayas—me dijo entusiasmado mientras me daba un abrazo.

Sus abrazos eran de esos que llegaban al alma, pero a mí no me llegaban al corazón. A mi corazón quien llegó fue Remy. Se lo supo currar muy bien, yo lo veía todo claro. Hasta me ayudó con lo del coche de Tony, algo que no le costó ningún trabajo, para que me sintiera en deuda con él y le acompañase del tirón a Milán, sin cuestionarme nada.

Había sido muy tonta y estaba dispuesta a abrir los ojos. No quería volver a experimentar esa sensación tan amarga de que un tío te ha utilizado a su antojo. Ya era la segunda vez que me pasaba, la segunda vez que me enamoraba de alguien que terminaba con otra sin ningún tipo de escrúpulos,

aunque en el caso de Remy se trataba de un estafador emocional reincidente, puesto que también le hizo lo mismo a Leticia.

Quedé con Fidel en que empezaba en el Dreams unos días después, en cuanto recogiese mis cosas en la oficina y me tranquilizara un poco. Una vez tomada la decisión, no lo demoraría más; las recogería al día siguiente, le pediría la cuenta a Remy y, sin preaviso y sin nada, me iría. Me daba igual que me amenazara con que las cosas no se hacían así. A mí no vendría a darme clases de moral.

Salía del local cuando me encontré con Sara, que entraba en ese momento.

—¡Mi niña! ¿Es verdad eso de que vuelves? —me preguntó.

—Sí, en unos días. Y ahora a tiempo completo. Bueno, que algún día en la semana descansaré, pero que pienso darle caña al baile y ganar pasta.

—Fidel está entusiasmado, te pagará lo que quieras. No hace falta que te diga que eres su favorita y la envidia del resto—me dijo entre risas.

—Eres un amor, Sara, ya mismo volvemos a ser compañeras.

Me quedaba el último paso: el de dejar tirado, profesionalmente hablando, a Remy. Me moría por ver la cara que ponía, ese creía que podía hacer y deshacer en mi vida a su antojo, y se había equivocado.

Toqué fuerte en su puerta con los nudillos, y casi aún no me había dado permiso para entrar cuando ya estaba dentro de su despacho.

No me anduve por las ramas, tampoco le saludé. Los formalismos entre nosotros habían desaparecido y era hora de quitarnos las caretas.

—¿Qué es eso que llevas en la caja? —me preguntó extrañado porque aún faltaban unos días para mi traslado a la otra empresa.

—Son mis pertenencias. No te preocupes que no te he robado nada, aunque creo haberte demostrado ya cómo soy. Yo nunca he querido tu dinero. Me voy, Remy, ingrésame lo que me debas y, si me quieres descontar algo por no haberte preavisado, tú mismo. Yo ya de ti me lo espero todo.

—¿Cómo que te vas? Pactamos que te trasladabas a otra de las empresas de mi familia.

—Pactamos es una palabra muy bonita, solo que, si la buscas en el diccionario, para que se pacte han de estar de acuerdo dos. Di mejor que decidiste y yo te contestaré que va a ser que no, que ya tengo otro curro y que no me haces falta para nada.

—Pero eso no puede ser, yo contaba con…

—Tú no cuentes tanto y no te creas que, por ser mi jefe, puedes mover los hilos de mi vida como te dé la gana, ¿estamos? Lo dicho, espero el ingreso y, otra cosa, que Dios reparta suerte porque la vas a necesitar.

—Creo que te estás pasando, de veras te digo que creo que te estás pasando, Claudia. Yo no he pretendido dejarte sin trabajo, solo se trata de un traslado.

—Y no me has dejado sin trabajo, te repito que soy yo quien se va.

—No lo hagas, por favor. Lo estás haciendo porque estás enfadada y puede que lo lamentes. En estas empresas no se trabaja mal.

—Eso lo dirás tú. Yo, quizás, tenga una opinión bastante diferente, puesto que la mayoría de los jefes no engatusan a sus empleadas para luego demostrarles que pasan totalmente de su culo y a su antojo, ¿me oyes?

—No es eso lo que he hecho, no es eso—negó con la cabeza.

—Claro que no. Tú eres un santo varón y las demás somos unas pécoras que vamos dándole a la lengua sobre ti sin motivo alguno, eso es lo que somos.

—¿A quién estás metiendo en el mismo saco que a ti? —me preguntó extrañado.

—A Leticia, a quien también le has jodido la vida, aunque ella es más lista y, en vez de largarse, se ha quedado para plantarte cara y te está dando donde más te duele.

—¿Es eso lo que piensas de mí? ¿Ahora le das la razón a ella? —me preguntó.

—No, porque para decirte todo lo que pienso de ti necesitaría mucho tiempo. Y va a ser que yo no pienso gastar ni un ápice de mi energía en darte ninguna explicación de por qué eres un gusano malicioso, traidor y mujeriego—acerté a decirle.

—Por favor, Claudia, deberías escucharme.

—Yo a ti no te pienso escuchar porque ya lo hice más tiempo del debido y así he acabado. Que te jodan, Remy, no quería decírtelo así, pero para qué me voy a morder la lengua. Te deseo lo peor, porque tú sabías muy bien que yo venía de que me hiciesen daño y te ha importado un bledo. Pues nada, cada uno elige su destino. Tú ya has movido ficha y ahora la muevo yo. No quiero volver a verte en mi vida.

Capítulo 35



Sábado por la noche y yo miraba por la ventana del salón. No tenía ánimo, me había tomado el fin de semana libre para coger fuerzas antes de estrenar trabajo en el Dreams y, aun así, me pasé todo el día en el sofá.

—Es verdad que yo no estoy para salir de marcha y hartarme de bailar y eso, pero al menos nos podíamos bajar a tomar unas hamburguesas por aquí por el barrio, ¿no te parece? Tampoco es plan de que nos muramos de asco —me comentó Alejandra, quien estaba a mi lado viendo las pocas ganas que mostraba de nada.

—No, mucho no te veo bailando con la escayola, aunque igual tienes razón con eso de las hamburguesas.

—Más que nada porque ya sabes que yo me emociono con la música, que parece que me ha dado un ataque de epilepsia, y le puedo arrear a uno con la escayola y dejarle tonto.

Me eché a reír porque no le faltan motivos para decirlo. Alejandra era puro nervio en la pista y capaz de dejar a uno tieso como un ajo. En fin, que sería para verlo y que pensaba en ello cuando tocaron a la puerta.

Pensé que se trataría de algún vecino que necesitase algo y salí disparada, aunque para mi asombro cuando abrí me encontré con la cara circunspecta de Remy.

—¿Se puede saber a qué has venido? —le pregunté dando un paso hacia atrás como si fuese a coger agua bendita para salpicarle y él se tratase de Satanás.

—He venido para hablar contigo. Por favor, déjame que me explique…

—¡Lárgate! ¡Que te largues! —le chillé.

Alejandra, que estaba en el cuarto de baño calentando las planchas para que yo se las hiciera, salió con ellas en la mano.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —le amenazó con ellas como si fueran unas pinzas, algo que le hizo retroceder.

Con una sola mano y se apañaba para todo, la jodida, porque por su forma de mirarle y no soltar las pinzas parecía que Remy bailaría La Macarena.

—Tienes que escucharme. No quiero que te vayas de la empresa ni tampoco… Ni tampoco de mi vida—murmuró.

—Tú estás un poco chalado, ¿no? ¿Te has pensado que me puedes manejar a tu antojo? Ahora te vas, ahora te quedas… Ahora te doy un beso delante de todos y ahora le digo a la otra que la adoro.

—¿Cómo? —Paró en seco porque no tenía ni idea de que yo le había visto con Davinia.

—Que lo vi todo con estos ojitos, imbécil, que se lo decías a la modelo esa y también que el lugar que ocupaba en tu corazón no lo ponía ocupar ninguna otra. Me quedó clarísimo, ¿sabes? Y también te debería quedar a ti que de mí no te vas a reír porque no me sale del kiwi, ¿estamos o no estamos?

—Tenemos que hablar, las cosas no son lo que parecen, Claudia.

—Qué va, no lo son, ¿lo estás escuchando, Alejandra? —le pregunté mientras ella volvía a cerrar las planchas amenazándole.

—Sí, ¿le cojo la lengua con ellas y ya no dice más tonterías? —me ofreció la muy loca.

—¿Puedes apartar eso? —le pidió él.

—No, no puedo, porque tú has venido a soliviantar a Claudia y no hay derecho. Con ella no jugarás porque no me da la gana.

—Claudia, por favor, así no se puede hablar, ¿no podríamos hacerlo en privado?

—No, lo que me tengas que decir me lo dices delante de Alejandra. Entre nosotras no hay secretos, no somos oscuritas como tú.

—Está bien, si no hay más remedio, hablaré aquí.

—Y rapidito, que las planchas se están enfriando y tendré que calentarlas otra vez—le amenazó ella.

—¿Puedes al menos dejar de apuntarme con ellas? —resopló él.

—No, desembucha, venga…

—Davinia es mi hermana—afirmó tajante.

—¿Tú lo estás escuchando? —le pregunté a mi amiga sin dar crédito.

—Debe ser un mentiroso de esos compulsivos, agárrale que le vamos a torturar y escupirá la verdad—me sugirió ella.

—Es la verdad, Davinia es hija no reconocida de mi padre que, como bien sabes, tiene un largo historial mujeriego—me hizo ver.

—Lo último sí que me lo creo y, encima, de casta le viene al galgo, que tú lo has heredado, pero lo primero no hay quien se lo trague, ¿me has tomado por tonta? Ya está bien, ¿no? —me quejé, totalmente revelada.

—Que no. Lo único que sucede es que mi madre nunca ha querido que los secretos familiares se aireen y tú sabes que ella es muy importante para mí, soy el único que está de su parte en la familia. Ella no tiene nada en contra de Davinia ni tampoco se opone a que yo me relacione con ella, a sabiendas de que lo he hecho desde muy jovencito, cuando me enteré, y de que la adoro.

—¿Y entonces?

—Entonces, aun así, hace muchos años me hizo prometerle que no le contaría a nadie que mi padre tenía una hija fuera del matrimonio. Mi madre, pese a todo, también tiene su orgullo y no quiso que eso se supiera, por eso jamás se lo conté a Leticia. Además, que no me podía fiar de que, si el día de mañana nos separásemos, ella lo aireara para hacerme daño.

—Claro, y yo me chupo el dedo… A mí sí me lo puedes contar. A la que era tu prometía, no. Pero a mí, que no soy nadie en tu vida, vienes y me lo cuentas, cuánto honor—le ridiculicé.

—Lo he hablado con mi madre y ella ha estado de acuerdo. Yo no sabía que tú estabas al tanto de la existencia de Davinia y, aun así, no quería que nosotros empezásemos con secretos. Te lo pensaba contar de inmediato.

—¿Qué estás diciendo de empezar? ¿Tú qué te has fumado antes de venir? Cuidadito con meterte porquerías en el cuerpo, que tú eres un tío muy sano.

—Yo es que bajo presión no puedo hablar con soltura, ¿no ves que tu amiga está calentando las planchas otra vez?

Miré y, efectivamente, Alejandra estaba dale que te pego con las planchas y el enchufe, sin retirarle esa mirada tan amenazante.

—Pues habla y no te pasará nada, ¿por qué a tu madre no le importaría que me lo contases a mí?

—Porque le he hablado de ti y porque le he dicho que no tienes nada que ver con Leticia.

—Qué va, mi amiga no tiene ni un gramo de silicona en el cuerpo—le aseguró Alejandra.

—En serio, ella ha entendido que para mí era importante y es la primera vez que ha hecho una excepción porque sabe que se lo he pedido de corazón para poderte ser sincero.

—¿Y eso por qué?

—Porque me gustas, Claudia, porque me gustas y así se lo he contado a mi madre. En el fondo, yo sabía que cometía un error casándome con Leticia, por eso no me mostraba ilusionado. Y encima ella siempre me tenía acorralado. A ella lo de Davinia le servía de excusa, yo le dije mil veces que no estaba liado con ella, y daba igual. Tanto me acusaba de estarlo como de acostarme con el resto de las modelos con las que tenía contacto. Ella tiene un problema de celos patológicos que yo sufrí en primera persona. Quise ayudarla y hasta le busqué un buen psicólogo y de nada sirvió. Al final, cuando salió andando con Álex, por una parte, sentí gran alivio, aunque por otra me sentí fracasado por no haber podido ayudarla, no sé si me explico.

—Te explicas, aunque todo esto es un lío, ¿y qué hay de mí? Porque a mí me llevaste a Milán, me besaste a la vuelta y luego me diste la madre de todas las patadas.

—No te di la patada, sino que traté de alejarte de mí porque necesitaba poner mis ideas en orden. Me atrajiste mucho cuando estuvimos en Milán. No sabes la de veces que me acuerdo de todo lo que vivimos allí—se le dibujó la sonrisa en la cara—. Ignoro cómo pude aguantar la tentación al meterme contigo en la cama y no tocarte—me erizó la piel escucharlo—. No obstante, lo peor llegó cuando regresamos y te besé.

—¿Lo peor?

—Sí, porque fue un verdadero tormento. Al besarte, sentí que me gustabas todavía más y no quería hacerte daño. Temí que me quedara cogido y no tenía idea de que ya era tarde para eso.

—¿Y era algo tan malo? ¿De veras lo era?

—Lo era porque yo acababa de sufrir una ruptura y temí que, en cierto modo, estuviese confundido y pudiese utilizarte para pasar página. Después, conforme han pasado los días, he entendido que da igual dónde te envíe, porque voy a seguir pensando en ti. No quiero utilizarte, yo quiero quererte, ahora estoy seguro.

—Con la diferencia de que fue mi amiga quien te envío a ti. Te envío a hacer puñetas y te pidió la cuenta—añadió Alejandra.

Le eché una miradita reprobatoria porque, en el fondo, yo deseaba con todas mis fuerzas que aquello que me estaba contando fuese cierto, que Remy me deseara como yo le deseaba a él y que nada de lo malo que nos hubiese ocurrido fuese realmente tan malo, sino el fruto de que quisiera estar seguro antes de dar un paso al frente.

—¿Y yo cómo puedo saber que todo lo que me estás diciendo es verdad?

—Pues mira, en cuanto a lo de Davinia podemos llamarla ahora mismo y ella te lo confirmará, ¿quieres que quedemos con ella en algún sitio?

—Tampoco hace falta que sea ahora mismo—le contesté.

—Está bien, te la presentaré en otro momento, que no te quepa duda, y en cuanto a lo demás… Lo primero que quiero es que vuelvas a ocupar tu puesto de trabajo y que me des la oportunidad, en lo personal, de transmitirte todo lo que siento por ti. Me estoy enamorando de ti, Claudia. Corrijo, me he enamorado de ti y quiero que seas mi pareja, ¿sería muy precipitado pedirte una primera cita esta noche? Sé que igual deben asaltarte las dudas y me lo merezco, solo quiero que sepas que me encantaría que saliéramos por ahí a tomar algo y…

—Es que no va a poder ser, lo siento.

—¿No confías en mis palabras? Supongo que me lo merezco, no debí tratar de apartarte de mí. Ha sido un gran fallo…

—Un fallo y de los gordos, aunque no es por eso.

—¿Y entonces?

—Entonces es porque es boba y habíamos quedado en ir a tomar unas hamburguesas—le contestó mi amiga, que me conocía muy bien y que sabía que no querría dejarla sola—. Ya puedes cogerla y llevártela, vamos.

—No, en ese caso, me uno a vuestro plan y os invito a las dos a tomar esas hamburguesas, siempre que luego me permitas que me la lleve a casa, ¿hay trato o no hay trato?

—Este es un pelotero, Claudia, ahora me quiere dorar la píldora a mí también para que le ayude a conquistarte.

—Venga, vístete—le pedí.

—Entonces, ¿no vamos a torturarle?

—No, al menos esta noche no.

—Si quitas lo de "al menos esta noche no" me quedo algo más tranquilo—rio.

—Pues, si quieres quedarte tranquilo, ya sabes lo que debes hacer. A mi niña me la cuidas, ¿me oyes? Me la cuidas bien y, como yo me entere de que le vuelves a hacer la puñeta por algún medio, voy a hacer pinchitos contigo en una barbacoa.

—A ti te gusta mucho todo lo que tenga que ver con calor y fuego, ¿no? Espero que no seas un poco pirómana.

—Depende, porque como le jodas la vida, le prendo fuego a tu oficina—rio maléfica.

Salimos unos minutos después, en busca de esas hamburguesas que me sabrían como si fuera el más exquisito de los platos del mundo. Me costaba creer que Remy hubiera venido y que se me hubiese declarado. Antes de

salir, él cogió mi cara y, en presencia de Alejandra, me dio el segundo beso de mi vida, uno que me elevó hasta tocar el cielo.

Capítulo 36



Al principio, Alejandra se mostró algo más escéptica. En cuanto a mí, puede que fuese la ilusión de lo inesperado lo que me llevó a disfrutar como una cría pequeña desde el primer momento de la cena.

Había sufrido mucho en aquellos días en los que no me dolieron prendas a la hora de darle un giro radical a mi vida, un giro que incluyó marcharme de mi trabajo, incluso.

A él se le notaban las ganas de hacerme ver que todas y cada una de sus palabras eran ciertas, de que yo las creyera y de que empezásemos a disfrutar de las mieles de lo que sería un noviazgo bonito, un noviazgo en el que nos fuésemos conociendo y en el que, quizás descubriéramos que no había barrera que pudiese con nosotros.

Si algo me estaba demostrando Remy era el hecho de que le daba absolutamente igual que yo no contara con su mismo estatus social. Eso no parecía importarle en lo más mínimo, incluso me lucía orgulloso en todo

momento, como cuando estábamos en Milán y nadie sabía que yo era una chica de barrio, una chica humilde y él… Él era un jefazo.

Alejandra, conforme pasó el rato, ya empezó también a aflojar un poco y entonces él se interesó por lo que hacía.

—Yo ahora mismo estoy cobrando el paro porque los jefes son muy capullos y el mío, en cuanto se enteró de que me la pegué con el patinete, como que me dio el pasaporte rapidito.

—No todos los jefes son unos capullos—rio.

—Todos, mientras no se demuestre lo contrario.

—¿Y la presunción de inocencia? ¿Esa no opera para los jefes?

—Negativo, funciona al revés, tenéis presunción de culpabilidad.

—¿Y si te dijera que igual yo te podría echar una mano con tu situación? ¿Igual dejarías de pensar igual?

—Tú primero explícate y ya te diré yo…

—Podría tener un puesto para ti en mi oficina—le ofreció y yo, que estaba dando un trago a mi cerveza, por poco me ahogo.

—¿Qué dices, hombre? Fíjate cómo se ha puesto mi amiga solo de pensarlo. Si yo no tengo estudios ni nada…

—Oye, que a mí se me ha ido la cerveza por mal camino de alegría, cariño, ¿tú sabes lo que me gustaría tenerte trabajando con Raquel y conmigo?

—Si yo no sé hacer ni la "o" con un canuto—suspiró.

—No te haría falta tener estudios para eso, Alejandra. Podrías ser como una especie de ordenanza y ayudarnos a todos. Tanto Claudia como Raquel desempeñan a menudo funciones que no les corresponden, a falta de una persona que dé la bienvenida a los clientes, los acompañe, haga las fotocopias…

—Y lleve los cafés, qué ilusión—prosiguió ella.

—Pues si te ilusiona, el puesto es tuyo.

—¿Cómo no me va a ilusionar? Si yo llevo toda la vida lampando por un puesto así, facilito y sin tener que hincar codos en los libros, que solo de pensarlo me da alergia. Ole tus huevos morenos, jefe—le salió a ella del alma.

Los tres estallamos en carcajadas y entonces él nos ofreció que continuásemos la noche con unas copas, cosa a la que accedimos para celebrar que mi amiga tendría trabajo en cuanto le quitaran la escayola y estuviera en condiciones.

Nos fuimos a un local cercano que se petaba, a varias calles de la nuestra. Estaba teniendo mucho éxito.

—Es un sitio guay, pero sencillo. No creo que tenga que ver con los locales que tú frecuentes—le comenté.

—Ni falta que hace, el truco está en disfrutar allí donde vayas—me dijo él mientras me besaba y me cogía por la cintura, camino de ese local.

Hasta Alejandra, pese a llevar la escayola y todo, terminó bailando. No hace falta decir que le dio un par de leches a un chaval, sin querer, que casi lo envía al hospital. El chico terminó en el suelo, dolorido por los golpes que se llevó con la escayola, y ella, ya bajo los efectos del alcohol, se moría de la risa.

—Si no te hubieras acercado tanto, no te habría pasado nada—le decía.

Yo miraba cómo Remy le ayudaba a levantarse cuando me llamó la atención que una pareja discutía al lado de la barra. No, no podía ser… Eran Tony y Jessica, y la discusión estaba alcanzando un punto que incluso tuvo que intervenir uno de los camareros.

A pesar de la música, pude oír cómo él le reprochaba que estuviese bebiendo, pese a estar embarazada, y cómo ella le respondía que bebía para olvidarse de que su novio era un inútil y que no daba la talla.

Bonitas maneras las de ambos de comenzar ese proyecto, el de la paternidad, que parecía venirles grande. No me alegré por la criatura y, porque en el fondo, yo no soy como ellos, pero sí recordé que hacía poco le dije que ya se arrepentiría de estar con él, y así debía estar siendo.

Ellos, que también me vieron, trataron de guardar la compostura en ese momento, como si nada estuviese sucediendo, y hasta se dieron un pico rápido y sin ganas con el que se suponía que pretendían engañarme.

Todo se termina sabiendo y, de hecho, me encontré con mi amiga Sonia justo en ese momento, que pertenecía al círculo común de amigos que en su día compartimos Tony y yo.

—Están como el perro y el gato desde que él perdió el coche. Jessica es una interesada y no para de pincharle para que compre otro igual, además de que quiere una casa ya y no sé cuántas cosas. Y él, que no sirve ni para que le den por atrás para que ande para delante, está desbordado. Para mí que estos no llegan a ver nacer el bebé juntos.

El karma es así. Cuando tú ya no te acuerdas de quién te hizo la puñeta, vuelve para recordarte que se lo hará pagar. En ese instante, Remy me buscó con la mirada y vino hacia mí, cogiéndome por la cintura y dándome un beso tras otro.

Capítulo 37



Después de dejar a Alejandra en nuestra casa, nos fuimos para la suya. Sobra decir que tenía una casa impresionante en la zona más lujosa de la ciudad, aunque a mí lo único que me importaba era llegar hasta la cama.

No obstante, no fue la cama lo primero que probamos. Entre Remy y yo existía una tensión sexual que no se había resuelto hasta entonces, pero que se resolvería de golpe.

Tan pronto entramos en su espacioso dormitorio, y que lo parecía aún más debido a los muchos espejos que lo decoraban, me encaró hacia la pared y comenzó a quitarme la ropa. Yo notaba la excitación total de mi cuerpo al completo, esa excitación que se manifestó lubricándome y empapando mis bragas antes siquiera de que él me las retirase.

Enseguida estuve desnuda y contra aquel espejo, viendo cómo apartaba mi pelo del hombro y me besaba en el cuello mientras sus manos comenzaban a recorrer mi cuerpo al completo.

Sus ojos, esos ojos verdes e intensos, me miraban con unas impresionantes ganas, las cuales no hicieron más que intensificarse cuando una de sus manos se desplazó hacia mi vagina y, aprovechando lo muy mojada que se encontraba, deslizó sus dedos hacia su interior, buscando mi total estimulación mientras que otros de sus dedos encontraban mi clítoris, floreciente y deseoso de recibir esas caricias que me pusieron taquicárdica. Para el momento en el que fui a correrme, él se agachó y fue su lengua la que con un ligero toque logró mi total alivio, el mismo que chillé hasta lograr endurecerle aún más mientras su pene adquiría un grosor que me hizo desear paladearlo.

No tuve ocasión puesto que, una vez probó mi esencia, me penetró sin demora, algo que yo deseaba por encima de todas las cosas. Mis manos sobre el espejo aguantando sus embestidas y ese rostro que se le iba trasformando a la par que lo hacía el mío. Éramos la viva imagen del deseo, de un deseo al que estábamos dando rienda suelta a golpe de unos gemidos que no hacían más que crecer en intensidad y volumen.

Su cuerpo era fascinante, tonificado y musculoso, lo cual me excitaba hasta un punto inimaginable mientras que ese pene suyo hacía maravillas dentro de mi vagina. En el espejo, veía el reflejo de ambos y me resultaba realmente alucinante, mientras que él susurraba en mi oído ciertas palabras y frases que hacían que empapara su miembro en espera de ese nuevo orgasmo que volvería a chillar. Cuando lo hice, le tocó el turno a la cama, sobre la cual me tumbó…

En ella, y bocarriba, volví a disfrutar de esas embestidas que me proporcionaba mientras con una mano agarraba una de mis caderas y con la otra amasaba mis senos, haciendo que mis pezones se pusieran duros como piedras para luego succionar de ellos como si no hubiese un mañana, como si la vida se le fuese en ello, mientras utilizó uno de sus férreos brazos para hacer tope contra la pared e impedir así que yo pudiera escurrirme debido a la fiereza de sus embestidas.

Me cogió el punto increíblemente bien. Era como si me hubiese leído el pensamiento. Me gusta el sexo en todas sus variantes, tanto fuerte como más suave y romántico, si bien para nuestro debut en la cama, para soltar todo eso que llevábamos acumulado, preferí que me hiciera suya con esa fuerza indomable que sacó la parte más sexual de mí. Con él dentro, y gritando su nombre, experimenté ese segundo orgasmo que me llevó a rasgar las sábanas con mis largas uñas, mientras que él colocaba mis piernas sobre cada uno de sus hombros y comenzaba a beber de esa vasija del placer que llené en unos segundos.

La forma en la que me miraba mientras lo hacía provocó que ese orgasmo se intensificara y se hiciera más largo, por lo que chillé hasta que mi garganta pareció quebrarse mientras tiraba de su pelo.

Sé que, igual que él me sorprendió a mí con ese sexo salvaje que me puso al límite, yo le sorprendí pidiéndole más y más con la mirada y con palabras que debieron sonarle increíblemente excitantes, puesto que su masculinidad no parecía más que haber asomado.

No tenía fin y ese festival sexual fue más de lo que pude imaginar. Me dejaba hacer con su lengua, con sus manos, con su pene, pensando que la cabeza se me iba y que solo podía sentir en clave de orgasmo, mientras que una constante humedad se desprendía desde mi interior.

Remy se reveló como un amante de primera, como uno de esos amantes que son capaces de hacer que olvides la noción del tiempo y del espacio y que creas que en ese universo ardiente es en el único que puedes encontrar las condiciones para vivir.

No era eso, obviamente, era el deseo de perpetuar una noche que esperaba que fuese la primera de otras muchas. Por si no fuese bastante con lo que ya me gustaba, esa madrugada descubrí a un Remy capaz de enamorarme más todavía con solo ponerme un dedo encima.

Se trataba de un arma de doble filo, pues tan pronto me podía salir genial como irse al garete, y entonces todo se complicaría. Sin embargo, yo prefería confiar en que sus palabras eran ciertas y en que no solo me deseaba, sino que estaba comenzando a sentir por mí cosas tan profundas como profundo fue el nivel que alcanzó en mi interior.

Remy y yo hicimos de aquella una velada única, una en la que empalmamos con un día que nos sorprendió todavía experimentando posturas y, lo que era aún mejor, experimentando con el amor.

Capítulo 38



El domingo nos despertamos tarde, cerca de la hora del mediodía. Recuerdo que me encontré desubicada, como no sabiendo cuál era ese espléndido dormitorio que me acogía, el mismo en el que me acosté la noche anterior con Remy.

Enseguida supe que no podía estar en un lugar mejor al observarle abriendo un ojo y después el otro. Mi jefe estaba allí, junto a mí, y me miraba como si yo fuese un objeto de adoración, obsequiándome con la más bonita de sus sonrisas desde el mismo momento en el que me vio.

—Estás aquí, no lo he soñado—murmuró mientras me acarició la mejilla.

—Eso parece. Y mira que hemos dado vueltas hasta llegar hasta aquí. Anoche pasaron muchas cosas…

—Y todas ellas maravillosas. No obstante, llegué a temer que fuesen un sueño y eso me desconcertó mucho, pero por fin abro los ojos y te veo. No

eres un sueño, eres…

—De carne y hueso, sí. Más de carne diría yo, porque en los huesos no estoy, eso desde luego.

—Estás en tu punto, estás para comerte, estás… Se tiró sobre mí con la intención de volver a dar rienda suelta a la locura que se desató entre ambos la noche anterior.

La atracción era evidente y no tardamos en engancharnos de nuevo, tras lo cual me pidió que me diese una ducha y que bajase al jardín.

—Por Dios, ¿y estas prisas? Si hasta me dices que me vista, creí que me dejarías algo de ropa tuya…

—Vístete mejor o igual te dará algo de corte.

—Pues lo mismo sí, pero no me digas que me vas a presentar a tu madre o algo parecido porque puedo morir en el intento.

—No, no te voy a presentar a mi madre. Se trata de otra persona, sé que me dijiste que no había ninguna prisa y aun así… Aun así, ardo en deseos de que os conozcáis.

—Anda, que ya sé por dónde vas, ¿es tu hermana Davinia? ¿La misma Davinia a la que yo quería ver en la punta de un cañón? —le pregunté entre

bromas.

—La misma Davinia, sí, esa—me contestó mientras se partía de la risa. Ya no tardará en llegar.

Dicho y hecho. Como unos diez minutos después ya estaba ella llamando a la puerta. La chica era glamur puro, no me extraña que sintiera celos de ella en su momento, con esas piernas interminables y esa sonrisa que no le vi en su día (pues la tenía de espaldas), pero que me pareció increíble.

Por si con eso no fuese suficiente, también me cayó súper bien y es que era muy llana, pese a todo. No en vano, ella también se había criado de un modo humilde con su madre y despuntó como modelo ya de mayor. Según me dijo, su madre fue bastante orgullosa y dado que su padre no quiso darle sus apellidos ella no consintió en ningún momento que les ayudara económicamente, por lo que sacó adelante a su hija por sus propios medios.

Pese a ello, Davinia y Remy se trataron como hermanos desde jovencitos, cuando una casualidad quiso que él se enterase de la existencia de ella, y se adoraban. Remy la ayudó en todo lo que pudo y ella disfrutó de una bonita carrera.

—Si te digo la verdad, nunca he echado de menos a mi padre y menos siendo como es Nicolás—me contó ella—. Lo que siempre he agradecido al cielo es poder contar con un hermano como Remy. Con él me llevo fenomenal y le adoro. Él es de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Por eso no soporto causarle problemas y por eso he venido como las

balas en cuanto me dijo que te lo había contado todo. Yo solo quiero decirte que mi hermano va a saber quererte mucho. Primero, aunque no debiera decirlo dado que está delante, porque es un buen tío y segundo, y más importante todavía, porque le gustas más que ninguna otra. Me ha sorprendido la facilidad con la que ha dado este salto y eso indica que le gustas con locura.

Davinia me cayó de lujo, entre otras cosas porque se trataba de una chica que hablaba sin tapujos y que me pareció de lo más sincera conmigo. Se quedó a almorzar con nosotros, pues prácticamente era ya la hora del almuerzo, y se fue un rato más tarde, dejándonos pasar la tarde solos.

Era ya cerca de la hora de la cena cuando le comenté que debería irme a casa.

—¿Tienes que hacerlo? ¿No hay más remedio? Mira que me gustaría que te quedases conmigo—afirmó mientras me besaba.

—Tengo que echarle una manita a Alejandra, que ella dice que no, pero un poco limitada sí que está. Aparte de que digo yo que tendré que poder cambiarme y demás para acudir mañana a mi puesto de trabajo, que mi jefe es un poco pijo y yo le tengo muy bien acostumbrado, que voy siempre ideal.

—¿Tu jefe?

—Sí, sí. Tiene su guasa, no te vayas a creer. Menudos disgustillos que me ha dado el tío hasta llegar hasta aquí.

—¿Y si te digo que no te volverá a dar ninguno más?

—Es lo menos, es lo menos—reí.

—Cero secretos ni mentiras entre nosotros, te lo prometo—me dijo mientras me besaba ambas manos antes de ir a por las llaves de su coche.

Se notaba que tenía tan pocas ganas de que me fuese como yo de irme, pero era obvio que no podía hacer otra cosa. Las cosas irían llegando poco a poco, bastantes pasos de gigantes dimos ya ese finde.

Remy estaba entusiasmado con todo, incluido con volverme a ver por la oficina, cosa que también me hacía muy feliz. En el fondo, perder ese puesto de trabajo que en su día me costó ganar significaba para mí una especie de fracaso al que no me seducía en absoluto enfrentarme.

Hablando de seducción, Remy sí que se mostró seductor al dejarme en la puerta de mi casa.

—Espero que las horas pasen rápido, tengo muchas ganas de volver a verte en la oficina—me confesó mientras que depositaba un beso en mis labios.

Capítulo 39



Por la mañana, yo me vestía mientras Alejandra daba saltitos de alegría por toda la casa. La noche anterior, quien no dio tantos saltos fue Fidel, al que tuve que llamar y darle un nuevo giro que le sentó regular y no era para menos, porque le había hecho ilusiones de que trabajaría con él.

En cuanto a mi amiga y compi de piso, ella sí que se había hecho ilusiones reales.

—Voy a tener un trabajo en condiciones, por fin… ¡y encima con Raquel y contigo! Es un sueño, es un sueño. Al final, creímos que te salió rana y es un príncipe azul, uno que encima crea puestos de trabajo a la carta, porque para mí que el mío se lo sacó de la manga con tal de agradar, ¿no te parece?

—Puede ser, puede ser—le decía yo mientras me aplicaba el rímel en los ojos. Iba monísima, quería causarle sensación y me había incluso echado colirio en los ojos para que aparecieran ante él más blancos y descansados.

En resumen, que me sentía espléndida y que consulté la hora en el móvil para marcharme, puesto que deseaba llegar pronto a la oficina.

Alejandra miraba por la ventana de la cocina cuando dio un chillido.

—¡Es el jefe! ¡Es el jefe!

—¿Qué jefe? —le pregunté extrañada porque era lo último que esperaba…

—Qué jefe va a ser… El tuyo, digo el mío, digo el de las dos—se puso nerviosa—. Niña, tu novio que ha venido a recogerte.

—¡No puede ser! —exclamé mientras que miraba por la ventana y lo veía. Se acababa de bajar del coche y con un ramo de rosas en la mano que me dejó con las patas colgando, como suele decirse.

—¡Sí que puede ser! Y mira allí, ya hay una vecina que lo está grabando con su móvil. Normal, si es que tíos con ese carro, esa percha y esas flores no se ven por este barrio todos los días. La mujer debe pensar que es cosa de un programa de televisión.

La dejé con la palabra en la boca y salí corriendo. Al tomar conciencia de ello, volví y le di un beso.

—Que pases buen día, cariño.

—Y tú que folles mucho—me contestó en su línea.

—No seas bruta, ¿no?

—No, no, si el bruto será él cuando esté ahí pico pala, que por lo que me has contado os va la caña—se quedó relatando mientras yo, como una pipiola, comencé a bajar los escalones de dos en dos, deseando encontrarme con él en la calle.

Salí y nuestras sonrisas se encontraron. Dios, cómo me gustaba, de manera que nos fundimos en un besazo mientras él hacía malabares por aguantar el ramo de rosas, que tenía cierto tamaño.

—¿Son para mí? —le pregunté con los ojos más abiertos aún que aquellas preciosas flores que lucían rabiosamente bellas.

—¿Tú qué crees? Son para la mujer más bonita del mundo—las puso en mis manos antes de abrirme la puerta del coche.

Raquel ya estaba al tanto por mí de que regresaba a mi puesto de trabajo, por lo que echó hasta una lagrimilla cuando me vio aparecer, con el jefe cogiéndome por la cintura, y con el ramo.

—No me vayas a decir que os habéis casado y te lo tienes calladito—se le ocurrió decir porque ella era otra de las que soltaba disparates de dos en dos.

—¿Tú la has oído, Remy? Me dan ganas de darle con todo el ramo, solo que luego veo lo bonitas que son las flores y se me quitan, ¿te importa si las coloco en un jarrón aquí en la recepción?

—Colócalas donde más ilusión te hagan. Son tuyas y no tienes que darme ninguna explicación.

—Chica, qué lujo, lo traes de un humor excelente. Te tendremos que hacer la ola todos—me decía Raquel.

Quien entró un rato más tarde con cara de haber ingerido una lata de conserva que llevara diez años caducada fue Leticia, la cual no entendió nada, cogiéndome por el brazo.

—¿Se puede saber qué haces aquí de vuelta? ¿Y esas flores? Me he fijado que son de la floristería que suele frecuentar Remy, ¿te las ha regalado él? —me preguntó después de que le dijera adiós con la manita a su novio Álex, no interesándole que escuchara la conversación.

—Pues sí, resulta que me las ha regalado él. Leticia, sé lo que debes estar pensando y te agradezco la información que intentaste darme, solo que las cosas no son como tú crees. Te digo de corazón que no tenías motivos para sentirte celosa de Davinia, yo no puedo contarte más, pero estabas equivocada en todo.

—Porque tú lo digas, ¿de veras te has dejado engatusar por ese farsante? A mí me lo dijo un millón de veces, que confiase en él, con la diferencia de que yo no soy una gilipollas como tú, yo no le creí.

—Oye, que ni soy gilipollas ni me creo la primera milonga que me cuentan. No obstante, tú estás muy equivocada…

—No lo creo y, si no hubiera sido con ella daría igual. Yo estoy segura de que Remy se lía hasta con el palo de la escoba, fíjate lo que te digo.

—Ese es tu problema, Leticia, que tú nunca confiaste en él. Lo de Davinia no fue más que la gota que colmó el vaso, tú le quemaste por completo con tus celos.

—¿Y qué si soy celosa? ¿Y qué? A mí es que ningún tío me la dará, eso te lo garantizo, chalada.

Ya había vuelto la Leticia de siempre, esa que manipulaba, insultaba y ninguneaba a todo aquel que pudiese. Yo estaba por tirarme a su yugular cuando intervino Raquel.

—Pues por eso no lo digas, porque mientras tengas un novio, sea el que sea, te podrá poner los cuernos, Leticia—le hizo ver.

—No si es gay—se echó ella a reír como una loca, daba miedo escucharla.

—¿Quién es gay? —le pregunté yo flipada, porque aquello tenía todos los ingredientes para convertirse en un verdadero culebrón.

—Álex es gay, no me miréis así, total, ¿por qué? ¿Solo porque le haya utilizado para darle celos a Remy? ¿Y a lo mejor porque a él no le interesa que su tío Nicolás lo sepa? Ese carcamal no vería su condición sexual con buenos ojos, de modo que los dos nos haríamos un favor. Si hasta estoy tratando de convencerle para que hable con su tío y le nombre el nuevo director. Lo malo es que él no tiene don de mando, pero, si no, le habríamos colado a Nicolás un gol por toda la escuadra.

Quien se lo estaba colando a ella era Raquel, al ser la que estaba mirando hacia la puerta de entrada y la única que vio cómo Nicolás entró y se enteró de todas esas perlas que había soltado por la boca.

—Está bien, Leticia, ¿algo más que yo deba saber antes de ponerte de patitas en la calle? —le preguntó.

Ella se volvió horrorizada. Lo único que la mantuvo en su puesto tras la ruptura con Remy fue que se ennoviase con Álex. Y ser una bocachancla acababa de meterla en el gran lío de su vida.

—Nicolás, ¿desde cuando estás ahí escuchando? —le preguntó ella.

—Desde que has comenzado a contar que lo tuyo con mi sobrino no es más que una pantomima para entre los dos engañar a, ¿cómo has dicho? Un carcamal como yo, eso.

—Ay, por favor, qué situación. Nicolás, yo es que estoy muy estresada por culpa de tu hijo Remy. Es él quien me ha puesto así, tú sabes cómo soy yo en realidad.

—Ahora sí que lo sé, Leticia, ahora sí que lo sé. Por favor, si eres tan amable, ve recogiendo tus cosas. Y te advierto que siempre te será más favorable pactar conmigo una salida de la empresa que enfrentarte a mí en los tribunales. Puedo tener muchos defectos y los reconozco. Uno de ellos es que soy un hombre rencoroso y que no pienso pasar por alto este teatro de poca monta que habéis montado mi sobrino y tú.

Fue lo último que le dijo Nicolás antes de que tuviera que recoger sus cosas. Orgullosa como ella sola, no derramó una lágrima al salir por última vez por la puerta de la oficina.

En cuanto a Álex, tampoco se fue de rositas. Su tío decidió que ocupase un puesto de menor rango en otra de sus empresas. De él no se deshizo por tratarse de quien se trataba, aunque sí le relegó a un peldaño inferior. Nicolás odiaba que nadie se riese de él y entre ellos dos lo habían hecho.

Para todos nosotros, aquella fue una gran sorpresa. Que esos dos eran de armas tomar lo sabíamos, pero que hubiesen orquestado una maniobra así para conseguir sus propósitos eran palabras mayores.

Comenzó entonces una nueva era en la oficina. Una en la que nos las prometíamos muy, muy felices. Me encantaba trabajar con Raquel, pensar

que también Alejandra se incorporaría en unas semanas a su nuevo puesto de trabajo y también, por supuesto, trabajar bajo las órdenes de Remy, ese jefe que no era un ángel, pero tampoco el demonio que Leticia me quiso presentar.

Remy era un hombre, con sus defectos y con sus virtudes, pero un hombre al que le gustaba ser justo y que cada uno ocupase en su vida el lugar que merecía.

A Davinia siempre la quiso y respetó porque se lo mereció como hermana, lo mismo que a su madre, a quien tuvo en cuenta en cada una de sus decisiones. Le tocaba dar la talla como pareja y pronto me demostró que era el hombre más maravilloso con el que pude toparme.

El siguiente fin de semana, después de unos días plagados de detalles hacia mí, me dio una preciosa sorpresa en su casa, donde nos quedamos.

—El viernes que viene nos vamos juntos a París, ¿qué te parece? —me preguntó mientras sacaba un par de billetes de avión de su americana.

—¿Perdona? ¿Qué me va a parecer? ¡Que me muero por estar allí ya contigo! Eso es lo que me va a parecer, pero ¿dices que el viernes? ¿No trabajamos?

—El viernes es fiesta, aunque estoy seguro de que, si no lo fuese, tu jefe haría la vista gorda para que no trabajases—me guiñó el ojo.

—No lo sé, ¿eh? No le conozco todavía lo suficiente…

—¿Todavía no me conoces? —me preguntó mientras me abrazaba.

—No del todo, no del todo…

—Pues eso lo tendremos que arreglar, muñeca, porque yo no veo la hora de que me conozcas a fondo.

—¿A fondo? —le provoqué sobre el sofá, ese sofá que ya nos había visto desnudos más de una vez. Incluso el de su despacho en la oficina, ese tan cuco y aterciopelado, también nos vio.

Yo es que me moría porque me hiciera el amor una vez más y él… Él no perdía oportunidad de hacérmelo.

Estábamos dando pasos enormes en nuestra relación y hasta podría afirmar sin equivocarme que los fines de semana eran así de mágicos porque no teníamos que separarnos por las noches.

Sí, era evidente que, si todo seguía igual, Remy no tardaría mucho en pedirme que me fuese a vivir con él, pues ya se había dejado caer. En cuanto a Alejandra, que era mi principal preocupación en ese caso, cabía la posibilidad de que compartiese piso con Raquel, y todas tan contentas.

Ya se vería. De momento, era hora de seguir construyendo una relación que íbamos cimentando sobre los mejores de los pilares: la verdad y la sinceridad. Eso lo teníamos ambos claro y era nuestra mejor carta de presentación como pareja.

Capítulo 40



Los días fueron pasando y yo me moría de la emoción.

—De mi armario te puedes llevar también lo que quieras—me decía Alejandra ilusionada mientras me veía echar cosas en la maleta el miércoles, porque los nervios me comían y yo pensaba llevar otro maletón de esos apoteósicos. Me era imposible reducir el equipaje, ¿y si dejaba cosas que luego me hiciesen falta?

—Te lo agradezco, cariño, pero entonces ya necesitaría un carrillo de mano para llevarlo todo y tampoco quiero desesperar tanto a Remy, que se está portando genial conmigo.

—Ese, con tal de que vayas con él, como si le dices que se tire de un puente…

—Ay, hablando de puentes, ya me haré alguna foto en el Puente del Alma, en el que murió Lady Di.

—Madre mía, qué mal fario. Oye, es que tú sabes que yo las cosas de los fallecidos como que no las llevo bien. A mí esas ni me las envíes.

—No seas supersticiosa, Alejandra, que esas no son más que tonterías en boca de cuatro chafarderos y no te pegan, y menos ahora que vas a estrenar trabajo.

—En eso tienes razón, que estoy como una mica con zapatos nuevos. Por cierto, ¿yo también podré ir vestida tan finolis como Raquel y como tú? Es que me hace una ilusión que no veas.

—Pues claro, cariño, cómo no vas a poder… Si tú eres más bonita que todas las cosas y vas a ser el mejor de los reclamos. Ay, mi niña, que por fin no tendrá que deslomarse en el supermercado.

—Lo que nos está cambiando la vida, Claudia, ¿tú te has fijado? Sí, cariño, claro que me he fijado.

—Oye, que te está sonando el teléfono, guapita. Todo el tiempo mirándolo y ahora que te suena ni te enteras. Estás en babia, por eso el enamoramiento ese que te pone la patata bocarriba, el del principio, no puede durar siempre, porque todos terminaríamos sufriendo un accidente mortal.

—Pues yo no pienso así y, además, que a ti no te hace falta enamorarte a saco para eso, tú un poco más y te matas con el patinete.

—Ea, tú sigue, pues ya ha dejado de sonar. Seguro que no era tu Remy porque, si llega a ser él, le saltas encima al teléfono y le clavas las uñas como si fueras una gata en celo.

—Mírala, que no para de decirme cosas. Ya te enamorarás tú y me reiré yo.

—¿Quién era entonces? —me preguntó porque vio que lo miré de reojo.

—Era Fidel—le comenté.

—¿Y qué quiere ese hombre ahora? ¿No le ha quedado claro que tienes novio?

—Tanto no le he explicado tampoco, solo que no podía trabajar con él porque me volvía a la oficina, no tenemos tanta confianza.

—Pues igual él se las quiere tomar, tú verás.

—No, no creo. Además, que la última vez que hablamos se quedó disgustado. Se habrá equivocado de nombre o vaya usted a saber qué.

—¿Sí? Pues para estar equivocándose aquí lo tienes otra vez—me enseñó el teléfono, el cual acababa de coger.

Era obvio que no se trataba de ninguna equivocación, de modo que descolgué el teléfono.

—Hola, Claudia, ¿cómo estás? —me preguntó de un modo muy educado, antes que nada. Por su tono comprobé que ya no parecía enfadado, algo que me gustó.

—Hola, Fidel, estoy bien, ¿y tú?

—Yo estoy bien jodido, Claudia—me comentó y me preocupé porque yo nunca le había visto así, como derrotado.

—¿Y eso por qué? ¿Puedo ayudarte en algo?

—En realidad, sí. Verás, el negocio va viento en popa, cada vez acuden más clientes al Dreams y también solicitan más eventos privados en los que actúen las chicas.

—Pues no veas, con la que está cayendo, te puedes llamar dichoso, ¿no? ¿Dónde está el problema?

—El problema es que una de las chicas vino el otro día con COVID, sin saberlo, y se lo ha pegado a todas sus compañeras, están casi todas dadas de baja.

—Joder, qué mala pata, ¿no?

—Ya te digo que sí, apenas puedo cubrir el espectáculo de la sala y lo malo es que tengo varias despedidas de soltero también por cubrir.

—Pues sí que puedes darte por jodido, salvo que las aplacen, ¿no?

—¿Para cuándo, preciosa? ¿Para después de la luna de miel?

—También tienes razón. Fidel, verás, yo es que ya no bailo, te lo dije.

—Y lo sé, bonita, que vuelves a tu oficina y que estás contenta. Yo me alegro por ti y no te llamaría si no fuera porque estoy desesperado.

—Fidel, de veras que yo no voy a bailar en el Dreams.

—No te pido que lo hagas allí y, además, que sería para una sola noche.

—¿Y entonces dónde?

—En una despedida de soltero….

—Ni en broma, Fidel, olvídate…

—Claudia, la organiza un tío con mucha pasta y me dio tela por adelantado. Si no le encuentro a alguien, no solo tendré que devolverle la pasta, sino que me meterá un paquete sensacional, aparte de que esta ciudad no es

Nueva York y aquí el boca a boca lo es todo. Si se llega a correr el rumor de que dejo tirados a mis clientes será el fin.

—Fidel, de veras que yo no puedo ayudarte, lo siento. Además, que yo este finde me voy a París. Me ha surgido una oportunidad y me largo—le comenté sin darle más explicaciones.

—Está bien, pero el favor lo necesitaría mañana por la noche. Claudia, te daré mil euros, ¿te envío ubicación?

—Que no, Fidel, que no es cuestión de dinero—me excusé.

—Pues si no lo haces por dinero, hazlo por compañerismo. Guapísima, yo he estado para ti cada vez que lo has necesitado, pese a que me hayas dado un montón de capotazos: ahora trabajo contigo, ahora no y ahora dejo de trabajar. Yo solo te estoy pidiendo un favor, solo uno…

—Está bien, Fidel, pero solo uno—resoplé—. Y, a partir de ahí, borra mi número, ¿ok?

—Me dolerá hacerlo, pero si es lo que quieres…

—Sí, es lo que quiero.

Capítulo 41



El jueves por la tarde yo sentía un enorme pellizco en el estómago. Incluso tuve que rechazar una oferta de Remy para pasar la noche juntos y salir por la mañana desde su casa en dirección al aeropuerto.

—Te lo agradezco mucho, cariño, pero es que tengo la maleta por hacer y ya me conoces, he de pensar muy bien lo que me llevaré—me disculpé.

—Ok, mi niña. Pues fíjate que yo pensaba que ya lo tendrías todo listo desde ayer.

—Es que esta vez me ha cogido un poquito el toro. Es el amor, que me atonta—le di un beso.

No me supo nada bien mentirle porque habíamos quedado en que las mentiras estarían fuera de nuestra relación, pero en mi caso era la última vez que haría algo así, dando carpetazo a un pasado en el que no quería mezclar a Remy.

Sabía que no estaba bien, porque si íbamos a ser sinceros debíamos serlo del todo. Lo que sucedía era que, a mí, todo lo que tuviera que ver con mi pasado en el Dreams me avergonzaba contárselo, como si él no fuera a entenderlo.

En fin, que me ponía en los zapatos de mi novio y no me haría ni puñetera gracia que mi chica bailara para una panda de tíos que celebraban una despedida de soltero, pero también entendí que Fidel estaba desesperado y que siempre fue más bueno que el pan conmigo.

A lo que no estaba dispuesta era a desnudarme ni nada parecido, por lo que quedamos en que yo bailaría en ropa sexy y punto. Al fin y al cabo, aquello no era como bailar tras la mampara, sino un cara a cara que me costaba más.

Os digo de corazón que si Fidel no se hubiera portado como lo hizo conmigo, yo le habría mandado a hacer gárgaras, pero me dio una enorme pena la desesperación con la que me llamó.

—Si es que eres muy buena—me decía Alejandra mientras escogíamos el *outfit* que me pondría—. Oye, y otra cosa, ¿tú sabes si esos tíos son de fiar? Porque a mí me da miedo, que yo muy pronto me voy contigo y, si uno se pone farruco, me lío a darle con la escayola y lo tienen que ingresar.

—Por eso no te preocupes, he quedado con Fidel en que él me acompaña, estate tranquila.

—Vale, vale, porque si no me iba contigo.

Hablé con Remy un ratito antes de marcharme y me supo fatal porque tuve que decirle que me iba tempranito a la cama, que estaba reventada y que ya nos veríamos al día siguiente para volar hasta París y pasear nuestro amor por la ciudad del Sena.

Fidel me esperó puntual en la puerta y, nada más entrar en su coche, me piropeó.

—Déjate de pamplinas y vamos al grano. Me estoy metiendo en un lío con esto, a partir de hoy olvídate de que existo, por favor—le pedí.

—Ojalá quisieras saber de mí, aunque no sea para esto.

—Fidel, lo lamento, es que yo ya tengo novio—le confirmé lo que, por la cara que puso, él ya sabía.

—Lo siento mucho, nena—me dijo con voz grave.

—Y yo también lo siento, pero es que me estás poniendo en un verdadero aprieto—le expliqué.

—Y yo te digo que lo siento mucho, nena—repitió.

No entendí el sentido de sus palabras. No lo entendí hasta que llegamos a aquella lujosa mansión en la que nos esperaba una persona de servicio… y no solo ella. Pensaréis que eran los chicos de la despedida de soltera, ¿verdad? Pues no, no eran ellos… Os diré quiénes eran uno por uno: Nicolás, Darío, Álex, Leticia y Remy. Sí, toda la corte de mi novio y él mismo, a quien la cara se le entristeció primero y se le volvió iracunda después.

—¿Te lo dije o no te lo dije? Es una fulana, Remy, tu novia lo es—le soltó Leticia en ese momento.

—¿Esto es una encerrona? —le pregunté a él con lágrimas en los ojos.

—No lo sé, Claudia, eres tú quien me lo debería aclarar porque no entiendo qué hace mi novia vestida de ese modo y en compañía de este tío camino de una supuesta fiesta en la que bailar muy ligera de ropa delante de otro montón de ellos. Me vas a perdonar, pero es que no lo entiendo—me soltó mientras se levantaba y se dirigía a la puerta.

—Remy, por favor—quise que me diese la oportunidad de explicarme mientras me iba hacia él.

—Me has mentido, Claudia, tú sí que me has mentido. Y eso no lo puedo soportar.

—Si es que te lo dije, que es una mentirosa, ¿no ves que ella solo te quiere por tu dinero? No es como yo, Remy, no es como yo—insistía Leticia.

—Por supuesto que yo no soy como tú—le aclaré—. Y os digo a todos una cosa: le doy a Dios gracias todos los días por no ser así.

Remy ya se había ido y el siguiente en dar media vuelta fue Fidel, al que alcancé.

—Tú, espera, todo ha sido una trampa y tú me has hecho caer en ella, ¿por qué?

—Porque tú tampoco te has portado bien conmigo, Claudia, me has utilizado a tu antojo. Y yo te quería, no te creas mejor que yo.

—No te equivoques, Fidel, yo no he jugado nunca con tus sentimientos, ¿vale? No entiendo cómo has podido ser capaz, yo nunca te di ilusiones.

—¿No? Pues cada vez que me decías de volver a trabajar conmigo, yo me las hacía de, al menos, verte cada noche. Me gustas tanto que me conformaba con verte bailar a través de la mampara.

—Estás enfermo, Fidel, estás enfermo, ¿Leticia contactó contigo? Dime al menos eso…—le pedí ya en la puerta.

—Sí, ella os escuchó un día hablar a tu compañera de la recepción y a ti. No debiste ser demasiado cuidadosa y pensó que debías ser esa Selena de la

que hablaban algunos de tus compañeros. Hace unos días me llamó furiosa y me dijo que un tío suyo era inspector de trabajo, y me amenazó.

—¿Por qué? Al menos que sepa por qué me has vendido.

—Porque a veces he trabajado con chicas que estaban en situación ilegal, como Olga la cubana, que tenía menos papeles que un conejo de campo cuando llegó y quise echarle una mano.

—Ya sé yo dónde le habrías echado la mano de haber podido, lo mismo que a mí, Fidel.

—Lo siento, pero no podía dejar que me empapelasen y menos cuando tú me habías fallado.

—A mí no me eches la culpa de cómo has actuado, Fidel, no seas más ruin.

Capítulo 42



Fue el fin de semana más amargo de mi vida. Remy no me cogió el teléfono ni abrió la puerta de su casa cuando la aporreé. Quizás ni siquiera estuviese allí, igual aprovechó el viaje a París para desaparecer unos días y endulzarse el paladar con otra. Todo podía ser tras el regusto amargo que le dejé.

Leticia me había puesto la zancadilla. Ella quiso así volver a ganarse la confianza de Remy, aunque por lo que yo vi allí él pasó totalmente de su culo. Su mirada no denotaba que estuviese enamorado de ella, sino de mí, solo que yo le había mentido y dejado en ridículo delante de toda su familia.

Con el tiempo supe que de nada le sirvió la artimaña porque ni Remy quiso saber nada de ella ni tampoco Nicolás la readmitió en ninguna de sus empresas. Tampoco era cierto que tuviese un tío inspector de trabajo ni nada de lo que soltó por su mentirosa boca. Fue su afán de venganza y el que yo le diera un hilo del que tirar lo que la llevó a querer despedazarme delante de Remy y de toda su familia.

El finde, en lugar de en París, me lo pasé entero llorando en el sofá. Ni siquiera pude hacer como en las pelis y que pagase el pato el helado de chocolate, poniéndome redonda, porque no sentía el más mínimo apetito y era incapaz de ingerir más allá de aquellos caldos que, a pesar de su estado, me preparaba Alejandra.

El sábado por la tarde, sorpresivamente, recibí la visita de Sara. A sus oídos había llegado la jugarreta de Fidel y a ella le dio asco, por lo que se despidió después de vestirlo de limpio.

—Cariño, de todos modos, te diré que le va a costar caro, porque anoche se emborrachó y, después de que yo le hablase así, casi se parte la mano del puñetazo que dio en la barra. Está que no puede con su vida.

—Pues otro con escayola, que se apunte a la lista. A mí no me da ninguna pena—le soltó Alejandra.

—Eso ya me da igual, a mí me ha jodido la vida. Y todo por los putos celos, porque en el fondo, diga él lo que diga, se sentía celoso de no tenerme a su lado.

—Fijo…

No contenta con esa visita, el domingo por la noche recibí otra que esperaba mucho menos aún, por lo que casi me echo a llorar cuando la vi en la puerta.

—¿Davinia? —le pregunté.

—Espero que no te moleste que haya venido. Le pregunté a Raquel por tu dirección.

—Claro que no me molesta, mujer. De hecho, me alegra un montón, ¿puedo ofrecerte algo? —le pregunté.

—Mira, pues ahora que lo dices, lo cierto es que sí.

—Pues tú me dirás…

—En realidad, lo que puedes ofrecerme es la verdad. Mi hermano está destrozado y yo me siento incapaz de quedarme de brazos cruzados. Yo no te digo que hayas actuado bien, pero has sido víctima de un complot orquestado por Leticia y por Nicolás. Pobre infeliz, si se ha creído que va a sacar algo de su exsuegro después de que la pillara criticándole…

Me sinceré con ella. Le hablé y le abrí mi corazón de par en par. Davinia también había sido víctima de esas mismas alimañas que me habían puesto la zancadilla y nadie mejor que ella para comprenderme.

Yo debía agradecerle, y así lo hice antes de que se marchase, que hubiese venido a verme y escuchase mi verdad, porque el resto no quiso escuchar ni media palabra. Ninguno de ellos me concedió el beneficio de la duda, aunque lo cierto es que a Remy no podía reprocharle nada, porque le fallé y de una manera estrepitosa.

Davinia se puso en mis zapatos y trató de comprenderme. También se puso en los de su hermano y me hizo ver lo dolido que estaba. Ella actuó con mucho cariño y con total imparcialidad. Yo podía entender a la perfección que Remy la adorase porque era realmente adorable, no había mejor calificativo para ella que ese.

Cuando se fue, me volví a quedar a solas con Alejandra. Ya caía la noche de un domingo distinto, de uno que estaba destinado a nuestra vuelta de París y que quedó relegado a otro en el que decidí que al día siguiente no podía ir a trabajar, porque me sentía incapaz de seguir mirándole a la cara sabiendo lo que pensaba de mí.

La tristeza se apoderó de mi persona y me fui a la cama con la intención de que mi almohada fuera la depositaria de esas lágrimas como puños que ya llevaba varios días vertiendo en ella.

Lloré con hipo, con ansia, con impotencia… Lloré hasta que llegó la madrugada y el sueño me rindió. Por la mañana, el despertador sonó por inercia. Ni siquiera caí en quitarlo, como si la vida siguiera igual, como si no se hubiese convertido en una jodida pesadilla.

Leticia aún dormía y la despertó mi llanto, ese llanto desconsolado que me asaltó al ver que había amanecido y que, una vez más, las luces de la mañana me recordaban que no era tal pesadilla, que Remy salió de mi vida y no con visos de volver.

Capítulo 43



Bebía un sorbo de café, que era de lo poco que me entraba en el cuerpo, mientras miraba a Alejandra.

—Yo tampoco pienso poner un pie en esa empresa—me decía.

—Tú no seas tonta y aprovecha, que contigo no va la cosa—le aconsejaba yo.

—No, no va conmigo… Pero a mí el puesto me lo ofreció Remy para contentarte, y eso lo sabes mejor que nadie, de manera que será mejor que vayamos pensando en montar un puesto de pipas.

—Remy no es mal tío. Soy yo, yo soy peor que un dolor de muelas por lo que le he hecho, aunque, desde luego, en el pecado llevaré la penitencia, porque lo voy a sentir de por vida.

—¡*Stop!* Yo no pienso consentir que digas tontunas ni que te agaches hasta que se te vea el culo delante de ningún tío por mucho que sea Remy.

—No te preocupes, si a estas alturas él debe estar interesado en cualquier culo menos en el mío.

—Pues yo no estaría tan segura, bonita—me dijo mientras miraba por la ventana de la cocina y el corazón me dio un vuelco.

Di un salto mortal con doble pirueta hasta la ventana y allí estaba él, aparcando su coche y con ese aspecto impecable que ni Richard Gere en sus mejores tiempos.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Tú crees que viene para acá? —le pregunté.

—Qué va, yo creo que va donde la señora Concha, que le va a encargar un paño de ganchillo de esos que hace para las mesas de estufa—me dijo y me dio un ataque de risa de lo más bobo.

No tardó nada en subir las escaleras y le abrí directamente, sin querer aparentar que no le había visto por la ventana.

—Te abro yo porque te he visto aparcar, ¿qué haces aquí? —le pregunté con un hilo de voz porque sabía que, en gran parte, de su respuesta dependería la felicidad de mi vida.

—He venido a hablar contigo, no aguanto más, ¿puedo pasar?

—Claro, aunque está Alejandra, pero que ella se mete en su dormitorio con los cascos y no se entera de nada…

—Hola, Remy, afirmativo… Yo aquí ya soy un holograma, me largo.

Se sentó en el sofá y no podía esconder sus nervios. Tampoco que llevaba un fin de semana, al menos, tan malo como el mío. Si hasta parecía más delgado y todo…

—Yo no sé cómo comenzar, Claudia, no lo sé…

—Y yo lo entiendo. Te lo puedo hacer más fácil si quieres porque soy yo quien debería decirte que lo siente. Creí que no podría perdonarte cuando pensé cosas sobre ti, cosas que no eran verdad, y me diste la oportunidad de que fuésemos sinceros el uno con el otro. Y la cagué, Remy…

—Davinia me lo ha contado todo. Dice que le prometiste que solo sería una vez, que te sentías en deuda con ese hombre.

—Es que, cuando tú me amenazaste con prescindir de mí, fue él quien me dio trabajo. Y yo le apreciaba.

—¿No hay nada más entre vosotros? ¿Me lo prometes?

—Había lo que creí que era una deuda pendiente por mi parte. Yo pensaba que Fidel era honesto y que me necesitaba. Cuando las has pasado canutas, y yo sé lo que es eso, no sueles dejar atrás a la gente que un día te ayudó. El problema es que a mí a veces la vista me engaña y creo en personas que no merecen la pena. Y lo que es peor todavía; en esta ocasión mi mal ojo me puede hacer perder al único hombre que ha pasado por mi vida y que sí la merece—le confesé con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Puedo confiar en que me dices la verdad, Claudia? ¿Puedo? —me preguntó.

—Te prometo que sí, Remy, te prometo que nada me haría más feliz que el hecho de que me dieras una segunda oportunidad.

—Tú a mí me la diste…

—Fue fácil, me demostraste al presentarme a Davinia que me decías la verdad.

—Pues demuéstrame tú que también me la dices.

—¿Cómo? Me cortaría un brazo ahora mismo si con eso…

—No, te quiero con ambos brazos. Es más sencillo: no vuelvas a mentirme.

—Te lo prometo, Remy, te prometo que jamás en la vida volveré a hacerlo, ¿me crees?

—Digamos que yo sí que te aplicaré la presunción de inocencia, no como otras con sus jefes—carraspeó.

Escuchamos unas risas procedentes del dormitorio de Alejandra, quien se descubrió ella solita.

—Oye, ¿tú no tenías puestos los cascos?

—Igual se me olvidó, es que a veces soy un poco olvidadiza—argumentó.

—Oye, pues será mejor que hagas memoria, porque igual se me olvida a mí firmarte el contrato—rio él.

—Rabitos de pasas, Alejandra—le aconsejé.

—¿Qué dices de rabitos? —me preguntó saliendo al salón muerta de la risa.

—De pasas, niña, para la memoria…

—Ya, para mí los de pasas… Y para otras… Mejor me voy a dar una vuelta, que aquí sobro. Chao, parejita—se despidió con todo el descaro del mundo, con ese que tanto la caracterizaba.

Aún no había cerrado la puerta cuando ya estábamos en la cama. Teníamos mucho que celebrar: la oportunidad de vivir esa maravillosa reconciliación que tanto le pedí al universo y que Remy vino a servirme en bandeja de plata.

Nada habría sido igual sin la intervención de Davinia, esa hermana en la sombra que movió ficha para que Remy se replantease las cosas y para que la sonrisa volviese a instalarse en su rostro. Pasara lo que pasase, ella siempre permanecería en mi corazón como esa querida cuñada que apostó por nosotros. Y no entraba en mis planes defraudarla, eso por descontado.

Entre las sábanas de mi cama comenzamos a escribir una nueva historia; una historia de amor que, ahora sí, basaríamos en esa sinceridad y en esa verdad sin las cuales solo pueden levantarse castillos de naipes.

Epílogo



Dos años después…

Ese día… ¡Remy y yo nos casábamos! Y lo hacíamos con toda la ilusión y con toda la seguridad del mundo, esa que nos daba el llevar ya casi un par de años conviviendo y el habérnoslo confiado todo el uno al otro.

Por si la ilusión de convertirnos en marido y mujer fuese poca, ¡uniríamos nuestras vidas en París! No en vano, esa ciudad, una de las más bonitas del mundo y quizás la más romántica, estaba muy ligada a nuestra historia.

Me explico, después de aquel fin de semana que el destino quiso que no pudiéramos disfrutar juntos, Remy me volvió a invitar por sorpresa unos meses más tarde, cuando ya estábamos conviviendo, y esa vez no solo hicimos la más mágica de las escapadas parisinas, sino que, también como por arte de magia, me traje en el dedo un anillo de pedida.

A partir de ese momento, compartimos la gran noticia con los nuestros, a quienes les aclaramos desde el principio que volveríamos a París para darnos el "sí, quiero" y que todos estaban invitados a acompañarnos.

No hace falta decir que nos emocionaba pensar que las personas más importantes de nuestras vidas disfrutaran de un día que para nosotros era no especial, sino lo siguiente. En este punto he de incluir un matiz porque a esas alturas de la película ya habíamos hecho una criba considerable en nuestro círculo. Me refiero, por ejemplo, a que Nicolás, Darío y Álex no acudieron a nuestra boda, ya que no aceptaron el compromiso que Remy adquirió conmigo.

He de contar que la principal prueba de amor que recibí por parte del que ese día se convertiría en mi marido fue la dar de lado a aquellos que se mofaron de nuestra relación por considerarme una cualquiera, debido a lo que ocurrió aquella noche en esa casa que ojalá nunca hubiese pisado.

El karma existe. Lo sé desde que todos aquellos que participaron en ese episodio de acoso y derribo, terminaron mal: a Nicolás, por fin, le abandonó su mujer. Lina, que me acogió en su vida como a una hija, y que decía que tendría que haberlo hecho mucho antes y, aun así, estaba feliz de la vida.

En la otra cara de la moneda, Nicolás se sumió en la más profunda de las amarguras al no poder mantener a su mujer a su lado, cuando lo que más le podía doler en el mundo a ese ricachón era estar en lengua de la gente, pues su divorcio se convirtió en la comidilla de la ciudad durante un tiempo, por lo que se dedicó a fastidiar a Darío y a Álex con sus continuas

impertinencias. Tampoco Leticia corrió mejor suerte, porque él se encargó de que no volviera a trabajar en el sector y terminó como camarera en un bar de barrio, algo que para una persona como ella se podía considerar como un verdadero ultraje.

Quien sí asistió a mi boda fue esa hermana que encontré en Davinia, a quien yo adoraba (lo mismo que Remy) y me consta que ella también a mí. Cuando Lina se separó de Nicolás, quien jamás reconoció a Davinia, quiso conocerla personalmente y hasta le cogió mucho cariño, por lo que no puso el más mínimo impedimento a la hora de encontrársela en una boda en la que ella sería la madrina y Davinia una de mis damas de honor, junto con Alejandra, Raquel y Sara, pues esta última siguió en mi vida. No así Fidel, por supuesto, a quien le fue cuesta abajo y sin frenos, terminando por cerrar el Dreams y marchándose de la ciudad. Sin duda que él no era el buen hombre que un día nos pareció.

Tony y Jessica, otros que mejor bailaban, lo hicieron por separado, porque ya no estaban juntos cuando su bebé nació. El karma no se quedó con nada de nadie y ellos actuaron rematadamente mal conmigo.

Quienes sí que parecían muy compenetrados cuando hice acto de presencia en la magnífica Basílica del Sagrado Corazón de París, esa que me conquistó desde la primera vez que la vi, suspirando por casarme en ella con Remy, fueron mi suegra y mi padre, Gervasio, que se llevaban fenomenal y que se podría decir que derrochaban una complicidad que nos estaba dando que pensar. De todas maneras, si tenían algo que contarnos, sabíamos que lo harían otro día, porque ellos no querían robarnos ni un

ápice de protagonismo a los novios, esos que moríamos de ilusión por vernos en el interior del templo en el que uniríamos nuestras vidas.

Con un magnífico vestido de corte princesa sobre el que lucí un maravilloso velo con larguísima cola hice mi entrada triunfal en ese lugar sagrado, aunque para triunfo el que sentí al ver la cara de Remy esperándome, al lado de Lina, quien me lanzó un beso, orgullosa. También mi padre me dio uno, mientras murmuraba que yo era una hija estupenda. A ese hombre le había cambiado el carácter por completo y yo me alegraba de corazón.

Hablo de esos besos y, por supuesto, he de hacer también referencia al que me dio Remy, incluso ante de comenzar la ceremonia, sin poder reprimirlo.

—Tú sí eres un ángel, preciosa mía—me susurró en el oído justo cuando nuestros labios se despegaban, en referencia a esa broma que yo siempre le gastaba cuando quería reírme de él y, haciendo alusión a los quebraderos de cabeza que me dio al principio, le soltaba un "Jefe ¡No eres un ángel!".

No sería un ángel, pero sí el hombre de mi vida y el que me llenaba de felicidad todos y cada uno de mis días… Un hombre que, además, resurgió de sus cenizas, porque salió de la empresa de su padre y montó la suya propia, una que dirigía conmigo y en la que no solo trabajaban Alejandra y Raquel, sino que también fichamos a Sara.

Felices, éramos increíblemente felices como quedó patente a la salida de la basílica, cuando una lluvia de pétalos cayó sobre nosotros y le pusimos la banda sonora de nuestra vida: la de las risas que siempre nos acompañaban.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: Aitor Ferrer

Amazon: relinks.me/AitorFerrer